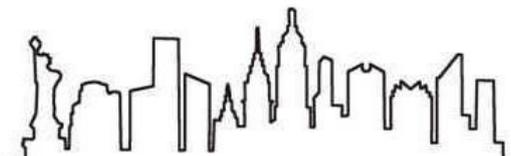


Lola Cooper

*Solo **tú**
me provocas*




SERIE AMOR EN NUEVA YORK #2

Lectulandia

Solo tú me provocas

Lola Cooper

Capítulo 1

Podría haber sido un precioso despertar. Trinaban los pájaros afuera, los rayos del sol entraban a raudales por la ventana, notaba una leve caricia en el pelo... Kim abrió los ojos, sobresaltada. ¿Dónde estaba? Lo primero que vio fue la planta de un pie enorme cuyos dedos se habían enredado en su pelo. Al intentar apartarse, asqueada, la cabeza le estalló por dentro y mil agujas le agujerearon el cerebro. «Joderjoderjoder».

Una horrible sensación se adueñó de ella: alzó la sábana que apenas le cubría la cintura y comprobó —«diosmíodiosmío»— que estaba total y absolutamente desnuda. Fue entonces cuando se estropeó definitivamente su idílico despertar. Se incorporó de golpe en la cama hasta quedar apoyada sobre los codos. Desde allí contempló el espectáculo del imponente cuerpo desnudo de un hombre tumbado boca abajo a su lado. Piernas delgadas, musculosas. Bonita espalda con forma trapezoidal. Pelo castaño espeso y alborotado. Eso era todo cuanto veía.

«Piensa, piensa, Kim».

Se esforzó en hacer memoria: el día anterior fue la boda de Jack y Stella, su compañera de piso y mejor amiga. La celebraron en la mansión familiar de Jack, el novio, con banda de música en vivo. Hannah y ella, vestidas de damas de honor —no tuvo que buscar demasiado para ver su maravilloso vestido lila tirado en el suelo, no muy lejos del tanga de encaje negro—, bailaron mucho. Bebió un poco.

«Bueno, sí, un *pocodemasiado*».

¿Con quién se tomó la última copa? ¿Con Daniel? ¿Con el cantante de la banda? ¿Con el hermano de Jack?

«No, no, el hermano de Jack es gay», recordó.

Tuvo que ser Daniel, recordaba haber tonteado con él toda la noche. Sí, habían bebido más de la cuenta. Pero ¿cómo demonios había llegado hasta esa habitación?

Con mucho cuidado, se levantó, se puso la camisa blanca masculina que recogió

del suelo y rodeó la cama de puntillas hasta agacharse a la altura del cabecero para examinar el rostro de ese hombre con el que esperaba haber compartido —«porfavorporfavorporfavor»—, única y exclusivamente, el mullido colchón.

—Pero ¿qué demonios...? —exclamó al ver a la última persona con la que había esperado encontrarse allí.

Los ojos de Fred, uno de los mejores amigos de Jack y testigo de su boda, se abrieron de pronto de par en par. Redondos, verdes, miopes. Parpadeó varias veces como si necesitara fijar bien su rostro en la retina antes de mascullar:

—Joder, Kim, ¿qué haces en mi habitación?

—¿Tu habitación? ¡Esta no es tu habitación!

¿O sí lo era? Kim vio un frasco de colonia de hombre, las llaves de un BMW y un billete de cinco dólares con unos labios rojos marcados en él sobre la mesilla de noche.

Fred masculló algo ininteligible, tiró con fuerza de la sábana con la que se cubrió entero y le dio la espalda.

—Lo es, pero da igual. No grites, por favor —se quejó, al tiempo que escondía la cabeza debajo de la almohada.

—¿Quién está gritando? —preguntó Kim de mal humor—. Despierta, Fred. Es importante.

El muy cabrón se tomó su tiempo en reaccionar. Y lo hizo muy lentamente. Emitió un largo gruñido antes de colocar la cabeza encima de la almohada y mirarla a través de los ojos entrecerrados.

—Odio los despertares bruscos.

—¡Y yo odio que los tíos se cuelen en mi cama sin pedirme permiso!

—¿De qué estás hablando? —replicó él a la defensiva.

Se incorporó y, con movimientos lentos, se sentó en el borde de la cama. Apoyó los codos en las rodillas y escondió la cara entre las manos, como si le molestara todo alrededor.

—Adivina, chico listo.

Él alzó la vista y Kim sintió cómo la recorría de arriba abajo con ojos perezosos. Su mirada se posó en su rostro, bajó por el cuello hasta el escote abierto de la camisa —dudaba de que estuviera en condiciones de reconocer su propia camisa del esmoquin—, y de ahí descendieron hasta detenerse en los muslos desnudos, imposibles de esconder. Luego se miró a sí mismo y fue plenamente consciente de la situación.

—¿Me estás acusando de aprovecharme de ti, Kim? —preguntó con la misma voz, calmada y tensa, que solía emplear con ella y que tanto odiaba—. ¿Es eso lo que insinúas?

—Dímelo tú.

—¿Tan bajo has caído que pretendes liarme con algo así? —Sin duda, Fred Patterson tenía la mejor sonrisa sarcástica del mundo.

—Pero ¿tú de qué vas, estúpido picapleitos? —Kim lo acribilló con la mirada—. ¿Por quién me has tomado? ¡Yo solo quiero saber qué ocurrió anoche en esta maldita cama, en *tu* habitación!

—Joder —murmuró él para sí con un largo suspiro. Se frotó la nuca, pensativo, y por fin alzó la vista hasta ella y dijo—: Mira, *Barbie Superstar*, no sé cómo llegamos aquí, pero lo que sí sé es que no te obligué a hacer nada que no quisieras. Y casi te puedo asegurar que no pasó nada.

—¿Seguro? —preguntó ella más esperanzada que convencida.

—Seguro —afirmó, categórico—. No pudo pasar nada. ¡Si ni siquiera me gustas!

—¡Exacto! ¡Tú a mí tampoco! —exclamó Kim con una sonrisa triunfal—. Jamás habría follado contigo ni aunque fueras el último hombre en la Tierra.

—Lo mismo digo.

Los dos guardaron un incómodo silencio.

—¿Tú recuerdas cómo llegamos aquí? —preguntó Fred de pronto.

Kim negó con la cabeza.

—¿Y tú? ¿Seguro que no recuerdas nada?

Él bufó, dubitativo.

—Imágenes borrosas. Nada de lo que avergonzarme, eso por descontado. Mi último recuerdo nítido es el de dejar a Daniel dormido en el sofá del salón.

—¡Yo también me acuerdo de eso!

—Bien.

—Bien —suspiró ella, con cierto alivio.

—Entonces, aquí no ha pasado nada. —Fred se levantó de la cama y se dirigió al baño—. Hemos dormido juntos como si fuéramos amigos, eso es todo.

—Eso es. —Kim siguió sus pasos sin poder evitar recorrer con una mirada de admiración su cuerpo delgado y musculoso—. Como si fuéramos... medio amigos.

—Estábamos demasiado borrachos.

—Mucho. Y por muy borrachos que estuviéramos... —Kim cruzó los brazos sobre la camisa y se apoyó contra el marco de la puerta del baño mientras él se lavaba la cara en el lavabo—. Si hubiera ocurrido algo más, nos acordaríamos, ¿verdad?

—Por supuesto. —Él la miró muy serio a través del espejo.

—Está bien. Pues olvidado —zanjó Kim, que se dio media vuelta y recogió todas

sus prendas desperdigadas por el suelo de la habitación—. Entre tú y yo no ha pasado nada, Fred Patterson. Y nadie tiene por qué saber que hemos dormido juntos esta noche en tu dormitorio, ni Jack ni Stella ni nadie. Tú no me caes bien y yo no te caigo bien. Estamos en paz.

—Si tú lo dices... Mantente lejos de mí, Kim —le oyó decir antes de abrir el grifo de la ducha.

Oh, sí. Ni por todo el oro del mundo saldría con un tipo como Fred, por muy brillante que fuera y muy forrado que estuviera. Ella tenía sus propias reglas: jamás se acostaría con un abogado si no era para joderlo vivo.

Capítulo 2

Kim atravesó con un taconeo firme y rápido la redacción.

—¿Qué mierda es esto, Janet? —Arrojó los folios sobre la mesa de su ayudante.

—El artículo que me pediste, Kim. El artículo sobre los perfumes más populares entre las famosas.

—¿Y de dónde has sacado la información?

—Pues... me la han mandado las propias marcas de perfume. Llamé a sus departamentos de prensa.

—Ajá... ¿Y qué te ha dicho Dior, por ejemplo? —intentó mantener la calma, pero por los clavos de Cristo que era difícil—. No, déjame adivinarlo: que Charlize Theron se perfuma con J'Adore, ¿verdad?

—Sí, ella sí.

—¡Eso ya lo sabemos todas, Janet! ¡Es la imagen de su marca! —gritó exasperada—. ¿Me estás diciendo que no has sido capaz de levantar el teléfono y llamar ni a uno solo de los representantes de estas actrices que mencionas en tu texto y preguntar?

—Yo... yo... pensé que no era necesario —respondió la chica a punto de llorar.

Kim la miró fijamente. No soportaba a esas chicas que se venían abajo a la primera de cambio, y lo malo de Janet es que no era ni la primera ni la tercera vez que ocurría algo así. La chica no aprendía, no tomaba nota de las enseñanzas y correcciones que le había hecho en los últimos dos meses. Era un completo desastre. A ella nadie le había regalado nada en la vida y, por supuesto, jamás se había echado a llorar cada vez que su jefa le rechazaba un trabajo mediocre. Al revés, eso la impulsaba a trabajar más y mejor en el siguiente reportaje. Así había conseguido la beca para entrar en una universidad de Maryland y escapar del pueblo perdido de Indiana donde creció; así había destacado en el periódico de la universidad; así creó el blog de moda y belleza que le abrió las puertas a un empleo en prácticas en

Glamorous, la revista femenina más popular de Nueva York; y así había ascendido al puesto de jefa de sección de belleza.

—Janet, será mejor que recojas tus cosas y te vayas —ordenó, imperturbable—. No puedo perder más tiempo contigo.

—Por favor, Kim, te prometo que me fijaré más la próxima vez. Por favor, me encanta este trabajo... —suplicó la joven.

Kim estuvo a punto de ceder. Janet era buena chica, algo floja, eso sí, pero manejable. No decía a nada que no. Sin embargo, no era minuciosa en los detalles ni creativa ni curiosa. Dudaba de que algún día fuera una buena redactora. Y Kim tenía buen ojo para detectar la ineptitud alrededor.

—Lo siento, Janet.

Pese a lo que pensaran algunas de las compañeras, no disfrutaba al despedir a sus redactoras. Para ella era un fastidio: tendría que buscar y enseñarle todo de nuevo a la sustituta de Janet y, visto lo visto, no iba a ser nada fácil encontrar a alguien adecuado para el puesto. No entendía por qué. Solo exigía interés, dedicación y profesionalidad. Era lo único que pedía. Lo mismo que se exigía a sí misma. ¿Tan difícil era?

Notó un malestar repentino en el estómago. Desde hacía varios días se sentía cansada y un poco indispuesta. Lo achacaba al síndrome postvacacional: la semana que había pasado en Florida había sido la mejor de los últimos años. Sol, playa y mucho descanso en un hotelito encantador, propiedad de una tía de Hannah que las había tratado como si fueran huéspedes vips. Relax absoluto. Solo había echado de menos a Stella, a quien no había visto desde su boda, dos meses atrás, y también —por qué no decirlo— un poco de sexo playero y despreocupado. Llevaba ya más de... ¿cinco meses de abstinencia sexual? Cinco, seis... Ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que se había acostado con alguien. Entre la enorme decepción que supuso su relación con el aburrido de George Porter Jr. y el estrés que siguió a su ascenso en la revista, no había puesto mucho interés por conocer a nadie.

«Bah. Ya habrá tiempo para eso. Acabo de cumplir veintisiete años, la jefa de sección más joven de la revista», pensó con satisfacción.

De pronto, notó que su estómago se revolvía de nuevo como una lavadora. Tenía un hambre de oso y aún faltaban diez minutos para la hora del almuerzo. No podía esperar tanto. Decidió adelantarse y bajar a la cafetería a por un *sandwich*.

—¿Qué tal, Kim? ¿Cómo te va la vida? —la saludó Stuart, el redactor-jefe de *Gentlemen's Sports*, otra de las revistas del grupo.

—Bastante bien, Stuart. No me puedo quejar.

Stuart cogió una bandeja y se puso a su lado en el autoservicio. Se dio cuenta de que él le dedicaba una mirada apreciativa a su figura, enfundada en un modelito azul eléctrico de Versace que le había salido a precio de ganga gracias al contacto de una amiga.

—Oye, ¿te apetece cenar conmigo este viernes? —dijo como quien no quiere la cosa.

Kim lo analizó rápidamente. Stuart era un tipo inteligente, muy profesional, muy valorado en lo suyo. Sin embargo, le gustaba demasiado su trabajo en la redacción como para aspirar a cosas más grandes. Sabía de buena tinta que nunca llegaría a dirigir nada importante porque le faltaba ambición, habilidad a la hora de relacionarse con las personas adecuadas y flexibilidad para negociar buenos acuerdos publicitarios.

—Muchas gracias, Stuart, pero ahora no estoy libre. —Kim esbozó una de sus sonrisas de rechazo más dulces. Tampoco era necesario enemistarse con él.

—¿En serio? Creí...

—Ya ves... —dijo con cara de pena—, lo siento.

Se sentó en una mesa situada en un rincón y abrió el número anterior de la revista para repasar su sección. Era una costumbre que había adquirido en el periódico de la facultad: lo releía todo para ver qué se podía mejorar la próxima vez. Entre mordisco y mordisco, anotó ideas en el margen de un texto, marcó un par de erratas y tachó un párrafo entero.

Apenas si se fijó en tres chicas que se sentaron en la mesa contigua a la suya. Arrugó la nariz cuando le llegó un aroma intenso a... Una arcada violenta le cortó cualquier pensamiento. De pronto, sintió un leve mareo y unas ganas irrefrenables de vomitar allí mismo lo poco que había comido hasta el momento. Salió corriendo en dirección al baño, entró en el primer aseo libre que encontró y, sin aguantar ni un segundo más, lo echó todo por la taza del inodoro. El trozo de *sandwich* recién ingerido y el desayuno. Todo. Al terminar, se quedó unos minutos allí, apoyada contra el tabique de madera, sujetándose la frente con una mano con los ojos cerrados, y la sensación de que el mundo se tambaleaba a su alrededor.



—Deme algo para la gastroenteritis, por favor. Creo que he pillado algún tipo de virus estomacal —le pidió a la farmacéutica que la atendió en el primer establecimiento que encontró nada más salir del trabajo.

—¿Qué síntomas tienes?

—Mareos, vómitos, ruidos en el estómago, flojera...

La mujer desapareció en el interior de un cuarto trasero y regresó al cabo de dos minutos con una caja en cada mano.

—Estas pastillas son para ayudar a la digestión, aliviar la acidez y otros problemas estomacales. —La farmacéutica le enseñó un blíster con seis pastillas—. Y esto es una prueba de embarazo.

Kim clavó unos ojos espantados en la cajita alargada y luego miró a la mujer.

—No, gracias. No hay ninguna posibilidad de que sea eso.

—¿Estás segura? Los síntomas que me has descrito dicen lo contrario.

—Segura cien por cien —respondió con sonrisa de suficiencia—. Es humana, física y racionalmente imposible. Tendría que haber sido un milagro divino o una aparición demoníaca, ya puestos. —Se rio, divertida—. ¿Cuánto es?

—Como quieras —dijo la mujer—. Las pastillas son cinco dólares.

Kim extrajo el monedero y acarició con las yemas de los dedos un billete de cinco dólares. A no ser que...

—¡Espere! Me llevo la prueba de embarazo también. Para una amiga.

La farmacéutica la miró en silencio y metió los dos productos en una bolsita de papel.

—Treinta y dos dólares.

Capítulo 3

Hannah oyó el ruido de cristales rotos, seguidos de los gritos desaforados de Kim audibles en todo el edificio y corrió alarmada hasta el baño:

—¡Cabrón! ¡Hijo de la gran..! ¡Joderrr! ¡Estúpida, estúpida, estúpida!

—¡Kim! ¡Abre la puerta ahora mismo! —Hannah esperó unos segundos y volvió a golpear la madera—: ¡Kim! ¡Ábreme o empezaré a tirar tus zapatos por la ventana!

Esta vez se oyó el chasquido del pestillo y la puerta se entreabrió ligeramente. Hannah la abrió del todo y se encontró a Kim sentada en la taza del inodoro, llorando desconsolada. Un frasco de cristal yacía roto en el suelo y el intenso perfume de cítricos inundaba el baño.

—¿Qué te ocurre, Kim? ¡Cuéntamelo! ¿Qué ha pasado? —Kim le tendió la prueba de embarazo con el positivo marcado en ella—. Estás... ¡¡¿¿embarazada??!!

Kim asintió sin dejar de llorar.

—¡Ese cabrón de Fred me engañó! —Miró a su amiga con los ojos enturbiados—. ¡Me aseguró que no había pasado nada entre nosotros aquella noche! Y yo, como si fuera la estúpida más estúpida del estúpido universo, le creí. ¡Le creí, Hannah! —repitió incrédula, como si necesitara escucharlo cien veces más—. ¿Desde cuándo Kim Donson se fía de lo que le dice un abogado? ¿Desde cuándo es tan tonta como para dejarse engañar así?

Hannah se sentó a su lado y dejó que apoyara la cabeza en su hombro.

—Eres la tía más lista y suspicaz que conozco, Kim. Tú jamás te dejarías engañar por nadie.

El llanto de su amiga se convirtió en un hipido suave.

—¿De verdad lo crees?

—¡Claro que sí! Ahora, tranquilízate y cuéntame qué ocurrió.

Y Kim le relató a su amiga lo poco que recordaba de aquella noche y la horrible sensación del día siguiente, al despertar al lado del único amigo de Jack que no soportaba.

—Para ser sincera, Fred parecía tan molesto como yo al verme en su habitación —confesó.

—Tendrás que decírselo, Kim.

Ella la miró espantada.

—¡Ni hablar! Hannah, aquí y ahora, júrame que esto no va a salir de este baño.

—Pero Kim...

—¡Hannah! —La miró fijamente antes de añadir—: No voy a tener este bebé. Tengo planes, ¿sabes? Y un bebé no entra en ellos ahora, no podría. Me destrozaría la vida y no he llegado hasta aquí para terminar así.

—¿Estás segura, Kim?

—Mi madre se quedó embarazada con dieciséis años, Hannah. Se quedó atrapada en una miserable granja de Indiana con mi padre, un borracho que ni siquiera fue capaz de defender su propiedad de los bancos. A los veinticinco años, Maggie ya había parido cinco hijos a los que apenas podía alimentar. A los treinta y cinco se pegó un tiro. Así que no, no pienso repetir la triste y estúpida historia de Maggie Donson —concluyó Kim secándose las lágrimas que habían arrastrado todo el maquillaje.

Hannah le cogió la mano y le dijo:

—Yo estoy de tu parte, Kim. Nadie sabrá nada.

—Gracias. Buscaré una clínica lo antes posible; la boda fue hace poco más de dos meses.

—¿Ni siquiera se lo vas a contar a Stella? Me ha llamado esta mañana para decirme que vienen los dos este fin de semana a Nueva York y quiere que nos veamos.

—¿Viene Stella? —preguntó Kim, ilusionada con la idea de reencontrarse con ella.

La echaba mucho de menos. Su calidez, su buen humor y su compañía... Durante el tiempo en el que habían compartido apartamento, Stella se había convertido en una hermana para ella. También lo era Hannah, por supuesto, pero la larguirucha pelirroja no dejaba de ser un bicho raro cuya vida transcurría a través de la pantalla de un ordenador.

—Hemos quedado este sábado por la tarde. Nos avisará del lugar donde nos encontraremos.

—Hannah, a partir de este momento y hasta nuevo aviso, olvídate de usar tu perfume de jazmín. No soporto ese olor, me da náuseas.



El lugar elegido fue Finn's Corner, el viejo pub irlandés donde solían reunirse Jack y sus amigos cada semana. Stella les había dicho que podrían encontrarse allí antes de ir a cenar a algún otro sitio. Cuando Kim le preguntó si también acudirían Daniel y Fred, su amiga dudó:

—Creo que Daniel se pasará, pero me suena oírle decir a Jack que Fred no podía: creo que tenía un compromiso anterior.

Kim respiró tranquila. No tenía ni el más mínimo interés en encontrarse con ese cabrón justamente ahora, cuando más vulnerable se sentía. Si se le cruzaban los cables, sería capaz de cortarle los huevos, pensó mientras se maquillaba a conciencia ante el espejo. Por alguna razón, esa noche deseaba estar más espectacular que nunca, así que se había puesto una preciosa minifalda de cuero con tachuelas que resaltaba sus largas y torneadas piernas, un provocativo top de seda rojo y sus botines de estrella del rock con tacón de aguja. A más de uno le quitaría el hipo.

—¡Chicas! ¡Cuántas ganas tenía de veros! —Stella corrió a abrazarlas nada más verlas aparecer en el pub.

—¡Stella estás magnífica! ¿Qué le das, Jack? —se rio Kim después de saludar también al marido de su amiga.

—Sexo por la mañana, sexo por la noche y sexo a todas horas —bromeó él.

—Mucho amor, eso es lo que me da —respondió Stella con ojos brillantes.

—Voy a pedirle a Finn vuestras bebidas, amor —susurró Jack, que la estrechó contra sí y la besó en los labios.

—¡Puaj! ¿Todavía no habéis superado la fase luna de miel? —se quejó Hannah mientras lo veía alejarse.

Stella se rio feliz y, al verla, Kim no pudo evitar sentir un leve pinchazo de envidia.

—Estoy deseando que te enamores, Hannah. Vas a ser la chica más graciosa del mundo.

—¿Nuestra Hannah? —preguntó Kim, extrañada—. ¡Ni de coña!

Jack regresó con tres jarras de cerveza que depositó sobre la mesa. Kim dudó si tomar alcohol o no. A fin de cuentas, todo se terminaría dentro de cinco días.

—¿Tú no bebes, Jack?

—¡Claro! Pero no esperarás que me sienta aquí con vosotras a escuchar vuestras intimidades. Estaré allí con los chicos, en la mesa de billar —Jack señaló al otro extremo del pub.

Kim alargó el cuello en un intento de distinguir a quiénes se refería Jack con «sus amigos», pero no vio a nadie conocido.

—¡Bueno! —suspiró Stella—. Contadme: ¿cómo os va la vida sin mí? ¿Me echáis de menos?

—Kim no cocina tan bien como tú, Stella —dijo Hannah con voz lastimera.

—Y Hannah no se acurruca en el sofá conmigo para ver juntas nuestras series favoritas —se quejó Kim.

—Yo también os echo muchísimo de menos, chicas. —Stella extendió los brazos sobre la mesa para coger sus manos—. Chicago es una ciudad impresionante, mi trabajo me encanta y estar allí con Jack es... lo mejor que me ha pasado en la vida, pero me encantaría teneros cerca para poder contaros todo eso que Jack no entendería ni en un millón de años. Ya me entendéis. —Hizo una pausa antes de volver la vista a Kim—: ¿Y cómo andas tú de amores? ¿Algo interesante que contar?

Kim desvió la vista y se encogió de hombros.

—Nada interesante. Y tampoco he conocido a ningún hombre que merezca la pena. Estoy harta de esos tipos que no saben ni lo que van a hacer mañana. Voy a tener que apuntar a hombres más maduros, con las ideas más claras.

—Pensé que Daniel te gustaba.

—¿Daniel? ¿Ese cabeza hueca? —Kim abrió los ojos sorprendida—. Stella... ¿en serio?

—Y hablando del rey de Roma... —susurró Hannah.

Las tres dirigieron su mirada hacia la puerta de entrada por la que acababa de entrar un sonriente Daniel con una chica con aspecto de ninfa del bosque, seguida de cerca por... ¡Fred!

—Mierda —musitó Kim antes de bajar la vista y dejarse resbalar en el asiento.

Daniel saludó a Jack al fondo de bar y se dirigió directamente hacia él, pero Fred se tomó su tiempo para echar un vistazo alrededor hasta que las vio. Entonces sonrió, enganchó a la chica por el codo y se acercaron a la mesa donde estaban sentadas.

—¡Stella y sus inseparables! —dijo a modo de saludo, con una enorme sonrisa.

—¡Fred! ¡Mi abogado favorito! —exclamó Stella, que se puso en pie al verlo.

Hannah también decidió levantarse, así que Kim no tuvo más remedio que hacer lo mismo. Fred las saludó muy efusivo, a una detrás de otra hasta llegar a Kim, a quien examinó con mirada crítica: sus ojos se posaron en el amplio escote, midieron la cortedad de su minifalda, y recorrieron las estilizadas piernas hasta llegar a la punta de sus botines.

—Mirad, os presento a Michelle, una amiga. —Se echó a un lado para dejar paso a la chica de ojos negros y profundos, que se adelantó un paso con sonrisa tímida.

Fue entonces cuando le vino ese olor insoportable a... flores. Kim notó cómo las náuseas se adueñaban de su cuerpo, y todo a su alrededor comenzó a dar vueltas. Dio un paso atrás, tambaleante, que la hizo tropezar con el filo de la silla y sintió las miradas sorprendidas de todos clavadas en ella. Cuando llegó la primera arcada, se dio media vuelta y salió corriendo en dirección a los aseos.

«Porfavorporfavorporfavor».

Empujó la puerta con el hombro. El aseo era tan pequeño, que en dos zancadas alcanzó uno de los dos cubículos que había y, un segundo más tarde, una bocanada de líquido regó la taza del inodoro. Oyó abrirse de nuevo la puerta a su espalda y, de pronto, Stella estaba a su lado y le sujetaba la frente mientras Hannah le decía desde el lavabo que aguantara, que en seguida llegaba con una toallita húmeda.

Se sentía morir.

—¿Cómo te encuentras, Kim? ¿Mejor? —Stella se agachó a sus pies junto al inodoro, donde se había sentado, agotada por el esfuerzo, después de echar hasta los higadillos, y la miró preocupada. Kim asintió despacio—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma? ¿Te pasa algo?

—No, han debido de ser los cereales de esta mañana —replicó Hannah, nerviosa, apoyada en la portezuela basculante—. Se ha tomado los míos de chocolate, en vez de los suyos de fibra.

—No pasa nada, Hannah, puedes decirlo —dijo Kim, encogida sobre sus piernas—. Con Stella hay confianza, ¿verdad?

—Confianza, ¿para qué? —preguntó la aludida.

Kim alzó su mirada cansada y dijo:

—Estoy embarazada.

La cara de asombro de su amiga era todo un poema.

—¿Embarazada? ¿Tú? Pero, pero... ¿de quién?

—¡Ja! ¡Buena pregunta! —exclamó Hannah, sin poder evitarlo.

Kim dudó si decírselo a su amiga, pero joder, que era Stella. ¿Cómo iba a ocultárselo?

—Júrame por lo que más quieras en este mundo que no vas a decírselo a nadie, y eso incluye a Jack.

—Lo juro —respondió Stella con la mano alzada.

—Fred.

—¡Fred! ¿Fred Patterson? ¿Nuestro Fred?

—¡No es mi Fred!

—¡Pero sí es mi Fred! —protestó Stella. Una vez que lo asimiló, la expresión de

su rostro era de absoluto desconcierto—: Pero ¿cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo, Kim?

—La noche de tu boda. En su habitación. El cómo ocurrió no tengo ni idea. Estábamos muy borrachos y ninguno de los dos recordaba que hubiera pasado nada. Y desde entonces no he estado con nadie más, así que...

—Así que no me lo pensabas decir —oyó la voz contenida de Fred desde el umbral de la puerta. Ninguna de las tres lo había oído entrar.

Todas se volvieron a mirarlo. Estaba pálido y tenía la cara desencajada como si acabara de recibir un puñetazo en pleno estómago.

—¿Qué haces tú aquí? —Kim lo miró casi con odio—. Este es el aseo de chicas.

—Estaba preocupado. He venido a ver si me necesitabais para algo... — consiguió decir Fred, por fin, tras unos segundos de desconcierto. Se pasó la mano por el pelo y dio un paso vacilante en dirección a Kim—, pero ya veo que no pinto nada de nada.

Stella y Hannah se interpusieron entre ellos.

—No deberías estar aquí, Fred —le recriminó Stella en voz baja.

—¿Por qué? ¿Porque así no me habría enterado de nada? ¿Vas a tener un hijo mío sin que yo lo sepa, Kim? ¿O pensabas aparecer un día ante mí con el niño en brazos y exigirme la mitad de mi dinero?

—No voy a tener un hijo tuyo, chico listo —le escupió Kim con rabia—. No voy a tener un hijo de nadie. Este embarazo se va terminar la semana que viene, y punto final. Se acabó. Finito. Y ahora, lárgate de aquí.

Las palabras de Kim cayeron como una bomba de silencio entre todos.

—Oh, Kim... —Stella la miró apenada—: ¿Estás segura?

—Lo está —afirmó Hannah.

—Nunca he tenido nada tan claro como esto.

Fred guardó silencio. La miraba con los ojos idos, como si mil cosas estuvieran atravesándole la mente en ese instante. Luego, dio media vuelta y abandonó el aseo con un gran portazo.

Capítulo 4

Estaba muy cansada y tenía mucho sueño a pesar de que no eran ni las diez de la noche. Hacía un rato que se le había terminado la bebida y le daba mucha pereza levantarse a por otra. Desde su sitio podía ver a Stella con un taco de billar entre las manos y Jack a su espalda, susurrando en su oído.

«Cochinadas, seguro», pensó Kim.

Un poco más allá, Hannah, Daniel y otros dos amigos de Jack jugaban una partida de dardos, a la que ella había rechazado unirse. Su mirada se desvió hacia Fred, sentado en un taburete cerca de la mesa de billar. Jamás lo reconocería ante nadie, pero lo cierto era que su «chico listo» tenía un cierto atractivo, con ese pelo ondulado y más largo de lo normal, los hoyuelos que se le formaban en ambas mejillas al sonreír, y ese cuerpo estilizado y fibroso que ella había tenido el maldito privilegio de contemplar desnudo. Observó con disimulo cómo jugueteaba y le hacía carantoñas a esa chica de grandes ojos almendrados y sonrisa dulce que se mantenía de pie entre sus piernas. Bien por él. Por suerte, se había mantenido lejos de ella toda la noche. Ni siquiera se había dignado a mirarla una sola vez, como si fuera una apestada. Cabrón.

Kim se levantó por fin de su asiento y se dirigió a la barra. Tenía sed y un poco de hambre.

—Un té frío, por favor —le pidió al viejo camarero de rostro entrañable, sentado en un extremo.

—Creo que hace al menos diez años que nadie me pide un té frío un sábado a las diez de la noche —se rio el hombre mientras le servía la bebida—. ¿Te lo apunto a la cuenta de Jack y los demás? —preguntó señalando hacia sus amigos.

—No, no hace falta. Lo pago ahora. —Kim extendió un billete de cinco dólares sobre el mostrador. Su estómago sonó como una cañería vacía—. ¿Podría ponerme también algo para picar? —Ponle uno de tus nachos especiales, Finn —dijo Fred a su lado.

Kim se tensó en su sitio. Guardó despacio el monedero, bebió un trago de té y esperó con la vista al frente, sin prestarle la mínima atención.

—Kim, ¿podemos hablar un minuto? —oyó que le preguntaba.

—No tengo nada que hablar contigo, Fred.

—Yo creo que sí.

—Pues te equivocas.

—¿Estás segura de que es mío?

—¡Cabrón! —siseó, con rabia—. Lárgate de mi vista.

—Está bien, tienes razón —se disculpó él con expresión sincera—. Olvídalo, he sido un cretino. Siento haber dicho eso, pero, entiéndeme. Es todo tan... extraño.

—No me digas —se burló ella.

—Mira, Kim, solo quiero decirte que si decides tener ese bebé, yo asumiré mi responsabilidad con... lo que venga. Me ocuparé de que esté bien y tenga lo que necesite.

Punto para Fred. Al menos, era un tipo medio decente.

—No necesito tu dinero, gracias. Por suerte, me valgo yo solita. —Kim le dedicó una sonrisa sardónica.

—No lo hago por ti, lo hago por mi hijo. No soy de los que se escaquean de sus obligaciones, Kim, y tener un hijo es algo muy serio —dijo con su gravedad habitual.

Kim odiaba ese tono de superioridad moral. Se había fijado que solo lo utilizaba para dirigirse a ella; con Hannah y Stella bromeaba mucho y se mostraba muy cariñoso—. Aunque tú y yo no estemos juntos, ejercería de padre con él.

—Puedes dormir tranquilo. No habrá bebé.

—De acuerdo. Si eso es lo que quieres, respeto tu decisión; pero si cambias de idea...

—No voy a cambiar de idea, Fred —le cortó mirándolo a esos bonitos ojos verdes velados tras las gafitas redondas de empollón—. Está decidido. No pienso arruinar mi vida por una noche que ni siquiera recuerdo ni voy a renunciar a mi carrera por dedicarme a cambiar pañales y dar biberones.

Kim se terminó el té de un trago, se bajó del taburete y se alejó de él con paso firme. Sin necesidad de verlo, sintió los ojos verdes clavados en su espalda.



Abrió la puerta del local y salió a la calle. El aire fresco la hizo revivir y decidió volver a casa dando un paseo. Apenas había dado unos pasos cuando una voz

masculina, muy cerca de ella, la sobresaltó.

—Te acompaño.

Volvió la cabeza y vio a Fred poniéndose la cazadora a toda prisa.

—No hace falta —dijo con sequedad—. Será mejor que vuelvas con tu chica.

—Michelle no es mi chica, es la hermana de un amigo y no conoce a nadie en Nueva York. Daniel se hará cargo de ella encantado.

—No necesito que me acompañes.

—No hace falta que me repitas que eres una mujer independiente y que no necesitas a nadie. Es solo que me gustaría hacerlo.

Kim se encogió de hombros, estaba agotada física y emocionalmente y lo último que quería era empezar otra discusión con él.

Caminaron en silencio por la calle, que a esas horas estaba casi desierta.

—Me gustaría saber —Fred rompió por fin el silencio—, ¿qué es lo que te molesta tanto de mí?

La pregunta la sorprendió, ella había esperado que trataría de convencerla una vez más de que no abortase.

—Me hace gracia que, precisamente tú, me hagas esa pregunta. Tal vez soy yo la que debería hacértela a ti.

A la luz de las farolas, lo vio levantar las dos manos en un gesto de rendición.

—Está bien, lo reconozco. Al parecer el desagrado ha sido mutuo desde el principio. Sin embargo, te aseguro que no es algo que me ocurra a menudo. Soy un tipo tranquilo, nunca discuto con nadie fuera de los tribunales.

—Pues, desde luego, conmigo te has lucido. —Kim esbozó una sonrisa sarcástica, pero enseguida se puso seria—. Dime una cosa, ¿de verdad no te acuerdas de lo que pasó aquella noche?

Fred negó con la cabeza.

—Como ya te comenté, solo tengo unas imágenes bastante vagas.

De repente, se detuvo en mitad de la acera y la obligó a detenerse también.

—Por casualidad... —Fred carraspeó con fuerza—. No tendrás un lunar en forma de corazón aquí, ¿verdad?

Posó el dedo índice justo encima de su pecho izquierdo. Kim no se había atado el abrigo y el calor de su piel traspasó la seda del top rojo. Dio un paso atrás en el acto, como si la hubiera quemado.

—No. No tengo ningún lunar ahí —mintió y echó a andar sin esperar.

Fred corrió para alcanzarla.

—¿Y tú? ¿Tú recuerdas algo?

Desde que había descubierto que estaba embarazada, Kim había tenido tiempo de sobra para pensarlo, pero lo único que le venía a la cabeza, una y otra vez, cuando trataba de forzar sus recuerdos eran unas manos fuertes, de dedos largos, que parecían estar por todo su cuerpo. Miró de reojo las manos de su acompañante, pero las llevaba metidas en los bolsillos.

—Nada. Ni siquiera un lunar fantasma —dijo en tono gélido.

Después de aquello, siguieron caminando en silencio hasta que llegaron al edificio en el que vivía Kim.

—Muchas gracias por acompa...

Pero Fred no la dejó terminar.

—Kim, escúchame —empezó con ese tono persuasivo, que a buen seguro empleaba para convencer a jueces y jurados, y que Kim encontraba de lo más irritante—. No lo hagas, por favor. No abortes. Yo me ocuparé del bebé si tú no puedes. Podrás visitarlo si quieres o, si no, no te haré ningún reproche. Correré con todos los gastos médicos, de alimentación, de educación... Todo, absolutamente todo. No tendrás que renunciar a tu carrera. No tendrás que renunciar a nada.

Kim se apartó el pelo de la cara, impaciente. No sabía por qué, pero tenía ganas de pegarle.

—No insistas, por favor. La decisión está tomada. Olvídate de lo que has oído hoy. No hay ningún niño ni ninguna niña, es solo un... un... una especie de apéndice que me extirparán dentro de cinco días.

—¡Joder, Kim, ni tú misma te crees eso!

Fred golpeó la pared con tanta fuerza que se hizo sangre en los nudillos.

—¿Qué haces, estúpido? —gritó, sorprendida.

Pero Fred se miraba el puño con incredulidad, como si su violenta reacción lo hubiera dejado atónito a él también.

—Perdona. Lo siento —se disculpó con voz ronca.

Kim nunca lo había visto tan alterado. Tenía el pelo despeinado y respiraba con fuerza. Una imagen que quedaba muy lejos de la del perfecto abogado, amable y conciliador, que tanto la sacaba de sus casillas.

Fred se quitó las gafas y las limpió con el faldón de la camisa, le temblaban mucho las manos y la expresión desolada que percibió en los ojos miopes la enterneció a su pesar. Kim colocó una mano en su brazo y suavizó el tono todo lo posible:

—Lo siento, Fred. Es lo mejor. Para los dos.

Fred se quedó mirando un buen rato la mano de manicura perfecta que reposaba

sobre su brazo, hasta que, finalmente, se apartó, volvió a colocarse las gafas y se despidió de ella sin mirarla siquiera.

Capítulo 5

Kim corrió al cuarto de baño, levantó la tapa del inodoro y vomitó dentro. Era la segunda vez que devolvía desde que se había levantado de la cama, y ya no le quedaba en el estómago nada más que un poco de bilis amarga. Estaba claro que los nervios se habían juntado con el embarazo. Hoy era el día.

Había pedido un día de asuntos propios en el trabajo y tenía hora en una clínica abortista en el *westside* de Manhattan. No le había dicho nada a Hannah ni, por supuesto, a Stella —sus creencias religiosas estaban completamente en contra del paso que iba a dar—; esto era algo que tenía que hacer ella sola.

Se lavó la cara con agua fría y, por primera vez desde que cumplió los quince, no tuvo fuerzas para maquillarse. Sin mirarse al espejo, salió del cuarto de baño, cogió el abrigo y el bolso y abandonó el apartamento sin hacer ruido.

Las calles estaban mojadas por la lluvia nocturna y, aunque ya no llovía, hacía un día triste y desapacible.

«El más adecuado para mi estado de ánimo», se dijo con amargura.

Era muy temprano y la ciudad apenas empezaba a despertar. Paró un taxi y dio la dirección de la clínica con voz neutra. Le hubiera gustado no llegar nunca, pero apenas había tráfico y el taxi se detuvo junto a un edificio de fachada poco destacable apenas veinte minutos después. Contó las monedas y se las tendió al taxista con dedos trémulos.

El interior de la clínica estaba pintado en un tono gris oscuro y, a pesar de las láminas de flores que colgaban de las paredes, Kim no pudo reprimir un escalofrío cuando se sentó en la salita desierta que le había indicado una amable enfermera.

«Tranquila, no eres ni la primera ni la última mujer que pasa por esto», se dijo tratando de calmarse.

Sin embargo, cada vez estaba más nerviosa. Entrelazó los dedos con fuerza en el regazo para evitar que temblaran, pero fue inútil.

«¡Más fuerte, Kim!».

La voz de Jeannie Mai resonó tan clara en su cabeza, que se volvió a mirar a su alrededor, sobresaltada. Hacía años que no pensaba en Jeannie Mai. Había sufrido tanto durante su enfermedad y su muerte, que había enterrado el recuerdo de su hermana en el rincón más profundo de su cerebro.

De pronto, volvió a ver las trenzas rubias de Jeannie Mai revoloteando en el aire cada vez que ella empujaba el columpio.

«¡Más fuerte, más fuerte!».

El aire acondicionado de la clínica se convirtió en la fresca brisa de principios de primavera que mecía al pasar los interminables maizales, y el olor de la hierba mojada sustituyó al del ambientador de limón.

«Un poco más, Kim. Déjame un poco más».

No había forma de hacerla bajar del columpio. Sin darse cuenta, los labios de Kim esbozaron una sonrisa al recordarlo. Su hermana podía pasar horas y horas subida a ese trozo de madera, cuyas cuerdas habían sujetado a la gruesa rama del castaño entre Noah y ella antes de que Jeannie Mai naciera.

Jeannie Mai solo tenía cuatro meses cuando su madre se quitó la vida colgándose de una viga del granero. Su padre, un alcohólico violento, casi ni se enteró. La enterraron junto a sus hermanos Christine y Bobbie; ninguno de los dos había llegado a cumplir los tres años. De los cinco hijos que Maggie había tenido, solo quedaban Noah y ella.

Con su padre no se podía contar y sobre su hermano Noah, que acababa de entrar en la adolescencia, ya recaía todo el peso de la granja, así que Kim, con solo diez años, pasó a ser lo más parecido a una madre para su hermana pequeña.

Cuando Jeannie Mai enfermó fue ella la que estuvo día y noche junto a su cama. A pesar de que no tenían dinero para pagarle, el doctor Bailey, que era un buen hombre, la había atendido; incluso había pagado las costosas medicinas del tratamiento, pero, a pesar de sus esfuerzos, la vida de su hermana se había apagado dos semanas antes de su sexto cumpleaños.

Una vez más, la voz infantil resonó en su cabeza y oyó de nuevo las palabras que ambas pronunciaban todas las noches antes de acostarse en la cama que compartían.

«Te quiero, Kimberley Sue».

«Te quiero, Jeannie Mai».

—Señorita Donson, ya puede pasar.

La voz de la enfermera interrumpió sus recuerdos. Kim se secó las lágrimas y se apresuró a seguirla por el pasillo. La enfermera la condujo a una pequeña habitación en la que había una camilla cubierta por una sábana limpia.

—Desnúdese por completo y póngase esto. —Le tendió una bata de hospital que

se ataba a la espalda y se fue.

Kim se quedó de pie, con la bata en la mano. Un rugido sordo atronaba en sus oídos y, de pronto, incapaz de soportarlo más, tiró la bata sobre la camilla y salió corriendo.

—¡Oiga! —gritó la enfermera al verla pasar a la carrera por delante del mostrador, pero Kim no hizo caso y siguió corriendo hasta alcanzar la calle.

—¡Taxi, taxi!

Alzó el brazo con impaciencia y, casi al instante, uno paró delante de ella. Se subió y dio su dirección al conductor, un sij de enorme turbante y barba poblada.

—No llore señorita, no merece la pena. Todo está en manos del Nombre Verdadero.

Los ojos de Kim se encontraron con los brillantes ojos oscuros a través del espejo retrovisor, y se dio cuenta de que tenía la cara empapada de lágrimas.

—Pues más... le vale que exista y que... me eche una mano —dijo con la voz entrecortada.

—Que así sea —respondió el taxista y se puso en marcha.

Capítulo 6

Sentada en el banco favorito de Hannah en Forest Park, Kim disfrutaba del tímido sol primaveral con la cara alzada, los ojos cerrados y la palma de la mano sobre el vientre hinchado, para no perderse ni una de las patadas que la incansable pequeña le daba.

Los últimos meses no habían sido fáciles. En cuanto en el trabajo se enteraron de que estaba embarazada, su jefa la había mirado con frialdad por encima de las gafas y le había anunciado que iba a haber algunos cambios en su sección. Por supuesto, no tenía nada que ver con el hecho de que ella estuviera embarazada, había añadido a toda prisa. No, claro, nada. Pero Kim ya estaba preparada y ni siquiera parpadeó.

Era consciente de que la decisión de seguir adelante con el embarazo significaba que su carrera en *Glamorous* ya no sería una línea ascendente y fulgurante como hasta entonces. Sin embargo, para una chica que se había criado en una granja ruinoso de Indiana y que había conseguido llegar tan lejos sin la ayuda de nadie, no sería un problema reinventarse una vez más.

Seguiría en la revista hasta tener a la niña y, luego, su jefa había aceptado a regañadientes que trabajase como *freelance*. Incluso le había ofrecido la posibilidad de llevar una columna semanal en la sección de belleza. Eso sí, el sueldo ya no sería el mismo, pero tenía los contactos adecuados y estaba segura de que no le costaría demasiado colocar algunos de sus artículos en otras publicaciones.

—¿Kim? ¿Eres tú?

Reconoció al instante esa voz masculina llena de asombro.

«Mierdamierdamierda».

Kim abrió los ojos con todos los sentidos alerta. En efecto, ahí estaba Fred. Iba vestido con ropa deportiva y, a juzgar por las grandes manchas de sudor que lucía en la camiseta gris de la Universidad de Harvard, debía de llevar un buen rato corriendo.

Volvió a maldecir en silencio por aquella inesperada coincidencia. Era la última

persona que deseaba encontrarse. De hecho, llevaba meses esquivándolo; no había vuelto a aparecer por Finn's Corner y, cuando Jack y Stella venían de Chicago, jamás quedaba con ellos dos juntos. Les había hecho jurar a Stella y a Hannah sobre una Biblia y un Talmud, respectivamente, que nunca, nunca, ni siquiera bajo amenaza de las más terribles torturas, le dirían a ninguno de los tres amigos que seguía adelante con el embarazo. Stella era la que más había protestado —no le gustaba la idea de tener secretos para Jack y menos uno de semejante importancia—, pero Kim se había mostrado terminante y, al final, había jurado también.

—Estás... estás embarazada. —Bajo la piel morena, el rostro de Fred había palidecido.

—¡Guau, chico listo! —El sarcasmo era su única defensa y recurrió a él mientras pensaba a toda velocidad una excusa que le permitiera salir huyendo de allí—. Menudos poderes de observación.

Notó que Fred daba un respingo ante su tono burlón y le pareció que los ojos verdes la miraban con intenciones homicidas. Así que trató de aligerar el ambiente con un comentario trivial.

—¿Ves algo sin tus gafas?

—Uso lentillas para hacer deporte —respondió con sequedad, pero la táctica de distracción solo funcionó unos segundos porque, al instante, Fred señaló su vientre, que sobresalía por debajo de una blusa suelta de algodón, con un dedo acusador.

—¿Que quiere decir esto?

Kim hizo como que se paraba a pensarlo.

—Hum. No sé, ¿quizá que ayer cené demasiado? —dijo en un tonillo impertinente—. Te prometo que cuando me acosté anoche tenía la tripa como una tabla.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad?

Fred entornó los párpados y, por primera vez en la vida, Kim sintió temor ante un hombre. Ni siquiera su padre, que no había dudado en soltarle más de un bofetón cuando iba bebido, había conseguido amedrentarla como acababa de hacer el tono suave y educado de ese picapleitos, que parecía no haber roto un plato en su vida. En ese momento, comprendió que Fred Patterson no era uno de esos tipos algo pusilánimes con los que acostumbraba a salir y a los que manejaba a su antojo, y eso la asustó aún más.

—Bueno, tengo que irme. —Apoyó una mano en el banco y se levantó con dificultad. Estaba en la recta final del embarazo y cada día se sentía más torpe—. Me alegro de haberte visto por aquí, saluda a Dan y a Jack de mi parte.

Pero Fred se puso delante de ella y le cortó el paso.

—No vas a ningún lado.

El tono autoritario la puso furiosa.

—Déjame pasar o empezaré a gritar como una loca.

—Mira, Kim... —Fred se pasó la mano por el pelo y, después de unos segundos, volvió a recurrir a su tono de abogado profesional—. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Por las buenas, charlamos, contestas a unas cuantas preguntas y acordamos una custodia compartida del bebé que esperas.

Al oír lo de «custodia compartida» a Kim se le puso la carne de gallina. Sin embargo, no dejó que su expresión reflejara el temor que sentía.

—¿Qué te hace pensar que este bebé es tuyo? —dijo con una calma que no sentía.

—Te recuerdo que oí la conversación que tuviste con tus amigas en el lavabo de Finn's.

—Te recuerdo que te dije que iba a abortar.

—Claro, y entonces ¿esto qué es?

Fred posó la mano sobre su barriga y, en ese momento, la pequeña aprovechó para soltar una patada digna de un futbolista de la Super Bowl. Si no hubiera estado tan asustada, Kim se habría reído al ver la cara que puso; pero no estaba para risas y lo apartó de un manotazo.

—¡No me toques!

Lo vio tragar saliva varias veces. A pesar de su aspecto frío y calmado, se notaba que estaba nervioso.

—Perdona. Te prometo que no volveré a tocarle, pero sentémonos en este banco y hablemos.

—¡Te he dicho que no hay nada de qué hablar! No es tu hijo. Aborté en una clínica privada. Poco después conocí a Thomas —dijo el primer nombre que le vino a la cabeza— y nos enamoramos. Thomas es el padre. Pensamos casarnos cuando nazca la niña.

Fred resopló con fuerza y se mesó el cabello, visiblemente afectado.

—¿Es niña?

—Sí, es una niña. Me lo confirmaron en la última ecografía. Pero no es tuya.

Los bonitos ojos verdes estaban fijos en su rostro y dio gracias al cielo por ser una experta jugadora de póquer.

—Por las malas entonces —dijo él al cabo de unos minutos, y Kim supo que no solo no lo había engañado sino que hablaba muy en serio.

—Pero ¿no has oído...?

Fred levantó la mano y ese sencillo gesto la hizo callar en el acto.

—Te llegará una notificación a tu casa —dijo con voz helada—. En cuanto nazca la niña, deberás hacerle una prueba de paternidad. Cuando tenga los resultados,

volveremos a hablar, pero me temo que ya no seré tan razonable. Lo más probable es que pida la guardia y custodia y, te lo advierto, soy un abogado formidable.

Las rodillas de Kim temblaban tanto que pensó que no la sostendrían. Sabía de sobra que Fred no estaba fanfarroneando y la sola idea de perder a su bebé resultaba insoportable.

—Manda todas las notificaciones que quieras. No es hija tuya. Ahora, ¡apártate y déjame pasar!

Después de mirarla unos segundos, Fred se hizo a un lado y Kim se alejó con toda la dignidad que pudo —aunque tenía ganas de correr— mientras sentía en la espalda el peso de esos ojos verdes. En ese momento, tomó una decisión: en cuanto llegara a casa, haría las maletas, cogería el primer vuelo a Indiana y se refugiaría en la granja de su hermano. A nadie que la conociera un poco se le ocurriría buscarla allí.

Capítulo 7

Kim siguió con la mirada la furgoneta que se alejaba renqueando por el camino. Leyó el cartel que tenía al lado: «Bienvenidos a Hope, Indiana». Volvía al punto de partida.

Al bajar del autobús que la había llevado hasta allí desde Indianápolis, se había encontrado con Samuel, el hijo del pastor, y le había pedido que la acercara a la granja. Al chico le había costado reconocerla. Había sido ella misma quien le había dado las pistas para que llegara a la conclusión de que era la hermana de Noah Hoffman.

—¿De verdad eres Kim Hoffman? ¡Demonios! Sí que estás cambiada!
¡Bienvenida de nuevo! —exclamó el joven.

La alegría de Samuel había sido sincera y Kim se preguntó si su hermano tendría la misma reacción al verla aparecer después de tantos años sin dar señales de vida.

Kim agarró la maleta con la poca ropa que había recogido de su apartamento y se dio la vuelta. Allí estaba, delante de sus ojos, la pesadilla de la que había huido con apenas diecisiete años y el lugar donde juró no regresar jamás.

«Maldito Fred», murmuró.

Él era el culpable de truncar su prometedora carrera, de que su vida hubiera dado un giro de ciento ochenta grados y de verse allí de nuevo.

Se fijó en que el tejado del cobertizo estaba levantado por uno de los lados, la valla de madera que rodeaba la casa aparecía caída en algunos puntos y nadie había cortado la hierba del camino de acceso a la granja desde hacía más de seis meses, calculó.

Le entró miedo. Parecía abandonada. ¿Quién le decía que su hermano no se había largado de allí en cuanto tuvo ocasión, igual que hizo ella? Hacía tiempo que no hablaban y no había intentado llamarle para avisarle de que iría por miedo a una negativa. ¿Y si resultaba que allí ya no vivía nadie? O peor aún, ¿y si la había

vendido y ahora era propiedad de unos desconocidos?

«No pienso volverme a Nueva York y arriesgarme a que ese abogado piraña me quite a mi hija. ¡Ni lo sueñes, Fred!».

Sujetó la maleta con fuerza y avanzó por el camino. Contuvo los malos recuerdos que le provocaban las paredes de madera desconchada. La puerta estaba abierta; entró sin llamar.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa? ¿Noah? —Aquel caserón sin apenas muebles le devolvió el eco de su voz—. ¿Noah, estás ahí? —preguntó de nuevo mientras atravesaba el recibidor hacia la cocina.

Ver el fregadero lleno de platos sucios y una barra de pan a medio comer sobre la mesa de la cocina, la tranquilizó. Por primera vez en su vida, la suciedad y el desorden le parecieron una buena señal.

En la casa vivía alguien, ahora solo tenía que averiguar si ese alguien era el único familiar que le quedaba. Despacio, subió los escalones y cruzó por delante de la habitación de sus padres, que permanecía con la puerta cerrada desde que Jeannie Mai...

Apartó de su mente la imagen de su hermanita muerta y se dirigió a la habitación de su hermano mayor. A punto estuvo de echarse a llorar al ver la manta marrón tirada de cualquier manera sobre la cama deshecha y la camisa de cuadros verdes, que su hermano siempre se ponía, completamente ajada después de tantos años. En la pared, sobre la cama, un banderín con los colores del instituto del pueblo y un dibujo de Jeannie Mai antes de que sucediera aquello, donde aparecían los tres hermanos de la mano.

Se pasó, nerviosa, una mano por la tripa.

«Estamos en casa, pequeñita, por fin estamos a salvo».

Y sin pensarlo más entró en la que fuera su habitación, colocó la maleta sobre la cama y la abrió. Diez minutos más tarde, ya había colocado toda la ropa en la cómoda que había permanecido vacía durante tantos años. Cuando cerró el último cajón, pasó la mano por la superficie de madera y la levantó llena de polvo.

—Hermanito —dijo en voz alta—, me parece a mí que tu vida amorosa es tan desastrosa como la mía.



—¡Sí, sí, sigue, sigue, sigue! ¡Sí, sí! ¡Más deprisa! ¡Sí, sí, sí!

Kim se quedó paralizada en medio del granero al darse cuenta de que lo que estaba oyendo no era el esfuerzo de nadie trabajando.

—¡Sí, sí, sí! ¡Así, así, así! ¡Más rápido!

Kim dio un paso atrás.

—¡Sí, sí!

Otro paso atrás.

—¡Así, así, así!

Un tercer paso atrás.

—¡Sí, sí, sí!

En el retroceso, tropezó contra un fardo de heno y quedó sentada en él. Se le escapó un grito y luego... silencio absoluto. Mal asunto.

—¿Quién está ahí? —gruñó una voz masculina.

—¿Qué sucede, Noah? —preguntó una voz femenina.

Antes de que le diera tiempo a levantarse y salir corriendo, la cabeza de su hermano asomó por la estructura del pajar.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí?

El hombre que la miraba con los enormes ojos azules de su madre también era un desconocido para ella. El pelo se le había vuelto de un tono pajizo, las cejas eran ahora más pobladas y las mejillas las tenía cubiertas de una barba espesa que Kim nunca le había visto. Y sin embargo, no había duda de que era él.

La cabeza de una mujer rubia muy delgada apareció junto a la de Noah.

—Yo... —Kim dudó en la forma en la que presentarse. El embarazo era claramente notorio, así que pensó que ya había una cosa menos que explicar—. Yo... no sabía a dónde ir y he regresado a casa —confesó mirando a las dos cabezas que la interrogaban desde lo alto del granero.

—¿Eres tú, Kim? —Noah se levantó de un salto. Lo vio abrocharse el pantalón vaquero y bajar a todo correr por la escalera, apoyada en la viga que sostenía el pajar. Sin embargo, se detuvo al llegar frente a ella—. Porque... Kimberley Sue, eres tú, ¿verdad?

—Sí, soy yo.

Entonces sucedió lo que Kim temía. El rictus de su boca cambió por completo y el Noah niño dejó paso al Noah adulto.

—¿Qué haces aquí?

Ella ya lo había explicado, que su hermano se lo preguntara de nuevo era una mala señal.

—He vuelto a casa.

—Esta no es tu casa. Lo dejaste bien claro el día que te marchaste —contestó él muy serio.

—Era una cría —se defendió ella.

—Ya, una cría que ha tenido diez años para hacerse una mujer, pero que no ha tenido tiempo de mandar a su hermano ni una postal por Navidad.

—Nunca fuiste rencoroso.

—He tenido diez años para aprender.

Kim decidió cambiar de táctica. Miró a su alrededor.

—Veo que todo sigue igual por aquí.

—Puedes estar segura. Ni siquiera han desaparecido las deudas del banco —dijo él con mirada acusadora.

—Yo... yo no podía quedarme. Lo sabes perfectamente.

—No, claro que no. Era demasiado para ti —replicó con ironía—. Lo mío era diferente. Noah es el tonto que siempre está donde debe estar.

Kim respiró hondo. Entendía el enfado de su hermano, pero ya no había marcha atrás.

—Necesito quedarme.

—¿Y dónde estabas tú cuando yo te necesitaba?

—En Nueva York, luchando por salir adelante y por llegar a ser la mejor en mi profesión. He trabajado mucho durante todos estos años. Y hace poco renuncié a todo por... —se pasó la mano por la tripa— por tu sobrina. ¿Dejarás que me quede?

«Porfavorporfavorporfavor».

La mirada de Noah pasó de su cara a su voluminosa figura y, por fin, los labios se curvaron en el gesto que Kim estaba deseando ver. La sonrisa franca de su hermano estuvo a punto de arrancarle las lágrimas que contenía. Sacudió la cabeza ante la dificultad de pronunciar una sola palabra. Un segundo más tarde, lloraba amargamente sobre el pecho de Noah.

—No pasa nada —susurraba él con mucha delicadeza—. Ya estás en casa.

Pero la sincera bienvenida de Noah, en vez de tranquilizarla, solo sirvió para que Kim dejara escapar la angustia que había almacenado desde que supo que estaba embarazada. Tardó un rato en reponerse, a pesar de que Noah la abrazaba y consolaba con toda la paciencia del mundo. Cuando por fin se tranquilizó, se separó de él y se encontró con la rubia a su lado, mirándola con curiosidad.

—¿De cuánto estás?

—De ocho meses y medio. Ya me queda muy poquito —dijo, acariciándose la tripa.

—¿Y qué es, niña o niño?

—Es una niña. Se va a llamar Jenny.

La mujer posó en ella una mirada indescifrable.

—Jenny... —susurró. De pronto, su expresión se transformó por completo, sus rasgos se dulcificaron y le dedicó una sonrisa acogedora antes de añadir—: Aquí estarás muy bien. Te cuidaremos, os cuidaremos a las dos, ¿verdad, Noah?

Noah le pasó el brazo por la cintura y asintió:

—Pues claro que sí. Kim, esta es Dorothy, Dotty para los amigos. Dotty, esta es mi hermana, Kim —las presentó.

—Soy su novia —se apresuró aclarar la chica.

La única novia de Noah que ella había conocido había sido Carol. Se habían hecho novios en el último curso del instituto y, a pesar de lo jóvenes que eran, se les veía tan enamorados que Kim siempre había pensado que acabarían casándose. Sin embargo, estaba claro que no había sido así, por lo que decidió ser prudente y no preguntar por ella delante de la otra.

—Bueno, sí —carraspeó su hermano—, nos vemos de vez en cuando.

—Noah es un hombre muy ocupado. —Dotty se colgó de su brazo con gesto posesivo—. Siempre está trabajando para sacar la granja adelante, pero a veces necesita un respiro de sus obligaciones, así que me tiene a mí.

—¿Podríamos ir a la casa? Una taza de café me sentaría de perlas —preguntó Kim que, de pronto, se sentía muy cansada.

Noah seguía siendo el chico desenvuelto que ella recordaba y, con buenas maneras, se libró de Dorothy en la puerta del granero. Kim se lo agradeció. En esos momentos, prefería estar a solas con su hermano, tenían muchísimo de lo que hablar. A Dotty le costó despedirse, pero finalmente, se marchó. Había aparcado el coche detrás del edificio y los hermanos se quedaron mirando, hasta que el Chevrolet color café desapareció de su vista.

—¿Y qué pasó con Carol? Creí que terminaríais casados —preguntó Kim de camino a la casa.

—Nah. Lo dejamos hace un tiempo —dijo él simplemente. Por cómo lo dijo, Kim intuyó que la ruptura no había sido, precisamente, un plato de buen gusto para él.

—¿Sigue por aquí?

—Sí, aunque por poco tiempo, creo. Estuvo unos años viviendo con un tío en LaFayette, pero he oído que ha regresado y se ha instalado en casa de sus padres.

Kim se apresuró a cambiar de tema:

—Así que ahora estás con Dorothy. Es una mujer un poco... diferente.

«Y algo acaparadora», pensó al recordar la forma en que se agarraba a Noah.

—¿Recuerdas el almacén de Don?

—Perfectamente. —El almacén de Don había sido la única tienda del pueblo durante muchos años. Allí se podían comprar desde unos clavos hasta un rollo de tela

para hacerse un vestido.

—Es su sobrina, sobrina de su esposa en realidad. Vino a vivir con ellos hace unos meses. Dice que se quedará con el almacén cuando sus tíos se jubilen.

—Buen partido, ¿eh? Y está loquita por ti. No hay más que ver cómo te mira.

El pecho de Noah se hinchó un poco. Kim sabía cómo halagar a los hombres.

—No es para tanto —disimuló él con modestia, pero su sonrisa ladeada decía todo lo contrario.

Kim se rió, contenta de seguir reconociendo los gestos infantiles de su hermano. Entrelazó su brazo con el de él como solía hacer cuando aún vivía allí.

—Venga, hermanito, estoy esperando ese café que me has prometido.



Noah había arreglado el sofá balancín del porche, y Kim esperó allí a que su hermano regresara con la bebida humeante. No se animó a decir nada hasta que dio el tercer sorbo.

—Estarás preguntándote qué hago aquí... —apoyó una mano sobre la tripa— y en este estado.

—Estás en un apuro. No hubieras venido si las cosas te fueran bien, lo dejaste bien claro cuando te marchaste. ¿Tu marido te maltrata?

—No es nada de eso. Ni siquiera tengo pareja.

—¿Es el hijo de un hombre casado?

—¡No! ¡Nada de eso! —se rio ella.

—¿Te echaron del trabajo, estás sin dinero? —preguntó él, con gesto de preocupación—. Me gustaría decirte que las cosas por aquí han cambiado, pero te mentiría. La granja...

—¿Quieres hacer el favor de callarte y dejar que me explique?

—Está bien. Soy todo oídos.

—No estoy con nadie. Esta niña que tengo aquí dentro es mía y solo mía. No hay padre —dijo con tono casi desafiante—. Hace un tiempo que trabajo por mi cuenta. Escribo para algunas revistas, me gana bien la vida. No soy rica, pero me llega para comer lo que me apetece, para vestirme como quiero y, en definitiva, para hacer lo que me da la gana. He venido a casa buscando un poco de tranquilidad.

No era del todo mentira, pero Kim prefirió no contarle lo de Fred. Al fin y al cabo, Noah era solo un granjero, sin estudios ni mundo. ¿Cómo iba a decirle que había rechazado la ayuda económica de un abogado neoyorquino de éxito?

—¿Cómo que no hay padre?

—No, no lo hay.

—Pero alguien habrá tenido que intervenir para que tú...

—Ya no estoy con él —zanjó Kim la conversación—. Me iré si me dices que lo haga.

Noah la observó en silencio. Después, se recostó en el asiento con la mirada clavada en el columpio de Jeannie Mai.

—Puedes quedarte.

—Gracias. —Suspiró, aliviada—. Lo has arreglado.

Se refería al columpio y Noah la entendió a la perfección. Todavía tenían la misma conexión que de niños.

—Lo hice después de que te fueras, pero nadie lo ha usado todavía.

—Si me quedara un rato aquí, creo que podría escucharla reír de nuevo.

—Y yo.

—Se echan de menos sus risas, ¿verdad?

Noah se volvió hacia ella muy serio.

—No solo las tuyas, Kim, no solo las tuyas.

Capítulo 8

Cuatro meses. Cuatro jodidos meses sin saber nada de ella. Kim se había largado a los pocos días de su último encuentro y parecía como si se la hubiera tragado la tierra. A ella y a su hija. ¡Su hija! Porque ya habría dado a luz.

«¿Dónde, Kim? ¿Cuándo? ¿Quién estuvo contigo? ¿Mi hija está bien?».

Si sus cálculos no fallaban, su pequeña tendría casi tres meses. Tarde o temprano la encontraría y cuando eso ocurriera...

«Prepárate, Kim. Te voy a demandar por secuestro y después pediré la custodia completa. Te voy a destrozar».

¿Cómo podía alguien esfumarse así, sin dejar rastro? En la revista con la que colaboraba no tenían constancia de que ya no residiera en Nueva York. Ella seguía enviando sus artículos mensuales de manera puntual. Por otra parte, Fred había comprobado que no publicaba nada en sus redes sociales desde la huida. Y lo más increíble de todo era que ni sus propias amigas sabían dónde estaba. Desconocían los detalles de su vida previa a los años en la universidad. Ni dónde había nacido ni si tenía familia. Nada. O eso decían. De Stella podía creérselo; sería incapaz de ocultarle algo así. De Hannah... albergaba muchas dudas. Sobre todo después de saber que tenía el récord en tiempo de *hackeo* de la red del sistema de escuelas públicas americanas. Si era capaz de eso, ¿cómo no iba a poder localizar a su mejor amiga? Claro que podía, pero no quería. En cierto modo, era comprensible: no tenía ninguna razón para ayudarlo a él y traicionar a Kim.

«¿Kimberley Donson, dónde demonios te has metido?», murmuró para sí con la vista perdida en el cielo violáceo del atardecer en Manhattan.

Quizá esa loca se había unido a alguna secta religiosa o estaba escondida en una de esas comunas de chiflados en medio de ninguna parte, o tal vez había cruzado la frontera de México o de Canadá y entonces sería como buscar una aguja en un pajar.

O peor aún, podía estar muerta.

En su afilada mente de abogado cabían todas las posibilidades. Todas.

El pitido del interfono sonó sobre su mesa.

—Señor Patterson, tiene una visita. El señor Conrad Smiths.

—Gracias, Eve. Hágalo pasar, por favor.

Por eso había buscado a uno de los mejores detectives que conocía. Lo contrató poco después de que Kim desapareciera, cuando supo que ella jamás volvería por su propia voluntad. Confió en que un tipo como Smiths encontraría a una chica como Kim en cuestión de días, un par de semanas como máximo. Se equivocaba. Llevaba casi tres meses investigando y seguía sin dar con ella.

«La subestimaste, chico listo».

Ahora ya estaba claro quién era la más lista de los dos.

—La tenemos, señor Patterson —dijo Smiths nada más entrar al despacho. Alzó la mano con una carpeta de cartón azul que exhibió como un trofeo.

—¿Qué pista tiene esta vez?

—No es una pista. La tengo a ella: Kimberley Sue Hoffman. —Eso bastó para despertar el interés de Fred.

—¿Hoffman?

El detective se lo tomó con calma: se quitó la americana de buen tejido inglés y la depositó con cuidado en el sillón contiguo. Conrad Smiths era un detective atípico: de edad indefinida —Fred calculaba que podría estar entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco—, hablar engolado y elegante, tenía gustos caros y exquisitos. Mucho tacto y buenas maneras. Al menos, en apariencia. Desconocía sus métodos en la sombra.

—Nuestra querida señorita Donson eliminó el apellido paterno cuando salió de su pueblo con diecisiete añitos y se puso el de su madre, Margaret Donson. Creó una nueva identidad desde cero, como si hubiera querido dejar atrás cualquier rastro del pasado. Y lo hizo a conciencia, si no fuera porque se dejó un «insignificante» cabo suelto: el primer pago de su residencia universitaria lo abonó una tal Ellen Hoffman, su tía. Por desgracia, Ellen Hoffman está muerta.

—Al grano, Smiths. ¿Sabe dónde está?

—¡Por supuesto! —exclamó el detective casi ofendido—. Vive con su bebé y su «querido hermano» Noah, un tipo grande como un oso, en el rincón más profundo de nuestra salvaje tierra americana: una granja perdida y endeudada a unos kilómetros de un pueblo llamado Hope, en Indiana.

—¿La niña está bien? ¿La ha podido ver? ¿Cómo es? ¿Sabe su nombre?

El detective sopesó su respuesta.

—Jenny, Jenny Donson. No entiendo mucho de niños, pero diría que es una bebé

muy guapa. No se parece a usted, si es eso lo que me está preguntando. Salvo, quizá, por los ojos. Los tiene verdes, como los suyos. Pero ya sabe lo que dicen: el color de los ojos de un bebé no es definitivo hasta que no cumplen un año.

—¿Y dice que el pueblo se llama Hope? —Fred apretó el botón del interfono—. Eve, sácame un billete de avión a Indianápolis para mañana jueves a primera hora de la tarde. También quiero un coche de alquiler amplio, tipo familiar y...¿qué talla tendrá una niña de tres meses? ¿Super-mini-xxs?

Oyó la risa de su secretaria al otro lado del aparato.

—La ropa de bebé sigue un tallaje por meses, señor Patterson —dijo la mujer—. Pídale ropa de tres meses a la dependienta y no tendrá problemas, aunque dependerá de cómo esté de crecida la niña.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Eve. Me cojo el resto de la semana de vacaciones.

Fred cogió la carpeta azul y la abrió como si fuera un tesoro.

—Ahí lo tiene todo: hacen una vida sencilla —le indicó Smiths—. Apenas se mueven de la granja; los viernes van al pueblo a comprar provisiones. No hay más que un supermercado, no tiene pérdida. Le gusta pasar algunas tardes en una poza de un río cercano a su propiedad... y poco más. —El detective se puso en pie con lentitud. Agarró la chaqueta y añadió—: Le haré llegar la minuta a su secretaria, señor Patterson. —Se dirigía a la puerta cuando recordó algo—: ¡Ah! Y si por casualidad consigue que la chica vuelva a Nueva York, no deje de llamarme. Realmente me gustaría conocerla. Conozco a poca gente capaz de «borrarse del mapa» tan hábilmente como lo ha hecho ella.



Por no haber, en Hope no había siquiera un triste hostel donde alojarse, así que se instaló en el hotel de una localidad cercana. Esa tarde deambuló por la zona y aprovechó para recorrer el pueblo donde se ocultaba Kim con su hija. Había sido rápido: una calle principal con algunos negocios como el supermercado, un destartalado almacén en el que parecían vender de casi todo, la funeraria, una cafetería desangelada y varias calles con agradables casas de clase media, de esas en las que todos parecían vigilarse a través de los visillos. Cenó en el único restaurante que había, un mexicano con una barra hecha a base de calaveras y cuatro mesas. Tomó asiento y pidió un plato de tacos y una cerveza.

Un poco más allá, dos hombres bebían unas cervezas. Hablaban de que ya no había jóvenes que quisieran trabajar el campo, que el pueblo estaba envejeciendo.

—Petersen, el que tenía la granja más allá del río, tuvo un infarto y llamaron a Rob. Por más que lo intentó, no pudo hacer nada por él. —Oyó que decía uno de ellos

—. Para mí que el corazón de una vaca y el de un hombre no se parecen tanto como él piensa. Y conste que no estoy insinuando que no sea el mejor veterinario de la zona.

Fred casi se atragantó con la cerveza al escucharlos.

A la mañana siguiente, aparcó el coche en una de las calles perpendiculares a la principal y se sentó en una mesa de la cafetería, desde donde podía observar de cerca la entrada al supermercado, por si Kim aparecía. No necesitó esperar demasiado: la vio llegar conduciendo una *pick up* oxidada de color azul. Bajó del asiento del conductor y rodeó la delantera del vehículo con paso elástico.

Tuvo que ajustarse bien las gafas para asegurarse de que era ella; estaba muy cambiada, parecía otra. O quizás fuera que, por primera vez desde que la conocía, la veía con el rostro lavado y sin ese aspecto de mujer descarada, frívola e insoportable. Definitivamente, le sentaba mejor el estilo ranchero: una sencilla camisa a cuadros sin mangas y unos shorts vaqueros deshilachados que dejaban a la vista las preciosas piernas tostadas por el sol. Nadie hubiera dicho que había dado a luz apenas tres meses antes.

Kim abrió la puerta del pasajero, desabrochó el cinturón y sacó con cuidado la sillita en la que estaba su hija. La colocó sobre el carro del supermercado y la besó en la frente con mucha ternura. Cuando la vio desaparecer en el interior de la tienda, pagó el café y la siguió adentro.

El supermercado no era muy grande, así que no le fue difícil encontrarla. Estaba en el pasillo de los pañales, concentrada en estudiar el tamaño y el precio de un paquete.

—Hola, Kim.

Lo miró como si acabara de ver a un zombi resucitado. Soltó el paquete que tenía en la mano y se agarró fuerte al carrito donde estaba la niña.

—Aléjate de nosotras, Fred Patterson.

—No he venido en son de guerra, Kim. Solo quiero conocer a mi hija, saber cómo está.

Fred avanzó unos pasos hacia ellas y los ojos se le fueron a la carita de la niña que dormía tan a gusto en el capazo.

—No es tu hija, ya te lo dije. —Ella se plantó delante del carro, impidiéndole el paso.

—Claro que lo es. Y es una niña preciosa. ¿Le das el pecho? ¿Duerme bien? Se la ve muy saludable —dijo con una sonrisa embobada—. Escucha, Kim...

—No, escúchame tú a mí —le cortó con rabia—. Lárgate o avisaré al *sheriff* y le diré que eres un psicópata acosador que me ha seguido hasta aquí desde Nueva York.

Fred soltó una carcajada divertida.

—¿En serio? Creo que has visto demasiadas películas de serie B, cariño —dijo con tono burlón—. Eso te funcionará un par de horas. Luego el *sheriff* comprobará mi identidad en su ordenador y me dejará libre.

—Pues gritaré. Diré que me has atacado y acudirán todos a defenderme. Te echarán a patadas de aquí, chico listo.

Fred frunció el ceño y la observó con atención. No dudaba de que sería capaz de hacerlo. Le brillaban los ojos y sus labios carnosos hacían la forma perfecta de un corazón.

—No tengo ninguna intención de quedarme en este pueblo, Kim —dijo con calma—. Solo quiero ver a la niña, saber que está bien y hablar contigo sobre cómo lo vamos a hacer.

—No tengo nada que hablar contigo, Fred. La niña es solo mía.

Él soltó una carcajada amarga.

—Lo sería si yo renunciara a ella, pero no es el caso. No soy de esos que van dejando hijos por el mundo sin preocuparse jamás de ellos.

Ella lo miró en silencio, como si quisiera meterse dentro de su cabeza.

—Pues tienes mi permiso para hacerlo. Te lo pongo por escrito si es lo que quieres. Ante un juez, un sacerdote o lo que sea. Te juro que no me volverás a ver el pelo, no te reclamaré nada jamás. Ni un dólar. Cero. —Él sonrió. Le empezaba a gustar la mente de esta chica. Pelearía hasta el final por conseguir lo que quería—. Hazlo, Fred. Sin remordimientos. Me ocuparé yo sola de mi hija.

«Ni hablar», se dijo, aunque se guardó de expresarlo en voz alta. Se metió las manos en los bolsillos y la miró a los ojos.

—Estaré en la cafetería de enfrente. Cuando termines tu compra, ven con la niña. Te invito a un café y hablamos. Los *muffins* de canela están deliciosos.

Ocupó de nuevo la pequeña mesa de madera junto a la cristalera de la cafetería y aprovechó para consultar el correo electrónico y leer las noticias. En aquel rincón perdido parecía como si el mundo se hubiera detenido alrededor.

Debía de estar distraído cuando ella salió. Antes de darse cuenta, la vio montarse en la furgoneta dispuesta a largarse con la niña. ¡Esa malnacida pretendía desaparecer de nuevo!

Fred corrió hacia su coche, arrancó y aceleró a fondo para seguir el rastro del vehículo azul. Desde la distancia que los separaba, la vio girar a la derecha en mitad de la carretera. La furgoneta desapareció tras un campo de maíz. Él giró en el mismo sitio y persiguió la polvareda que levantaba el vehículo a su paso. Otro cruce, y giro a la izquierda. El camino de tierra discurría entre interminables campos de trigo y de maíz. Había varias granjas dispersas, todas iguales. No sabía cuál sería la de Kim. Al llegar al tercer cruce, se detuvo. Había perdido el rastro. Introdujo la dirección de la granja de los Hoffman en su GPS y rezó para Kim se dirigiera allí. La ruta la situaba

a dos kilómetros de distancia. Estaba casi seguro de que la encontraría en la granja; no podía huir con un bebé sin más.

Llegó a la valla de madera que delimitaba el perímetro de la casa. Aparcó el coche a un lado y se bajó. Vio la furgoneta azul aparcada frente al granero.

«Te pillé», se dijo.

Abrió el portón y se encaminó hacia la casa. La vio a los pies de la escalera del porche, con la niña apretada contra el pecho.

—¡Kim! ¡Quieras o no quieras, tenemos que hablar! —gritó.

—Vete de aquí, Fred. Estás dentro de una propiedad privada. Ahora sí puedo llamar al *sheriff* y denunciarte. Eres abogado, sabes que llevo razón.

Fred suspiró. Claro que tenía razón, pero no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente.

—Puede que tengas razón, pero ¿de verdad quieres privar a tu hija de un padre? ¿Con qué derecho vas a hacerle eso? ¿Qué le dirás cuando te pregunte? ¿Que la abandoné? ¿Que estoy muerto? —Hizo una breve pausa antes de agregar—: ¿O le dirás la verdad: que la alejaste de mí por *tu* bien, no por el de ella?

Notó que ella dudaba. Había sembrado una enorme y abrumadora «duda razonable» en su interior. La puerta de la casa se abrió de repente y apareció un tipo rubio, gigante y barbudo, con aspecto de oso, que lo apuntó con una escopeta.

—¡Largo de aquí!

Fred alzó las dos manos en señal de paz y retrocedió un paso. Jamás había visto una escopeta de verdad.

—¡Noah, baja esa maldita escopeta! —gritó Kim.

—¿Este es el cabrón del que me hablaste, Kimberley?

El tipo avanzó, escopeta en mano, y bajó dos escalones.

—Sí, pero Noah, por favor...

No terminó la frase. El tercer escalón crujió y cedió bajo el peso de su hermano, cuyo pie se quedó incrustado en la madera podrida. Y entonces sonó un disparo.

Kim gritó, la niña empezó a llorar, el tal Noah lanzó una maldición y él sintió un pinchazo agudo en la pierna que le hizo caer al suelo.

Joder. Cómo dolía. Su pierna estaba borrosa, no conseguía fijar la vista. Las gafas. Se le habían caído también.

—¡¿Pero qué has hecho?! ¿Estás loco? ¡Que es abogado! —Kim se encaró con su hermano hecha una furia.

—¡Joder, vaya susto! La culpa la tiene esta puta escalera podrida. Y quizás tendría que haberle arreglado el gatillo a mi escopeta... —Noah alzó la escopeta y

miró con atención el gatillo—. Se me olvidó que andaba un poco suelto.

—¡Por Dios, Noah! Tranquila, tranquila, mi amor. —Kim acunó a la niña que lloraba, todavía asustada, pero a él nadie le hacía el menor caso.

—Creo que estoy herido —gimió él desde el suelo polvoriento. Notaba una quemazón en algún lugar de la pierna izquierda.

Kim dejó a la niña en la sillita de bebé que había en el porche y se arrodilló al lado de Fred. Acercó la mano a la pierna y palpó el muslo con cuidado.

—Hum. Sí, creo que te ha dado —dijo sin asomo de alarma, levantando la tela agujereada del pantalón vaquero, que estaba rodeada por una buena mancha de sangre. Cuando terminó la inspección, exhaló un gran suspiro y dijo—: Pero que sepas que ha sido en defensa propia. Estabas dentro de nuestra propiedad.

—¡Me importa una mierda si ha sido en defensa propia o ajena! —gritó Fred casi histérico. No se podía creer lo que estaba oyendo. Le habían disparado, Dios santo, y ella estaba tan tranquila—. ¡Necesito un médico! ¡Me voy a desangrar!

Ella se inclinó de nuevo sobre la herida y dijo sin demasiado interés:

—Es posible. Te haré un torniquete, por si las moscas.

Fred la miró con el rostro desencajado, como si acabara de descubrir un oscuro secreto que, de pronto, se le aparecía con una claridad pasmosa.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad? Querías atraerme hasta aquí, avisaste a tu hermano y le dijiste que en cuanto me tuviera a tiro, me disparara para librarte de mí. Me enterraréis detrás del granero y así nadie sabrá nunca la verdad.

Sentía un leve mareo y la herida le abrasaba. Se sentía morir de verdad y pensó que lo último que verían sus ojos sería la sonrisa preciosa de Kim.

—Eh, picapleitos. No te desmayes. —Notó unas palmaditas en la cara—. Tienes unos cuantos perdigones dentro, pero la herida es muy superficial. Te la sacaré yo misma si tuviera un botiquín como Dios manda, pero mi hermano es un desastre y no tiene ni siquiera yodo. —Giró la cabeza hacia atrás y gritó—: ¡Noah! ¡Prepara la furgoneta, nos vamos al centro médico!

Fred alzó la cabeza y la miró fijamente:

—Kim, prométeme que me tratará un licenciado en medicina; quiero un médico de personas, no de animales. Y por Dios, asegúrate de que no se llama Rob.

Ella se lo prometió cuando se recuperó del ataque de risa.

Capítulo 9

—Ha tenido mucha suerte, señor Patterson —dijo el médico mientras se quitaba los guantes de látex. Lo primero en lo que se fijó Fred fue en el nombre que figuraba en su bata: doctor David Monroe, un tipo con cara de buena persona, aunque de eso nunca se podía uno fiar—. Tenía varios perdigones incrustados en el cuádriceps. Los he extraído de forma limpia y he comprobado que no han alcanzado el hueso ni ninguna arteria, que hubiera sido lo más peligroso.

—¿Ves? Te lo dije —le susurró Kim, sentada en la única butaca que había dentro del consultorio.

—¿Cuándo podré caminar?

—Deberá guardar reposo al menos diez días. Es importante que la herida cicatrice bien y no se infecte.

—Pero debo regresar a Nueva York.

El médico negó con la cabeza.

—Tiene prohibido moverse en dos o tres días. A partir de entonces, podrá empezar a levantarse con muletas. No puede apoyar la pierna, así que tiene prohibido conducir, subirse al granero, montar a caballo, bailar y... —El médico se interrumpió—. No me mire así. Nadie le ha dicho que no pueda mantener relaciones sexuales con su mujer.

—¡Eh! ¡Que yo no soy su mujer! —protestó ella.

—Pues lo que sea. Cojan cita con la enfermera para la primera cura dentro de tres días. —El médico abrió la puerta, no sin antes añadir—: Si sigue mis indicaciones, esto se quedará en un pequeño susto que podrá contarle a sus nietos.

Se quedaron los dos a solas en la sala. Él tumbado en la camilla, ella sentada en la butaca. La niña se había quedado con su hermano Noah, lo cual no era muy tranquilizador, pensó Fred.

—¿Podéis acercarme al hotel?

—¿Hotel? ¿Cómo te vas a quedar en un hotel?

—¿Y dónde quieres que me quede si no puedo volver a Nueva York, chica lista?

Ella se irguió como si la hubiera ofendido.

—Te quedarás en casa, con nosotros... siempre que nos prometas que no nos vas a denunciar. Es lo menos que podemos hacer.

Él la miró estupefacto.

—¿Te refieres a que viva con la chiflada que no quiere que reconozca a mi hija y el psicópata de su hermano que casi me mata?

Ella meneó la cabeza de un lado a otro con una sonrisa burlona.

—¿Siempre eres tan mal paciente? Me sorprendes, Patterson. Te creía un tipo duro con nervios de acero.

—Soy un tipo duro con nervios de acero.

—¡Me voy a desangrar! ¡Me voy a morir! —exclamó ella, de pronto, imitando su voz atemorizada cuando se hallaba tendido en el suelo—. ¡Lo tenías todo planeado! ¡Me quieres asesinar!

Está bien, de acuerdo. Se lo tenía merecido. En su descarga, señoras y señores del jurado, podía decir que era la primera vez en la vida que le disparaban a quemarropa. Y no, nunca había sido un buen paciente. Su madre lo atiborraba de vitaminas incluso de adolescente con tal de no aguantarlo enfermo.

—De acuerdo. Yo no os denuncio y vosotros me alojáis hasta que pueda volver a Nueva York. De todas formas, tendremos que pasar por el hotel. Tengo allí todas mis cosas, incluido el ordenador que necesitaré para trabajar. Tenéis wifi ¿verdad?

—Creo que mi hermano no sabe ni qué significa esa palabra. Cuando lo necesito para enviar mis colaboraciones, me paso por la granja de Carol, mi vecina más cercana. —Debió de sentir pena al ver su cara de decepción, porque en seguida añadió—: Claro que siempre podríamos contratar una conexión de wifi temporal si tanto te va la vida en ello.

Él se dejó caer contra la almohada, rendido. Los próximos diez días se le iban a hacer eternos.



El oso Noah se lo colgó a los hombros para transportarlo desde la furgoneta a la habitación que Kim le había preparado. Una habitación sencilla pero limpia, cuya ventana daba al porche delantero. Tenía una cama de matrimonio con una mesita de noche a cada lado y una mecedora antigua a los pies. Noah lo dejó caer sobre la cama

sin ninguna consideración. Él aulló de dolor. Sentía como si alguien estuviera hurgando todavía ahí dentro. Kim llegó en seguida con una bandeja sobre la que reposaba un tazón de caldo y una manzana. No sabía por qué, pero notaba cierto tufillo a las historias de terror de Stephen King que no le gustaba ni un pelo.

—¿Dónde está Jenny? —preguntó él, llamándola por primera vez por su nombre.

Ella tardó unos segundos en responder. Los que se tomó para depositar la bandeja sobre una de las mesillas de noche.

—Está dormida en mi cuarto.

—¿Ni siquiera me vas a dejar verla, Kim? ¿Vas a estar escondiéndola de mi vista los diez días, como en el juego del gato y el ratón?

Kim frunció el ceño y le dio la espalda.

—Está dormida, Fred.

—¿Tienes un interfono por si le pasa algo?

—¡Pues claro que tengo un interfono! —Se giró furiosa. Luego torció la boca en una mueca despectiva—: ¿Qué te has creído?

—Bueno, ya sabes... wifi, interfonos.... —dijo él encogiéndose de hombros—. Esas modernidades desconocidas en Hope, Indiana.

Ella se inclinó sobre la cama y lo señaló con un dedo.

—¡Eh! No te pases de listo, picapleitos. Mi hermano puede hacer lo que quiera en esta casa, pero a mi hija no le falta de nada —le espetó.

Fred no pudo evitar desviar la mirada al canalillo que dejaba al descubierto el escote de su camisa. Tenía pinta de ser un lugar perfecto donde hundir la nariz y perderse. La camisa se movió y descubrió en su pecho izquierdo el corazón tatuado que recordaba haber visto la noche que pasaron juntos.

—Por supuesto —murmuró.

Ella se largó echando humo. La oyó trastear por el comedor, hasta que el chirrido de los goznes de la puerta del porche le indicó que había salido. Miró a través de la ventana y la vio descender los escalones hasta que desapareció de su vista. Debió de quedarse dormido porque le despertó un ruido seco y machacón muy cercano. Se incorporó despacio hasta sentarse en la cama. Arrodillada en mitad de la escalera del porche, Kim golpeaba la madera con un martillo. Entre los labios sujetaba varios clavos que cogía según necesitaba, con expresión decidida y reconcentrada en la tarea, como si no hubiera nada más importante en ese instante. Al terminar, recogió todas las herramientas y desapareció. Volvió unos minutos después, con la niña en brazos. La depositó con mucho cuidado en la sillita y se marchó. Entonces empezó a sonar una suave canción *country* y ella reapareció con una escoba con la que comenzó a barrer el porche, hasta llegar delante de su ventana.

—¿Se puede saber qué miras? —le preguntó sin mirarlo.

—A ti. ¿Es que nunca paras de hacer cosas?

—Aquí siempre hay trabajo por hacer —dijo sin levantar la vista del suelo—. Y mi hermano ya tiene suficiente con el trabajo en el campo.

El bebé comenzó a gimotear. Kim volvió a desaparecer de su vista pero la oyó murmurar con el tono más dulce que jamás le había oído:

«¿Ya tienes hambre otra vez, glotoncita? Espera que me saco tu teta preferida y podrás vaciarla entera tú solita».

Fred echó la cabeza hacia atrás contra el cabecero y respiró profundo.

Los dos días siguientes fueron un suplicio para él. Y vale, lo reconocía: se había encargado de que fueran también un suplicio para ella. ¡Pero es que se aburría! ¡Se desesperaba allí sentado en la cama, sin poder moverse! Estaba harto de los jueguecitos del móvil, y de revisar correos, y de responder a los mensajes de sus amigos sin revelar dónde estaba. Prefería que no lo supieran todavía.

Lo único que podía hacer era observar la actividad incansable de Kim desde primera hora de la mañana, cuando la oía trajinar en la cocina mientras le canturreaba a Jenny. Le traía el desayuno a la cama —algo que hubiera agradecido debidamente si la situación hubiera sido otra— y le aireaba la habitación. Luego Noah desaparecía y ella iba y venía, haciendo todo tipo de tareas: lavar y tender la ropa, cocinar, lijar, sellar y pintar la barandilla del porche, engrasar la bomba del pozo o apilar en una torre la leña cortada por Noah, sin dejar de atender al bebé en ningún momento. Era una Kim totalmente desconocida para él.

Capítulo 10

Puso el motor en marcha y tocó la bocina dos veces. Si no se daba prisa, llegarían tarde a la cita con la enfermera. No entendía cómo podía tardar tanto. Mientras Fred se duchaba, a ella le había dado tiempo a desayunar, a arreglarse y a preparar a la niña. Se volvió hacia atrás: Jenny la miraba con sus preciosos y redondos ojos verdes, de un verde esmeralda como los del capullo de su padre.

Dios, no sabía qué hacer con él. Aunque era un listillo insufrible y un enfermo insoportable, no podía negar que también era un tipo íntegro, educado y simpático cuando se lo proponía. Y tan obstinado como ella misma: Kim era muy consciente de que él no se había dado por vencido en el asunto de la paternidad.

La puerta de la casa se abrió y vio salir a Fred apoyado en su hermano. La camiseta marcaba su constitución atlética y llevaba esos vaqueros desgastados que le sentaban tan bien. Noah lo ayudó a acomodarse en el asiento del pasajero y antes de que pudiera decir nada, él ya se había girado para hacerle carantoñas a Jenny, que gorgojeaba feliz en la sillita.

—Por suerte, ha heredado mi carácter —dijo el muy payaso con una sonrisa satisfecha.

—Que te crees tú eso. Ponte el cinturón y mira al frente. Si llegamos tarde, la enfermera Morgan nos va a echar la bronca.

No contaba con el encanto que era capaz de desplegar Fred para ganarse a la gente.

«Debí haberlo supuesto. Seguro que se le da muy bien engatusar a los miembros de los jurados», pensó mientras esperaba sentada en la butaca del consultorio con la niña sobre el regazo.

La enfermera Morgan levantó el vendaje, le limpió la herida y comprobó que la cicatriz evolucionaba muy bien.

—Está perfecta —dijo con una sonrisa—. Puede empezar a moverse con la ayuda

de unas muletas. Intente no apoyar todavía la pierna, no conviene presionar los puntos.

—Eso haré. ¿Tengo que volver de nuevo? —preguntó Fred ya en la puerta mientras el celador lo esperaba con una silla de ruedas para acompañarlo a la furgoneta.

—No hace falta. Los puntos se absorberán solos. Pero no haga el indio como otros que yo me sé —respondió ella, al tiempo que lanzaba una mirada de reprobación a un hombre entrado en años que esperaba en la sala con el brazo escayolado.



Al traspasar la valla de la granja vieron dos coches aparcados frente a la casa. Uno de ellos era el del *sheriff*. Kim soltó un taco y salió del vehículo corriendo.

—¿Qué pasa aquí? —le preguntó al *sheriff* Logan.

Dos hombres vestidos con trajes baratos y sendos maletines negros, observaban a su hermano mientras este examinaba unos documentos con manos temblorosas.

—Ya sabéis como va esto, Kim —respondió el *sheriff* con cara de circunstancias—. Tenemos que precintar el tractor. El banco lo ha embargado.

—¡No podéis embargarnos el tractor! —protestó ella—. ¡En poco más de tres semanas tenemos que recoger la cosecha!

Fred se había bajado de la furgoneta por su propio pie y seguía atento la conversación, apoyado contra el lateral.

—Se ha cumplido el primer plazo de la deuda que pesa sobre la granja, señora —respondió el más joven de los hombres.

—¡Sois unos picapleitos de mierda, buitres carroñeros! —gritó Noah, alterado.

—¡Calla, Noah! —ordenó su hermana, furiosa—. Señores, en cuanto vendamos la cosecha pagaremos la deuda. ¡Denos cuatro semanas más! Por favor... —suplicó Kim.

El otro hombre se rio.

—Su hermano ha agotado todos los plazos. Ya no hay tiempo. Tampoco está en nuestras manos, nosotros solo representamos los intereses de nuestro cliente, el banco.

—Kim, déjame ver esos documentos —oyó que le decía Fred.

Kim lo miró unos segundos sin entender. Pero fueron solo unos segundos. Se acercó a su hermano, agarró los papeles y se los entregó corriendo a Fred, quien los revisó con atención.

—Lamento decirles, señores —dijo por fin—, que según la ley, tenemos veinticuatro horas para interponer recurso ante el juez. Quizás nos volvamos a ver mañana pero, en este momento, deberán marcharse de aquí.

Kim sonrió triunfante. Noah soltó un grito contenido y le dio un puñetazo al aire. El *sheriff* se miró la punta de los zapatos, disimulando una sonrisa. Los dos hombres miraron a Fred, impassibles.

—Y usted, ¿quién demonios es?

—Fred Patterson, del bufete Davies, Patterson & Co, de Nueva York. Represento a Noah Hoffman.

—¡No me joda! —exclamó el tipo más joven.

El otro cerró su maletín y le hizo un gesto al primero.

—Vámonos, Johnson. Mañana volveremos.

Kim se echó al cuello de Fred con un grito de alegría.

—Hermanita, por fin has traído algo decente a esta familia —dijo Noah mirándolos con aprobación.

Capítulo 11

Fred se quedó tan sorprendido al sentir los brazos de Kim alrededor de su cuello, que estuvo a punto de perder el equilibrio. Y cuando ella lo besó en la mejilla, muy cerca de la boca, notó que se acaloraba.

Kim lo soltó y se alejó un paso.

—Me hace gracia que un picapleitos tan importante como tú se ponga rojo —dijo Kim con una mueca malvada en su deliciosa boca que le dio ganas de besarla o de estrangularla, no sabía muy bien el qué.

—Más te vale no meterte conmigo o te mandaré una minuta que te hará caerte de espaldas.

Ella no parecía muy asustada por la amenaza y, con una carcajada, corrió a sacar a Jenny del cochecito y a cubrir los sonrosados mofletes de la niña con una docena de besos. Fred las contempló embobado, hasta que la voz de Noah lo hizo volver a la realidad.

—Toma, las he encontrado por ahí. Me las consiguió un amigo cuando me rompí el tobillo.

Noah le tendió un par de muletas antediluvianas y cubiertas de polvo. No eran ajustables, pero probó a dar unos pasos y comprobó que servían.

—Gracias.

—Gracias a ti, tío. Si no hubiera sido por tu oportuna intervención, esos bastardos se habrían largado con mi tractor.

Fred se encogió de hombros.

—Imagino que es una forma de agradeceros que os hayáis hecho cargo de mí estos días.

Kim, con la niña en brazos, se volvió hacia él.

—Pues no te relajes que todavía te queda una buena cantidad por pagar. Has sido el peor paciente al que he tenido la mala suerte de atender en mi vida. «Tengo frío, hace calor, quiero ducharme, no me gusta la crema de guisantes, me pica la pierna...» —lo imitó, burlona.

Apoyado en las muletas, Fred caminó con torpeza hacia ella.

—Fuisteis vosotros los que me recibisteis a tiros. Dad gracias de que no haya interpuesto una demanda millonaria.

—Te quejarás. Si no hubiera sido por ese pequeño accidente, no estarías viviendo a cuerpo de rey en una pintoresca granja de la Indiana profunda.

—A ver, define «cuerpo de rey».

—Tendrás cara dura...

Con una sonrisa en los labios, Noah los vio alejarse en dirección a la casa, sin dejar de discutir.



Con los dedos presionando las teclas del portátil con rapidez, Fred redactaba el recurso en la mesa de madera rústica de la cocina. De vez en cuando, levantaba los ojos y seguía con la mirada a Kim, que preparaba la cena sin dejar de tararear las canciones *country* que sonaban en la radio.

El delicioso olor de las patatas asadas con carne y de las mazorcas con mantequilla aromatizaba la anticuada cocina, y Jenny, en su carrito, seguía con sus grandes ojos redondos a su madre, que se acercaba a ella a cada rato dando unos pasos de baile. La escena resultaba de lo más hogareña y a Fred, que siempre había vivido en Manhattan, le sorprendió lo a gusto que se encontraba en aquella granja desvencijada en la que las tablas del suelo crujían a cada paso y donde no se podía dar por hecho que al abrir el grifo de la ducha el agua saliera caliente.

Sin dejar de bailar, Kim se acercó a donde estaba él con una cuchara de madera en la mano.

—Prueba —ordenó, poniéndosela junto a la boca.

Incapaz de apartar los ojos de aquella diosa rubia de shorts vaqueros, camisa de cuadros y botas de media caña, abrió la boca obediente.

—Hum. —Fred levantó el pulgar.

—¿Rico? ¿Crees que necesita más sal?

—Está perfecto.

—Genial. —Kim se alejó de nuevo, sin dejar de mover las caderas.

«Hace calor».

Se desabrochó el segundo botón de la camisa y trató de concentrarse de nuevo en el recurso. Sin embargo, sus ojos enseguida se alejaban de la pantalla y se posaban en Kim, como atraídos por un imán. No parecía la misma mujer que había conocido en Nueva York. En aquella granja, era como si hubiera perdido la capa de barniz cosmopolita y se hubiera transformado en una chica algo salvaje; no quedaba en ella nada de artificio. Ahora, al ver el medio tan hostil donde se había criado entendía por fin ciertos rasgos de su personalidad. Kim era ambiciosa y trabajadora, dura y leal, implacable cuando deseaba algo.

A veces, no podía evitar sentir un incomprensible ramalazo de envidia al ver lo cariñosa que se mostraba con Jenny y con su hermano mientras que a él lo mantenía a distancia. Lo cierto era que estaba más guapa que nunca.

Y llevaba unos días preguntándose qué pasaría si la besara.

«Lo más probable es que acabe con un ojo morado». Con un suspiro, trató de concentrarse una vez más en el recurso.

—Hum. Huele bien.

Fred se volvió sobresaltado y descubrió el rostro alargado y los ojos algo saltones de Dorothy, la novia o lo que fuera de Noah, que lo observaba desde la puerta.

—Hola, Dorothy. Estoy preparando la cena. ¿Quieres quedarte? —la invitó Kim sin demasiado entusiasmo.

—*Okey-dokey*.

Dorothy empleaba aquella expresión para todo y, por la cara que puso Kim, Fred comprendió que a ella también la ponía de los nervios. La recién llegada se acercó al cochecito del bebé y, en cuanto empezó a hacerle cucamonas, la niña se puso a llorar. Kim se apresuró a sacarla del carrito e, ignorando los brazos tendidos de Dorothy, se la entregó a Fred.

—Cuídala mientras termino de preparar la cena.

Muy sorprendido, porque ella evitaba en lo posible que se acercara a Jenny, Fred tomó a la pequeña entre sus brazos con mucho cuidado y la acunó de un modo algo torpe, bajo la atenta mirada de su madre. A la niña pareció gustarle aquel manejo no demasiado experto, porque enseguida se calmó y le lanzó una enorme sonrisa. Fred sintió que se derretía por dentro. Maravillado, contempló a ese pequeño ser que era también parte de él y se juró que no permitiría que nada ni nadie le impidiera ver crecer a su hija.

Unos minutos después, consiguió despegar los ojos de la niña y vio que Dorothy los observaba con una expresión extraña.

—¿Estás bien? —le preguntó, inquieto.

—Claro que estoy bien, yo siempre estoy *okey-dokey* —respondió con una risita aguda y, de nuevo, Fred se preguntó cómo podía aguantarla Noah.

En ese momento entró el hermano de Kim.

—Hola, Dotty —dijo y se acercó al fregadero para lavarse las manos.

Al ver aquel saludo tan poco cariñoso, Fred comprendió que Noah no estaba enamorado de aquella mujer. El trabajo en la granja era duro y no debía de quedarle mucho tiempo libre para acercarse al pueblo y tratar de ligar con alguna chica. Estaba seguro de que había sido Dorothy la que había perseguido a Noah y este, que no tenía nada mejor a mano ni tiempo para buscarlo, había aceptado el ofrecimiento sin darle demasiadas vueltas a la cabeza. Como abogado, estaba acostumbrado a tratar con gente muy variada y no solía errar en sus valoraciones.

La cena no fue nada divertida. Noah estaba cansado y respondía a todo con monosílabos, y Dorothy no hacía más que mirar a Jenny y preocuparse cada vez que la niña se movía o hacía un ruido, por lo que tampoco contribuía demasiado a la conversación.

Por fin terminaron y Kim se ofreció a recoger. Dorothy y Noah aceptaron el ofrecimiento y salieron de la casa. Fred insistió en ayudarla.

—Qué pesada es —comentó Kim al pasarle un plato para que lo secara.

—Sí, no es una persona muy agradable que digamos, pero no creo que tu hermano esté enamorado de ella.

—¿Enamorado? Claro que no —negó, categórica.

Tenía las manos llenas de espuma y trató de apartar con el hombro un mechón dorado que se le había pegado a la mejilla. Al verlo, Fred estiró el brazo y le colocó el pelo con cuidado detrás de la oreja. Durante unos segundos se quedaron mirándose a los ojos, hasta que ella reaccionó y, con las mejillas ligeramente sonrojadas, siguió con lo que estaba contándole:

—Qué te juegas a que están en el granero alborotando la paja. Desde que estoy aquí, no han ido una sola noche al cine o a cenar algo en el restaurante mexicano de Hope. Ni siquiera los he visto dar un paseo juntos. Lo único que hacen es retozar en el pajar. Entiendo que mi hermano necesite desfogarse, pero me da pena la vida que lleva. Todo el día partiéndose la espalda para sacar adelante esta granja, con la amenaza de la ruina sobrevolando siempre por encima de su cabeza.

Fred se subió las gafas con un dedo, dejó el plato seco encima del montón y cogió otro.

—Ya que estoy aquí, además del recurso, me ocuparé de las futuras negociaciones con los bancos.

—¿De verdad harías eso?

Los grandes ojos azules lo miraron llenos de agradecimiento, y él tuvo que hacer un esfuerzo para no agarrarla de las caderas y atraerla hacia sí, hasta que esos labios provocativos quedaran al alcance de su boca.

—Con una condición.

Kim soltó un bufido y volvió a coger el estropajo.

—Ya me parecía a mí. Como decía mi padre: «Nunca te fíes de un picapleitos».

—Muy sabio tu padre.

La vio poner los ojos en blanco.

—¿Qué condición?

—Quiero que, mientras esté aquí, me dejes estar cerca de Jenny y de ti. Quiero ayudarte en tus tareas.

—Te recuerdo —Kim señaló las muletas— que apenas puedes moverte.

—Puedo perfectamente. —Fred arrugó la frente con gesto de obstinación—. También quiero acompañaros a esa poza o laguna o lo que sea en la que desaparecéis por las tardes.

—Noah es un traidor.

—Tu hermano es un tío legal y sabe que no tiene sentido aplazar lo inevitable.

Ahora fue Kim la que frunció el ceño.

—¿A qué te refieres, exactamente, con lo de «inevitable»?

Fred se volvió hacia ella, la sujetó de los hombros y, con los ojos clavados en los suyos, dijo con calma:

—Kim, sabes que no voy a renunciar a mi hija.

—No es tu hi...

Fred le puso un dedo en los labios, obligándola a guardar silencio.

—Tampoco voy a renunciar a ti.

Y entonces, bajó la cabeza y la besó en la boca.

En cuanto sus labios tocaron los de Kim, experimentó una pasión abrasadora y, de repente, las imágenes borrosas del día de la boda de su amigo adquirieron una impresionante definición.

Ahora se acordaba del momento en que Jack y Stella se marcharon al pequeño *cottage* que había junto a la casa principal, en el que pasarían la noche de bodas. Daniel y él se habían quedado bailando. En realidad, era con Kim con la que Daniel no paraba de bailar. Un baile erótico y provocativo que lo estaba poniendo de mal humor. Daniel había bebido demasiado y él también. Había bebido mucho. Pero mucho, mucho y no tenía cabeza para el alcohol. En un momento dado, se vio en mitad de la pista sujetando a Daniel, que había estado a punto de caerse al suelo.

—Ayúdame a llevarlo a su habitación —le había dicho a Kim, que tampoco parecía tener la cabeza muy despejada.

Ella le había hecho una seña a su amiga, para indicarle que se iba, y lo había acompañado. Entre los dos, habían conseguido subirlo por la escalera, meterlo en su

dormitorio y, sin molestarse en llevarlo hasta la cama, lo dejaron roncando en el primer sofá que encontraron. Habían funcionado como un buen equipo, a pesar de que Kim y él no habían dejado de discutir ni un solo segundo durante la ceremonia y la celebración posterior. Había algo en ella que lo sacaba de quicio. Después, los recuerdos flotaban en una especie de nebulosa: su habitación quedaba al lado de la de Daniel y, en cuanto cerró la puerta, se volvió para despedirse. A su manera, claro.

—Gracias por... emborrachar a mi amigo. Si querías tema con él... te ha salido el tiro por el culo, digo por la... por la... por la culata. —Más que hablar, balbuceaba. Estaba claro que había bebido de más.

Al instante, los increíbles ojos azules empezaron a lanzar rayos asesinos.

—Serás... ¿Cómo te...? ¿Quién te crees que...?

—¿Eres... capaz de terminar una frase o vas... vas demasiado borracha?

—Tú... Tú... Tú...

—Anda, guapa, vete a... —Le costaba encontrar las palabras—. A... a dormir la mona de una vez.

—¡Imbécil! —Ese insulto lo pronunció sin ningún problema y, en efecto, debía de ir bastante borracha también, porque se abalanzó sobre él como si quisiera sacarle los ojos con las uñas.

Fred la sujetó muerto de risa mientras ella se debatía entre sus brazos, incapaz de liberarse.

—¿Te rindes? —preguntó burlón.

—¡Nunca, maldito picapleitos! ¡Abusón! ¡Cobarde! ¡Gafotas!

Estaban armando un buen alboroto en mitad del pasillo y a él no se le ocurrió un modo mejor de hacerla callar que besarla en la boca.

Había sido un error, claro. Lo mismo que, seguramente, había sido un error volver a besarla ahora, se dijo sin dejar de apretarla contra su erección mientras la lengua femenina se enredaba en la suya con idéntica pasión. En cuanto sus bocas se juntaban, empezaban a saltar chispas que al instante se convertían en un incendio devastador. Aquella noche, sin saber cómo, habían logrado meterse en su dormitorio, arrancándose la ropa el uno al otro, sin dejar de besarse salvajemente ni un segundo. Y esta noche...

Pero Fred no había contado con que esta vez había un tercero en discordia que se hizo notar en ese mismo momento con un llanto desgarrador.

—¡Jenny! —Kim se apartó de él al instante y se agachó sobre el carrito para cogerla en brazos—. Perdona, cariño, por un segundo me he olvidado de ti.

Fred se colocó bien las gafas con dedos algo temblorosos.

—Vamos, amor, es hora de dormir.

Por unos segundos, pensó que se lo decía a él, pero cuando la vio subir la escalera con Jenny en brazos, se dio cuenta de que no era más que un estúpido iluso.

—Kim... —Su voz ronca sonó como una súplica.

Pero ella siguió subiendo sin volverse a mirarlo.

—Buenas noches —se despidió con voz fría.

—Hasta mañana, ¿me oyes? ¡Hasta mañana! —Fred se pasó la mano por el pelo; aún le costaba controlar la respiración.

Kim se metió en uno de los dormitorios, sin contestar.

—Hasta mañana —repitió Fred en voz baja, antes de desaparecer él también en su habitación.

Capítulo 12

—Te necesitamos en Nueva York, Fred. El caso Hewlett está a punto de fallarse y los de American Software nos han pedido que nos encarguemos de su fusión con AppsTech —oyó que le decía su socio, Mark Mitchell, al teléfono.

Fred dejó de balancearse en la mecedora del porche y estiró el cuello para observar los movimientos de Kim alrededor del cobertizo.

—No estoy en condiciones de regresar, Mark. Apenas puedo moverme —dijo, preguntándose qué demonios pretendía hacer Kim con la manguera—. Además, todavía debo resolver un asunto importante aquí.

—Podría organizarlo todo para traerte de vuelta a Nueva York en mi jet privado.

Fred se fijó en que Kim había dejado la manguera colgada dentro de un gran tonel metálico y se había adentrado en el cobertizo, del que salió al cabo de unos segundos cargada con un envase de diez litros de un líquido espeso que volcó dentro del tonel. ¿Qué estaría haciendo?

—¿Tu jet privado? —dijo distraído—. Te lo agradezco, pero no hará falta. Me he traído el ordenador y me estoy ocupando de los temas más urgentes desde aquí, descuida: el caso Hewlett está controlado. Mandy ha trabajado conmigo mano a mano y está al tanto de todo. Si saliera la vista uno de estos días, ella se encargará. Y respecto a American Software, podemos arrancar con un pequeño equipo de trabajo que comience a recopilar y analizar la documentación de cara a la primera reunión. Te aseguro que estaré de vuelta en no más de una semana, en cuanto esté en condiciones de coger el primer avión de regreso —le aseguró a su socio.

«Y en cuanto convenza a esta mujer obstinada de que no se va a librar del padre de su hija tan fácilmente», pensó sin apartar la vista de esa rubia a quien un holgado peto vaquero con una ajustada camiseta de tirantes debajo le hacía parecer tan sexi como si llevara un elegante vestido negro bien ceñido a sus curvas y unos tacones de Manolo Blahnik.

—Como quieras, Patterson. Si necesitas algo, cuenta conmigo. No conozco Indiana pero me suena a territorio salvaje e inhóspito.

Fred sonrió. Algo de eso había, sí.

—Claro, Mark. Muchas gracias.

Fred colgó el móvil y se apoyó en las muletas para incorporarse. En dos saltos llegó a la barandilla, se apoyó en ella y se dedicó a observar con curiosidad. Por lo que pudo ver, el tonel se había terminado de llenar y Kim pretendía arrastrarlo unos metros más allá. ¿Estaba loca?

—¡Kim! ¿Se puede saber qué haces? —gritó.

Ella se llevó la mano a los ojos a modo de visera y lo miró a contraluz antes de responder:

—¡Tengo que acercar este tonel hasta la boca de riego! Hay que fumigar el huerto si no queremos que entre las hormigas y el pulgón terminen con nuestra cosecha de hortalizas.

Fred avanzó a saltos hasta la escalera, dejó caer las muletas y, después, descendió los escalones con el trasero, hasta llegar a tierra. Una vez abajo, cogió de nuevo las muletas y se aproximó a Kim.

—Tú sola no puedes mover ese tonel. Es demasiado grande y pesado.

—Ah, pero seguro que tú, con tus supermuletas, lo puedes levantar con solo tocarlo —dijo irónica.

Él soltó una gran carcajada.

—En esto, como en la mayoría de los problemas, más vale maña... —dijo dándose dos golpes en la cabeza— que fuerza, *Barbie Superstar*.

—No me digas, chico listo —dijo ella, con expresión entre burlona y fanfarrona.

—¿Quieres apostarte algo?

Ella lo miró con gesto retador.

—No tienes nada que ofrecerme.

—¿Eso crees? —Se quedó pensativo. A Fred se le ocurrían muchas cosas que ella podría ofrecerle a él, empezando por reconocer la paternidad de su hija, pero prefirió no remover las cosas, por el momento—. Digamos que nos apostamos una cena a solas, tú y yo. En Nueva York.

—¿Y quién te dice que voy a regresar a Nueva York?

—Algún día volverás, ¿no?

—De acuerdo. Una cena. Tú y yo, en Nueva York. Cuando sea. Si gano yo, elijo el restaurante.

Fred asintió con una sonrisa disimulada y rodeó el tonel examinándolo. Miró a un

lado y a otro. Necesitaba una arpillera o una tela gruesa o...

—¿Tienes por ahí la funda de un saco vacío? —Ella lo miró con suspicacia. Luego, movió la cabeza dubitativa—. Consíguemelo.

El sol caía con fuerza y el calor apretaba. Fred notó cómo comenzaba a sudar debajo de la camiseta. Kim desapareció dentro del cobertizo y volvió enseguida con un saco blanco de tela plástica.

—¿Te vale este?

Él asintió y se colocó junto al tonel.

—Voy a levantar un poco el tonel por un lado y tú vas a meter la funda por debajo, hasta donde llegues. —Mientras Fred empujaba el tonel para inclinarlo sobre uno de sus lados, Kim se agachó al suelo y colocó la tela debajo, lo mejor que pudo—. Estupendo. Ahora solo tienes que agarrar del extremo de la tela y tirar de ella. El peso del tonel se distribuirá sobre la tela y te costará menos arrastrarlo.

Ella puso los brazos en jarras y lo miró con cierta admiración.

—Creí que eras un chico rico y torpe de ciudad que no había visto un pollo vivo en la vida.

—No he visto un pollo vivo en mi vida, pero fui un alumno aplicado de física en el instituto, aunque no lo creas.

Kim agarró la tela de saco, al tiempo que meneaba la cabeza y murmuraba algo así como: «Hay que joderse con los cerebritos de Harvard».

—Te he oído —dijo él.

—Eso espero.

Kim cerró los ojos, apretó los dientes y tiró. Tenía la cara roja y un reguero de sudor le comenzó a descender por las sienes. Fred hubiera querido lanzar las muletas a la mierda y ocupar su puesto, pero por más que lo deseara, no podía. Apenas conseguía apoyar la pierna sin sentir un pinchazo. El tonel se deslizó con cierta facilidad unos metros, hasta llegar a la toma de riego. Cuando por fin hubo enchufado la tubería a la boquilla del tonel, Kim se volvió hacia él:

—Es posible que intelectualmente hayas ganado la apuesta, pero en lo que se refiere a la fuerza bruta necesaria para llevar a cabo tu plan, has perdido, Fred. La que ha movido el tonel he sido yo.

Fred soltó una gran carcajada. Sin embargo, era cierto. Él solo había ideado cómo mover el tonel con el menor esfuerzo posible.

—Está bien, *Barbie* forzada. Empate técnico: yo he ganado mi cena en Nueva York y tú has ganado la elección del restaurante. ¿Te parece justo?

Se miraron a los ojos en silencio. Por fin ella respondió:

—Me parece justo. Te daría la mano, pero...

En vez de eso, se restregó las manos sudorosas en los pantalones y fue en busca de la manguera del cobertizo. Fred la siguió con los ojos, vio cómo abría el grifo, inclinaba medio cuerpo hacia el suelo y se refrescaba la cabeza con el agua. La piel tostada de sus brazos desnudos y su espalda brillaban humedecidos y, cuando alzó de golpe la cabeza y echó hacia atrás la melena mojada, un latigazo de deseo le recorrió todo el cuerpo. Se notaba la boca seca, se imaginó lamiendo las gotitas de agua que se deslizaban por esa piel tan suave y apetecible. ¡Dios! Quiso desviar la vista de ella, pero entonces se dio cuenta de que Kim tenía un brillo extraño en los ojos y lo miraba con intenciones perversas.

—Creo que tú también has sudado un poquito, Fred Patterson. —Y, sin más, lo enchufó con la manguera y lo regó entero, de la cabeza a los pies.

Él gritó, más por la sorpresa que por la impresión del agua fresca. A fin de cuentas, era justo lo que necesitaba en ese momento: una buena ducha fría. Y ella estaba preciosa apuntándole con esa sonrisa entre perversa y divertida en los labios. Habría querido cogerla entre los brazos y darle su merecido, unos buenos azotes en ese trasero prieto y miles de besos a lo largo de todo su cuerpo, pero se tendría que conformar con mirar sin tocar.

—Da gracias a que soy un lisiado, Kim, que si no... —dijo mientras se quitaba la camiseta, la escurría entre las manos y se secaba el rostro mojado—. Si no, no tendrías escapatoria.

Los ojos de Kim se clavaron en su pecho desnudo y lo recorrieron de arriba abajo. Se aproximó a él con paso cauteloso, posó el dedo índice justo en su esternón y lo deslizó hacia abajo lentamente. Él observó el recorrido de su dedo y notó cómo se le erizaba el vello de los brazos.

—Tal vez el que no tendría escapatoria serías tú, chico listo. Recuerda que estás en mi territorio y, aquí, yo soy la reina del baile —dijo muy despacio, y se detuvo justo en el borde de la cinturilla del vaquero.

Fred dejó caer las muletas al suelo y se humedeció los labios, pero antes de que pudiera tomarla entre sus brazos, ella se dio la vuelta y salió corriendo hacia la casa.

La niña había comenzado a llorar.

Capítulo 13

Fred se despertó de repente y se incorporó en la cama. La niña lloraba. Esperó unos instantes, convencido de que Kim ya la mecía para tranquilizarla. Sin embargo, su hija no parecía calmarse como hacía siempre que su madre le cantaba suavemente, sino todo lo contrario. Jenny gritaba ahora, cada vez con más fuerza.

—¿Qué sucede, Kim? —musitó—. ¿Qué le pasa a la pequeña?

Se levantó de un salto, cogió la muleta y terminó de abrir la puerta entornada con ella. Siempre había dormido con ella cerrada, pero desde que estaba en la granja se había acostumbrado a dejarla de esa manera. Por si acaso.

Llegó a la habitación de Kim todo lo deprisa que la cojera le permitió. Kim no estaba. Había dejado sola a la niña.

—¿Qué demonios? —masculló mientras se dirigía a la cuna de la pequeña. La cogió en brazos—. Ven, cariño. ¿Qué te sucede? ¿Dónde está tu mamá? —preguntó después de darle un beso en la frente.

Sabía la respuesta. Por la escalera subía luz del piso de abajo. Kim debía de haber bajado por alguna razón, aunque no se le ocurría cuál puesto que nunca la dejaba sola ni a sol ni a sombra.

—Venga, preciosa, vamos a buscar a tu mamá.

La niña lo observaba con los ojos muy abiertos. Se había tranquilizado un poco, aunque seguía lloriqueando.

Al llegar a la escalera y mirar hacia abajo, desechó la muleta. Le pareció más seguro tener una mano libre. Bajó con ella en brazos, con dificultad, aguantando el dolor y apoyándose en la pared para asegurarse la estabilidad, pero antes de llegar al piso de abajo, se oyó un estruendo.

Fred corrió como pudo hasta la cocina y vio a Kim sentada a la mesa. En el suelo, junto a la encimera, una alfombra de polvo blanco y una lata volcada. Sollozaba tan amargamente, que no se dio cuenta de que él había entrado. Fred se quedó paralizado.

Se hubiera esperado de ella cualquier cosa menos verla llorar de esa manera. Era una mujer fuerte, decidida, autosuficiente, de las que no se detienen ante ningún obstáculo, bien lo sabía él. Y sin embargo, ahora...

—¿Qué ha sucedido?

Ella pegó un respingo en el asiento. Lo miró con ojos llorosos, y su cara se contrajo de nuevo en una mueca de dolor cuando se fijó en que él llevaba a la niña en brazos. Parecía desolada.

—La oí llorar y me levanté —dijo él a modo de explicación.

A ella se le llenaron de nuevo los ojos de lágrimas.

—No sé qué le pasa —confesó, intentando controlar la voz—. Siempre hace una toma en mitad de la noche y hoy... —Inspiró hondo para controlar las lágrimas—. Hoy no se ha quedado satisfecha y ha seguido llorando. Y entonces he pensado que debía darle un poco de biberón, he bajado corriendo a preparárselo, pero ella no paraba de llorar... y yo la oía desde aquí... y el agua tardaba un montón en calentarse y no conseguía abrir el bote de la leche de lactancia y, de repente..., el agua ha empezado a hervir y el bote se me ha resbalado de las manos y... ¡Mira qué lío! — Señaló el suelo sin dejar de lloriquear, impotente—. Todo se ha caído... y la niña sola... y has tenido que levantarte porque yo no estaba allí. Soy un desastre de madre. ¡Ni siquiera soy capaz de prepararle a mi hija un biberón!

Como si se hubiera enterado de lo que hablaban, la niña soltó un berrido capaz de despertar a las vacas del establo.

Kim tendió los brazos para coger a la niña y Fred se la entregó, pero los brazos de su madre no mitigaron la angustia de la pequeña, que gritó más fuerte aún.

—Ya, ya, ya, pequeñita —oyó Fred que le decía para calmarla un poco.

—¿Tienes más leche en polvo?

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y señaló el suelo.

Fred recogió el bote y comprobó que en el interior todavía quedaba suficiente.

—¿Y el biberón?

—Dentro del microondas.

Fred cogió el biberón con miedo a quemarse.

—Está templado.

—A los bebés no les gustan las cosas muy calientes —le explicó ella.

Fred echó la leche en polvo siguiendo las instrucciones que Kim le daba entre los lloros e hipidos de la niña y lo agitó con fuerza.

—¿Así estará bien? —le preguntó, mostrándoselo.

Ella lo agarró sin esperar un segundo más y se volcó unas gotas en el dorso de la

mano. Debió de parecerle correcto porque se lo ofreció a Jenny y ella lo chupó con ansia.

—Vamos arriba —sugirió Kim—. Así, si se duerme, la meto en la cuna directamente.

A Fred le encantó ver cómo se aferraba a la tetina aquella pequeña glotona, que no dejó de comer durante todo el camino.

Al llegar a la puerta de la habitación que compartían madre e hija se detuvo.

—¿Puedo quedarme hasta que se duerma? —Y antes de que ella pudiera rechazarlo, añadió—: Soy bueno dando conversación, soy capaz de pasar de un tema a otro durante horas y sin esfuerzo.

—De eso estoy completamente segura, picapleitos.

¿Aquello era un sí?

Kim se sentó en el borde de la cama y él a su lado. La niña se durmió poco después; lo malo fue que cuando Kim se movió para posarla en la cuna, se despertó de nuevo con un llanto desgarrador.

—¿Qué le sucede? —se asustó ella.

Fred no sabía nada de niños a excepción de lo que había escuchado a su secretaria cuando hablaba por teléfono.

—Seguro que no es nada. Tengo entendido que pueden ser gases o frío o calor o...

—Ya, ya —se impacientó ella—. ¿Desde cuándo eres experto en bebés?

La Kim de siempre había regresado. Y a Fred no le gustaba en absoluto. Estuvo a punto de decirle que si no hubiera huido de él, seguiría en Nueva York, habría pasado por el servicio de urgencias de algún hospital y habría salido de dudas sobre qué le sucedía a la niña, pero como se había empeñado en esconderse en aquel pueblo perdido, tenía que conformarse con mecer a su hija y morir de angustia. Sin embargo, en lugar de reprocharle nada, hizo algo mucho mejor: trepó hasta la cabecera de la cama y se sentó apoyado en la almohada. Abrió las piernas y palmeó el hueco que quedaba entre ellas.

—Siéntate aquí.

Ella lo miró como si fuera un perverso.

—¿Para qué?

—Si esa brujilla quiere dormir solo en tus brazos, tendrás que ponerte más cómoda o te destrozarás la espalda.

Pareció pensárselo unos instantes; pocos, la verdad.

La ayudó a colocarse en el centro de la cama. Fue un placer, un auténtico placer, sentir las apoyadas en él.

—Gracias —murmuró ella tan bajo que casi ni lo oyó.

Él la instó a que colocara la cabeza en su hombro y la abrazó por detrás.

—¿Mejor? —Su suspiro fue la mejor respuesta—. ¿La tienes bien sujeta? Puedes dormirte si quieres.

—¿De verdad crees que voy a dormirme con un hombre en mi cama? Sería la primera vez —bromeó ella.

Cinco minutos más tarde, Fred tenía no a una sino a dos mujeres dormidas en su regazo y lo sintió como el mayor éxito de su vida. Besó el pelo de Kim sin que ella apenas lo notara. Olía a flores y a leche rancia en vez de a perfume caro. Le encantó.

Se acomodó un poco mejor y se durmió también, feliz.



En un momento indeterminado de la noche algo lo despertó.

—Voy a dejarla en la cuna. Hace rato que no se mueve. Ya está más tranquila —susurró Kim mientras se movía hacia el filo de la cama—. Me duelen los brazos.

Cuando ella regresó, él seguía en el mismo sitio. Esperó a que Kim lo invitara a marcharse de su cuarto. Pero aquella era una noche de sorpresas: Kim le indicó que se echara a un lado y ocupó el sitio libre en la cama. Se arrimó a él buscando el calor de su cuerpo y Fred no perdió la ocasión de estrecharla contra sí. Le dio un beso casto y puro en la forma, pero lleno de lujuria en el fondo.

Pudo oír en su cabeza las palabras que le diría Dan si lo viera: «Eres un blandengue».

—Creo que sabes hacer algo mejor que eso —se quejó Kim.

¿Había oído bien?

—¿Perdón?

—Puede que no recuerde nada de lo que pasó aquella noche entre nosotros, pero me había hecho ilusiones por el modo en que me has besado antes. Eso sí, si este beso que me acabas de dar es una muestra de lo mejor que sabes hacer, ya puedes salir de mi cama ahora mismo.

—¿Eso significa...?

Kim se levantó un poco, justo para mirarlo a los ojos y pedirle: —Un beso en la boca, de los de verdad, eso es lo que quiero de ti ahora.

—Deseo concedido —le prometió antes de atrapar su boca y apretarla contra el colchón.

Kim lo sujetó por el cuello para que no se alejara. Era una mujer exigente, como a

él le gustaban. Fred la besó con el ansia y la furia provocada por todos aquellos meses de búsqueda, y por sus negativas a compartir a la niña de ambos. Ella le respondió de igual modo.

Se besaron como locos, se lamieron, se tocaron, entrecruzaron lenguas y manos, piernas y piel. Fue Kim la primera en romper la barrera de los besos al intentar bajarle el pantalón del pijama.

—¿Estás segura? —le preguntó él mientras la detenía.

—Pues claro que no estoy segura —le contestó apretándole el trasero.

—Esto ya lo hicimos una vez y mira el resultado —insistió él.

—¿Qué pasa? ¿Eres un tío sin condones?

No tuvo más remedio que reírse.

—Contigo no da tiempo ni a sacarlos. Además, este pijama no tiene bolsillos y estoy en cama ajena.

Ella le dio un pequeño mordisco en el labio. Después, le habló al oído.

—Menos mal que soy una mujer precavida y hoy no hay champán que nuble mis sentidos. Noah esconde una caja en el estante superior del armario del baño para cuando aparece Dorothy.

Ella buscó su boca y la saboreó a placer. Fred hizo un último esfuerzo para apelar a la cordura de ambos.

—Después de hoy no podremos hacer como que no ha pasado nada entre nosotros.

—¿Sabes? Eres un aguafiestas. —Se puso seria de repente—. Déjame ser la Kim que tú conociste, aunque sea por última vez.

No tuvo valor para negárselo.

Fred recordaba perfectamente cómo era Kim en la cama: salvaje y desenfrenada. De una cosa estuvo seguro mientras cabalgaban juntos hasta la locura: por muchas mujeres con las que estuviera en el futuro, no se olvidaría de aquella tan fácilmente.

Capítulo 14

Kim cogió la bolsa que colgaba de la puerta y la tiró sobre la cama. Metió dentro una muda de la niña, un par de pañales y sus cosas de aseo. Luego agarró un sonajero de tela con forma de maraca y un elefante de goma, y se inclinó sobre su hija en la cuna.

—¿Cuál prefieres que nos llevemos?

La niña gorgojeó y le sonrió. Movi6 brazos y piernas hacia ella, feliz.

—No, señorita. No nos podemos llevar los dos. Tendrás que decidirte por uno. Esa es la primera lección de la vida: tomar buenas decisiones.

—¿A dónde vais? —oyó que le preguntaba a sus espaldas una voz varonil demasiado familiar.

Se tomó tiempo para responderle. Odiaba que la controlaran y si se pensaba que porque se hubieran acostado, ya tenía derecho a saber qué hacía, qué pensaba o a dónde iba, estaba muy equivocado. Cogió a la niña entre los brazos, se incorporó y se volvió hacia él dispuesta a largarlo con viento fresco. Pero ¡ay!, no contaba con la sonrisa tímida con la que la miraba ni con el esfuerzo que hacía por mantenerse en pie sin las muletas, apoyado contra el marco de la puerta, ni con la cercanía de ese cuerpo proporcionado y fibroso que todavía sentía fuerte bajo las manos.

—Al río —respondió con cautela. Él clavó sus ojos verdes en ella, como si esperara algo más—. Vamos a bañarnos un rato.

—Y... ¿es algo así como un plan de chicas? —preguntó él, señalándolas a las dos con un movimiento gracioso del dedo—. O... ¿admitís compañía masculina?

Kim miró a su hija, que parecía más interesada en golpearla con el puñito en la cara que en responder a su padre.

—¿Qué hacemos, Jenny? —le preguntó—. ¿Admitimos chicos en nuestro plan?

—Chicos, no —corrigió él—. *Un* chico: yo.

—Oh, vaya. Nos ha salido acaparador. —Jenny movió frenética los brazos y soltó otro gorgorito. Kim se rio—: Está bien, cariño: será todo tuyo.

—Puedo repartirme entre las dos, sin problema —replicó él rápidamente—. Soy muy versátil.

—Apuesto que sí, picapleitos —dijo Kim, al tiempo que colocaba a la niña en la sillita de paseo—. Pero no estoy dispuesta a pelearme con mi hija por un hombre.

Él la observó con una sonrisa enigmática mientras terminaba de meter las cosas en la bolsa. Cuando pasó a su lado, estiró la mano y la agarró por el brazo.

—Eh, dime que no te apetece que vaya y me quedo aquí.

Se sintió atravesada por esos ojos verdes e hipnóticos. ¿Por qué siempre conseguía desarmarla de la forma más inesperada posible?

—Me apetece que vengas. Quiero que vengas —le dijo con un suspiro—. Lo pasaremos bien. ¿Tienes bañador?

—No. ¿Es un problema? —preguntó él con gesto inocente.

—Para nada. Yo siempre me baño desnuda —dijo ella, alejándose de él con una sonrisa provocadora. Le encantó ver la expresión lasciva que brilló en sus ojos.



Algunos en el pueblo lo llamaban laguna pero, en realidad, era una gran poza formada en un recodo del cauce del río. Cuando eran pequeños, solían ir a bañarse muchas tardes de verano allí, al igual que el resto de los niños del pueblo. Era uno de los mejores recuerdos que tenía de su niñez, si no el mejor. Todavía le parecía oír las risas y los gritos de las batallas con los flotadores neumáticos, las carreras por llegar a la otra orilla el primero, o los saltos con la cuerda amarrada a la rama del gran roble con la que se columpiaban hasta dejarse caer en agua. Ahora ya apenas quedaban niños en la zona y la poza siempre estaba silenciosa y solitaria. Toda libre para ella y Jenny.

Kim desplegó una manta a un metro de la orilla, junto al roble. Sacó a la niña de la sillita y la posó con cuidado sobre la manta. Confiaba en que se durmiera un ratito, llevaba dos tomas sin descansar. Vio venir a Fred de la furgoneta con la bolsa y la cesta del picnic. Caminaba despacio sin las muletas, pero cada día aguantaba más, y notaba que apoyaba mejor la pierna. No tardaría en regresar a Nueva York y entonces... Sintió un nudo extraño en el estómago. Entonces, ¿qué? Ella seguiría con su vida y él, con la suya. Esto solo era un paréntesis, una especie de «tiempo muerto» en el partido que cada uno estaba jugando.

—¿Qué has traído? Huele tan bien que se me ha despertado el apetito. —Fred dejó la cesta sobre la hierba y se sentó a su lado, sobre la manta.

—Tú siempre tienes hambre. ¿Dónde metes todo lo que comes?

—Aquí... —Se palmeó primero el estómago—. ¡Y aquí!—. Dobló un brazo para sacar músculo.

Ella le dedicó una sonrisa burlona. Era un músculo bien definido y alargado, aunque no tan grande como para poder alardear demasiado.

—Creo que tu mayor músculo no está en el brazo, picapleitos. —Abrió la cesta y sacó un trozo de tarta de manzana, unos emparedados y un bote con frutos secos.

—¿Ah, no? —le sonrió él, inquisitivo.

—Nop. —Meneó la cabeza mientras se comía unas ciruelas pasas como si fueran caramelos.

—Y según tú... ¿dónde está mi mayor músculo?

Ella lo miró provocativa mientras terminaba de masticar.

—No sé para qué quieres que te lo diga si lo sabes perfectamente.

Las comisuras de sus labios se alzaron en una sonrisa dubitativa, preciosa. Kim le arrojó una ciruela a la cara y, de pronto, él se abalanzó sobre ella, derribándola de espaldas sobre la manta. Sus manos se colaron bajo su camiseta y comenzó a hacerle cosquillas por todas partes.

—¡Para! ¡Para! ¡Por favor! —suplicó entre risas, pero él siguió torturándola sin descanso, hasta que por fin gritó—: ¡En tu cabeza! ¡Tu mayor músculo está en tu cabeza!

Él se detuvo, sorprendido, y clavó en ella sus ojos incrédulos.

—¿Cómo que en mi cabeza? ¿Lo dices en serio?

—Pues, ¿qué esperabas que dijera, chico listo? ¿Que eres Hulk? Sinceramente, prefiero a Tony Stark.

—¿Ironman?

—Mmm... no, con el trajecito metálico no me gusta tanto. Prefiero a Stark.

—Como quieras, Pepper Pots. Eso me da derecho a...

Y entonces la besó. Sus labios se abrieron sobre su boca y le dio un beso húmedo, avaricioso, hambriento, que hizo saltar todas las alarmas de su cabeza. El corazón comenzó a bombear como loco, notó cómo la sangre le fluía acelerada y un hormiguelo apremiante se le acumuló más abajo del vientre.

—Aquí no, Fred, está la niña... —gimió ella, desesperada.

Él alzó la cara y miró al lado.

—Dormida como un lirón —dijo antes de hundir la cabeza entre sus pechos y lanzarse a lametones con ellos.

Ella le desabrochó como pudo el botón de los vaqueros y deslizó las manos hacia

su trasero para atraer su miembro firme contra sí. Lo único que quería era frotarse contra él y calmar esa quemazón que amenazaba con volverla loca. Él lo captó en seguida y su boca descendió muy despacio, beso a beso, por la línea de su estómago y más abajo todavía, hasta ese lugar íntimo y abrasador que necesitaba un poco de alivio.

Ese fue el primero. Más tarde, aprovecharon la soledad de la poza para bañarse desnudos en sus aguas y seguir explorándose a conciencia. La había acorralado contra una roca y le había hecho el amor despacio, desesperadamente despacio, hasta que se corrieron juntos, en un orgasmo brutal que la dejó sin fuerzas para sostenerse en el agua. Ah, sí. Fred no solo era un chico muy listo, también era el mejor amante que había tenido en los últimos tiempos: hábil, sensual, divertido, imaginativo... y dulce, muy dulce.

Por primera vez, se dio cuenta de que estaba empezando a enamorarse de Fred y eso la asustó. Salió del agua y se secó a conciencia con la toalla mientras él nadaba un poco.

La sesión doble de sexo les dejó con mucha hambre. Cuando terminaron con los *sandwiches*, Kim echó mano de la empanada que había reservado para más tarde y que Fred devoró entre gemidos de placer.

—¿Todo esto lo has hecho tú?

Alzó el trozo de empanada que sostenía entre los dedos y señaló el plato vacío de los *sandwiches* y la tarta de manzana que todavía les esperaba de postre.

—¿Quién si no? ¿Acaso crees que mi hermano es un gran chef que le oculta al mundo sus grandes dotes culinarias? —le espetó ella, al tiempo que echaba un vistazo a la niña, que comenzó removerse como si fuera a despertar en cualquier momento.

Él se rio.

—Tienes toda la razón —admitió—. Eres como la chistera de un mago, Kim. Nunca sé qué es lo siguiente con lo que me vas a sorprender.

—Lo mismo digo.

Fred se limpió la boca con una servilleta y recogió los recipientes vacíos. Luego se incorporó y se sentó con la espalda contra el tronco del gran roble.

—Llegados a este punto... —Acarició la mejilla regordeta de Jenny, que acababa de abrir los ojos, tan verdes como los suyos, y lo observaba con curiosidad—. ¿Qué te parece si regresáis conmigo a Nueva York? Podríamos empezar poco a poco y, tal vez, podría tener conmigo a Jenny un fin de semana al mes.

¿Regresar? ¿Llevarse a Jenny consigo? ¿De qué hablaba ese capullo? Ella no tenía pensado regresar todavía. Mientras pudiera mantener sus colaboraciones periodísticas como *freelance*, podría aguantar unos meses más allí. Y además, Nueva York no entraba, precisamente, en sus planes. Stella le había dicho que podría ayudarla a encontrar trabajo en Chicago, en una de las revistas de la corporación de

comunicación en la que ella trabajaba como productora y, desde que se lo comentó, ya había investigado qué revistas le interesaban más, cuáles tenían mejores perspectivas y qué podría aportar ella a cada una. De hecho, ya había enviado dos o tres currículum. Y mientras surgía algo, se quedaría en Indiana. Quería disfrutar al máximo del primer año de vida de su hija y no deseaba someterla al ritmo frenético de la ciudad. En cuanto regresara a su vida normal, tendría que meterla en una guardería mientras ella se marchaba a trabajar para poder cubrir los incontables gastos que suponía vivir en una ciudad como Nueva York, por ejemplo. Y lo último que se le pasaba por la cabeza era dejar que Fred se llevara a su hija un fin de semana completo.

—No pienso volver hasta que Jenny tenga, al menos, un año. Sería un castigo para ella vivir allí —dijo, y se guardó muy mucho de mencionar sus planes de Chicago.

—Miles, millones de niños viven en la ciudad —protestó él, repentinamente serio.

—Mi hija es feliz aquí. Las dos lo somos.

—Yo también tengo derecho a estar con ella.

—Cuando vayamos a Nueva York podrás verla.

—¿Dentro de un año? ¡Vamos, Kim! —Arrojó una piedrecita hacia el agua con furia.

—¿No quieres lo mejor para tu hija? —le preguntó ella, sarcástica.

—¡Lo mejor para mi hija es que esté con su padre!

—Lo mejor para ella es que esté conmigo aquí, en un lugar donde crecerá sana y feliz.

—No me hagas esto, Kim. —Fred suavizó el tono, en un intento por convencerla—. No le hagas esto a Jenny. Venid conmigo a Nueva York. Yo me encargaré de vosotras hasta que encuentres un trabajo, buscaremos un piso cerca del mío, me haré cargo de los gastos, te ayudaré con Jenny. Podrás continuar con tu vida donde la dejaste.

¿Continuar con su vida donde la dejó? ¿De qué estaba hablando? ¿Acaso quería que recuperara sus antiguas costumbres y volvieran a su antigua relación distante de enemigos fraternos? Eso le dolió en lo más hondo. ¿Y cómo se retoma una vida donde la dejaste si allí ya no hay nadie que te interese? ¿Cómo se retoma cuando tienes una niña de la que no quieres separarte y un hombre maravilloso del que te has enamorado, pero no te corresponde? Sabía que lo único que le interesaba a Fred era Jenny, y que haría lo necesario por estar cerca de su hija, incluso seducirla si era necesario. Todo ese interés que había mostrado por ella estos últimos días había sido pura fachada.

«Podrás continuar con tu vida», había dicho.

Como si no tuviera ni el más mínimo interés en lo que hiciera o dejara de hacer. Como si Kim Donson fuera para él nada más que la madre de su hija. Se dio cuenta de que llevaba un buen rato mirándolo fijamente en silencio y de que él esperaba con paciencia su respuesta.

«Joder, Kim. Olvídalo. Aléjate de él».

—No volveremos hasta que tenga un año —insistió, terca.

Él suspiró.

—Solicitaré a un juez el reconocimiento oficial de mi paternidad y, a continuación, iré a por la custodia compartida. Y me la darán.

—¡Ningún juez te dará la custodia compartida! —replicó, dolida—. Yo he tenido sola a mi hija, la he criado sola, ¿dónde has estado tú todo este tiempo?

—¡Yo estaba buscándoos! —gritó él—. ¡Hablé con todas tus amigas, tus compañeras de trabajo, tus conocidos! ¡Contraté a un detective, me volví loco buscándote! Pero ¡ah!, perdona... la señorita Kim Donson tenía otros planes: se fugó con mi hija, señorita. Cualquier juez me dará la razón cuando le presente las pruebas y sepa que me negaste la posibilidad de ver crecer a mi hija.

Con los gritos, la niña empezó a lloriquear. Kim la cogió en brazos y la consoló con caricias en la cabeza.

—Ni lo sueñes —le dijo en voz baja—. Me he informado, Fred. En el estado de Indiana, los jueces son bastante conservadores en ese sentido y la custodia se concede a la madre en el noventa y nueve por ciento de los casos. Denúnciame y veremos quién gana.

Fred se puso en pie.

—No me desafíes, Kim. —Su voz era muy calmada y, precisamente por eso, a Kim le sonó como una amenaza en toda regla—. Saldrás perdiendo.

La tarde de baños y risas se había terminado. Entre los dos recogieron las cosas en silencio y, en silencio, recorrieron los tres kilómetros que los separaban de la granja. Una vez allí, Fred se encerró de un portazo en su habitación y Kim decidió esconderse en el cobertizo con Jenny. Necesitaba estar a solas para que ningún hombre pudiera ver sus lágrimas.

Capítulo 15

El sol, que había brillado sin tregua hasta entonces, decidió esconderse el resto de la semana detrás de unas nubes amenazadoras que, de vez en cuando, descargaban un torrente de agua, truenos y relámpagos. Era como si el tiempo hubiera copiado el estado de ánimo tormentoso de Kim.

Dos días después de la discusión que mantuvieron en la poza —en los que apenas lo había visto porque él y Noah habían estado muy ocupados con las negociaciones del banco—, Fred anunció que no le quedaba más remedio que regresar a Nueva York. Según él, el caso que llevaba en ese momento se había complicado y el cliente había reclamado su presencia de inmediato. Sin embargo, Kim dudaba de que ese fuera el verdadero motivo. Estaba segura de que el verdadero plan era conseguir la custodia de Jenny cuanto antes y para eso necesitaba poner distancia de por medio.

—En fin, creo que no me dejó nada.

Fred cerró con firmeza el maletero del taxi que había pedido para que le llevara al aeropuerto de Indianápolis y se volvió hacia Kim quien, con Jenny en brazos, lo observaba desde lo alto del porche. Cojeando, subió dos de los escalones de madera, de modo que los ojos de ambos quedaron a la misma altura.

Desde luego, no se le veía muy afectado por su partida, se dijo Kim con rencor. Llevaba unos pantalones de color tostado, una camisa blanca con los puños remangados y unos zapatos muy elegantes. La verdad era que estaba guapísimo. Nadie lo confundiría jamás con un habitante de Hope, granjeros en su mayoría, que no se quitaban de encima los vaqueros, las camisas de cuadros y las botas de faena.

—Adiós, que tengas buen viaje —dijo con frialdad.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

A Kim le pareció detectar un asomo de súplica en los bonitos ojos verdes.

«Tonterías. En el fondo, ni Jenny ni yo le importamos lo más mínimo».

—¿Qué quieres que te diga? No hay nada más. —Levantó el mentón desafiante.

Fred la sujetó de los brazos.

—Kim, por última vez, vuelve conmigo a Nueva York. Démonos una oportunidad.

—No insistas. —Trató de librarse de sus manos, pero él no la dejó escapar—. En estos momentos, nuestro sitio está aquí, en esta granja, al lado de mi hermano. No sé si te has dado cuenta, pero me necesita.

—¡Yo también os necesito! ¡Quiero estar con vosotras!

—Tú solo piensas en ti mismo, en lo que tú quieres. Solo te preocupas por ti.

—Sabes que eso no es verdad, Kim.

—¿Me vas a decir que no vas a solicitar la prueba de paternidad ni la custodia de Jenny nada más llegar a Nueva York?

—No lo haré si tú me prometes que vendrás a Nueva York antes de un mes y que entonces podré reconocer a Jenny. Es lo único que te pido. Solo así me iré tranquilo.

—No digas tonterías —replicó con un sarcasmo que estaba teñido de amargura—. En cuanto llegues a Nueva York te sumergirás de nuevo en tu mundo de despachos lujosos, casos importantes y clientes millonarios, y te olvidarás de esta granja cochambrosa y de sus habitantes.

Los dedos masculinos se cerraron en torno a su carne con más fuerza y detectó un brillo de furia en los ojos verdes.

—Eso es mentira. A pesar de lo de mi pierna, estos días que he pasado a vuestro lado han sido unos de los mejores de mi vida.

Al oír aquello, Kim sintió que se derretía. Le hubiera gustado aferrarse a su cuello y suplicarle que no se fuera, que se quedara con ellas un poco más, pero resistió la tentación con todas sus fuerzas. No era el momento de mostrarse débil.

—¿Y así nos lo agradeces? —replicó, sarcástica—. Recoges tus cosas de un día para otro y te largas, amenazándome con quitarme a mi hija.

—¿Y qué quieres que haga, Kim? ¡Dime! ¿Qué quieres que haga? ¡No me dejas ninguna opción, ni una mínima esperanza a la que aferrarme! —exclamó él desesperado—. Durante estos días no solo he conocido a mi hija, también he conocido a la Kim auténtica, a la que se esconde debajo de esa chica ambiciosa y frívola que conocí en Nueva York, y me he imaginado cómo podría ser nuestra vida juntos. No puedes hacerte una idea de lo que he disfrutado al verte darle de comer a Jenny, bañarla en esa tina de hierro que parece sacada de una película del oeste, de verla sonreír y alzar los brazos en cuanto me acerco. He disfrutado de trabajar a tu lado, he disfrutado viéndote bailar en la cocina mientras preparas la comida con esos shorts tan sexis. Pero, sobre todo, he disfrutado haciendo el amor contigo, recorriendo tu cuerpo con mis manos, besando hasta el último recoveco...

—¡No sigas!

A Kim le hubiera gustado taparse las orejas con las manos para no oírlo, pero aún sostenía a Jenny entre los brazos. Una Jenny que hacía gorgoritos, muy divertida, ajena por completo a las turbulentas emociones que tenían lugar a su alrededor.

—No quieres oírlo, ¿verdad? —dijo rabioso—. Porque no quieres que tenga un papel en tu vida. Porque eres egoísta y quieres a Jenny para ti sola, porque...

—¡Basta! ¡Basta!

Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas y, rabiosa, se las secó con la mano. Hasta Jenny dejó de parlotear y empezó a hacer pucheros.

Fred se detuvo en el acto al verla llorar, estaba pálido y parecía como si le hubieran golpeado.

—Lo siento, perdóname.

Ella negó con la cabeza, incapaz de hablar. Sin embargo, no luchó cuando Fred la atrajo contra su pecho con cuidado de no hacerle daño a su hija.

—Escúchame. —Kim obedeció, a pesar de que las manos de Fred, que no dejaban de acariciarle la espalda, le hacían difícil concentrarse en sus palabras. Por lo visto, le daba igual que el taxista pudiera verlos y que el contador siguiera corriendo—. Ahora los dos estamos demasiado alterados para hablar con tranquilidad, pero te juro que, en cuanto termine lo que tengo pendiente en Nueva York, volveré y hablaremos con calma del futuro. Prométeme que escucharás lo que tenga que decirte. Prométemelo.

No paró de insistir hasta que Kim dijo que sí. Entonces, la apartó de él y le secó las lágrimas con delicadeza.

Kim se dejó hacer, incapaz de resistirse a la ternura de su gesto.

—Ahora me voy. Te llamaré en cuanto aterrice. ¿De acuerdo?

Ella asintió con la cabeza.

Fred bajó la mirada hacia su hija, que había recuperado la alegría y estaba para comérsela con sus redondos ojos verdes fijos en él.

—Hasta pronto, pequeña. —Fred le acarició el moflete sonrosado antes de inclinarse para darle un beso en la diminuta nariz—. Cuida de mamá.

Luego se volvió hacia Kim y repitió:

—Hasta pronto.

Y antes de que le diera tiempo a adivinar sus intenciones, Fred le sujetó el rostro entre las manos y la besó con tanta pasión que, cuando por fin la liberó, Kim se tambaleó con las piernas temblorosas.

Sin decir una palabra, Fred cojeó hasta el taxi, se subió y, poco después, el único rastro que quedó de él en la granja fueron las huellas de los neumáticos en el camino embarrado.

Capítulo 16

—Su café, señor Patterson.

Fred le dio las gracias a su secretaria sin levantar la vista de los documentos que estaba repasando. Desde que había llegado a Nueva York, hacía dos semanas, no había dejado de trabajar de siete de la mañana a once o doce de la noche, sábados y domingos incluidos. Por un lado, quería resolver los asuntos cuanto antes y volver a esa granja destartalada en las cercanías de Hope donde le esperaban un bebé encantador y una rubia cabezota. Por otro, no soportaba llegar a su piso vacío con un envase de comida china en la mano. Echaba tanto de menos la acogedora cocina de la granja, con los olores a comida casera y la cálida presencia de Kim y su hija, que el silencio y la soledad de su apartamento le daban ganas de gritar.

Como le prometió, había llamado a Kim nada más llegar y ella le había respondido con educada frialdad. Sin embargo, no se había dado por vencido y había continuado telefoneándola todas las noches. Kim no se había mostrado mucho más expresiva que el primer día, pero, al menos, escuchar su voz y saber que estaban bien era un alivio.

Por eso, cuando sonó su móvil y vio quién lo llamaba, se sorprendió tanto que tardó unos segundos de más en descolgar.

—¡Kim! ¡Menuda sorpresa!

Sin embargo, las palabras de Kim lo dejaron petrificado.

—¡Devuélvemela! ¡Por favor, devuélvemela! —Lloraba tanto que resultaba difícil entenderla.

—¿Qué ocurre? ¿De qué hablas?

—¡Devuélvemela! ¡Te daré lo que quieras, pero la necesito conmigo! —gritó sin dejar de sollozar.

—¡No sé de qué demonios estás hablando!

—¡Devuélvemela, por favor!

Su voz había alcanzado un matiz de histeria que lo preocupó aún más. Kim Donson no era una mujer que se pusiera histérica. De hecho, una de las cosas que más admiraba de ella era el modo que tenía de mantener la cabeza fría en casi cualquier circunstancia.

—Kim...

Pero ella no lo dejó seguir.

—¡Cerdo! ¡Quiero que me la devuelvas!

—¡¿Qué demonios quieres que te devuelva?! —preguntó a gritos también.

—¡Devuélveme a mi hija, maldito bastardo!

Al oír aquello, la furia lo abandonó de golpe.

—¿Qué quieres decir? —De pronto, notaba un terrible dolor en el pecho, como si alguien le hubiera cogido el corazón con las dos manos y se lo hubiera retorcido—. ¿Es Jenny? ¿Ha desaparecido?

—¡No te hagas el inocente! —chilló Kim, completamente fuera de sí.

Fred contó hasta diez. Era consciente de que todos esos gritos no los llevaban a ninguna parte.

—¡Tranquila! ¡Cálmate! —ordenó con tanta firmeza que, al menos, consiguió que dejara de gritar cosas sin sentido, antes de afirmar en tono sereno—: Kim, yo no me he llevado a Jenny. Jamás te haría algo semejante y lo sabes.

Al otro lado del teléfono se hizo el silencio y Fred aprovechó para añadir:

—Vamos, respira hondo y cuéntame qué ha pasado.

Después de un rato, Kim habló un poco más calmada:

—Hoy quería pintar las paredes del granero. La he dejado en su carrito a la sombra, lo suficientemente cerca para poder oírla si se despertaba y...

Al notar que estaba a punto de empezar a llorar otra vez la interrumpió:

—¿Cuánto tiempo has estado pintando?

—No sé, un par... sí, un par de horas creo. Estaba pensando en mis cosas y, de pronto, ya era la hora de comer de Jenny. —Se le quebró la voz—. He bajado de la escalera y, cuando me he acercado al cochecito, estaba... ¡estaba vacío!

Kim estalló en sollozos.

—Tenía que haber bajado antes a ver... a ver si estaba bien, pero... pero estaba distraída y pensé... pensé que estaba dormida y...

—Tranquila —repitió—. ¿Qué hiciste después?

La oyó inspirar profundamente, en un intento desesperado de mantener la calma y

continuó con voz temblorosa:

—Corrí. Corrí al maizal. Pensé que quizá Noah la había cogido un rato. Le encanta jugar con ella, pero me parecía muy extraño que no me hubiera dicho nada. Noah estaba subido al tractor y en el acto comprendí que él no se la había llevado. Regresé corriendo a casa y te he llamado porque... porque...

—Porque has pensado que soy un hijo de perra, capaz de raptar a mi propia hija —concluyó Fred por ella en tono sereno, a pesar del dolor desgarrador que sentía por dentro.

—¡No! Sí... no sé... estoy, ¡no sé qué hacer!

Una vez más, empezó a llorar desesperada y eso le hizo reaccionar. Sus palabras le habían dolido, sí, pero no podía ni imaginar el tormento por el que estaría pasando ella en esos momentos.

—Tranquila —repitió por tercera vez—. Kim, escúchame: lo primero es llamar a la policía. Procura dejar el cochecito donde está, quizá puedan encontrar alguna huella.

Fred echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Voy a coger el primer vuelo que salga para Indianápolis.

—¿Vas a venir? —Si no hubiera sido por las trágicas circunstancias, a Fred le habría alegrado el alivio que detectó en la voz femenina.

—Claro que voy a ir. No pienso dejarte sola en una situación semejante. Te recuerdo que Jenny también es hija mía. —Era evidente que, en esos momentos, Kim no era capaz de pensar con lógica, así que Fred siguió enumerando los pasos a seguir —: En cuanto cuelgues con la policía, llama a tu hermano. Quizá entre los dos podáis descubrir alguna pista. Yo estaré allí lo antes posible.

—Gracias, Fred. No sabes...

Pero él no deseaba escuchar palabras de agradecimiento. Quería estar a su lado y lo más cerca posible de ella y de su hija en esos momentos difíciles.

—Procura mantener la calma, te prometo que todo va a salir bien.

—Y tú... ¿tú cómo puedes saberlo?

A Fred le alegró ver que recuperaba algo de su habitual actitud desafiante y, aunque sabía que no era el momento, no pudo evitar decirle:

—Porque jamás permitiré que le pase nada a mi hija ni a la mujer que amo.

Y sin esperar a que ella se repusiera de la sorpresa, Fred colgó con suavidad.

Luego se metió el móvil en el bolsillo de la chaqueta y cogió su maletín. A toda prisa, se dirigió al despacho de su socio y entró sin llamar.

—Mark, ha surgido un asunto urgente. Tengo que marcharme.

Mark Mitchell, que en ese momento hablaba por teléfono, lo miró con fijeza antes de despedirse y colgar.

—Y ¿qué pasa con el caso Hewlett?

—Está prácticamente liquidado. Mandy se encargará de cerrar los últimos flecos. Su socio frunció el ceño al oír aquello.

—Esto no le va a gustar a nuestro cliente; Roi Monarch exigió, expresamente, tu presencia en la firma.

Fred se pasó la mano por el pelo y se dio cuenta de que temblaba un poco.

—Pues tendrás que mandar a otro, porque yo me voy.

La expresión en el rostro de Mark pasó del enfado a la preocupación.

—¿Qué está ocurriendo?

—Lo siento, Mark, no puedo contarte nada. Te prometo que lo haré más adelante, en cuanto lo solucione.

—Hum. —Mark se levantó del sillón giratorio, rodeó la mesa y se apoyó en ella. Luego cruzó los brazos sobre su considerable barriga y clavó los ojos astutos en los suyos—. ¿Es por una mujer?

—Más bien por dos —respondió Fred sin desviar la mirada.

Mark volvió a fruncir las espesas cejas grises. Sabía de sobra que esa mirada feroz tenía un efecto paralizante sobre sus rivales en los juicios.

—¿Te das cuenta de que, aunque seas el socio más joven y brillante del bufete, podría despedirte ahora mismo?

—Soy perfectamente consciente de ello, así que haz lo que tengas que hacer. Y ahora adiós, Mark, tengo prisa.

Y sin más explicaciones, Fred salió del despacho y cerró la puerta con suavidad a su espalda.

—Vaya, vaya —murmuró su socio con una mueca de diversión en los labios—. Al parecer nuestra joven promesa se ha enamorado por fin.

Capítulo 17

Le fue imposible contactar con el *sheriff* de Hope desde el aeropuerto. Las tres primeras veces le contestaron que estaba ocupado y, a partir de la cuarta, ni siquiera le cogieron el teléfono. Tampoco pudo volver a hablar con Kim. El mensaje «ocupado o fuera de cobertura» le taladraba la cabeza cada vez que saltaba.

—Por favor, por favor, Kim, cógelo de una vez. ¿Dónde demonios estás? —gruñó al aparato por novena vez desde que había descendido del avión en el aeropuerto de Indianápolis.

—¿Sí, señor? —se dirigió a él la chica del mostrador de Avis.

—Un coche, necesito alquilar un coche.

—¿Utilitario, SUV o *pick up*? ¿Con o sin chofer? ¿Prestaciones? ¿Asientos de cuero, amplio maletero, ruedas de invierno...?

—¡Me da igual! El primero que tenga. Este mismo —decidió, al tiempo que cogía el manajo de llaves que acababa de entregar el cliente anterior.

—¿El Range Rover? Ese no puede ser. Tenemos que limpiarlo, llenar el depósito de gasolina, comprobar...

Pero Fred no tenía tiempo para idioteces. Puso un billete de cien dólares delante de ella.

—No se moleste. Me lo llevo tal y como está. El contrato, hágalo por una semana. ¿Dónde tengo que firmar?

Para llegar a la granja de los Donson había que pasar por el centro del pueblo. Mientras conducía por delante de la oficina del *sheriff* le pareció ver a Kim a través del cristal de la comisaría. Paró en seco sin pensar en nada más. Sin embargo, Kim no estaba allí y el policía de la puerta no «estaba autorizado para darle información a ningún desconocido». Llamó a la granja de nuevo con el mismo resultado que unas horas antes. El teléfono de Noah tampoco lo cogía nadie.

—¡Mierda!

Estaba a punto de meterse en el coche cuando una mujer salió del almacén de Don a toda prisa. Era la tía de Dorothy. La mujer iba directa hacia él. Fred simuló no haberla visto, no tenía ni tiempo ni ganas de contestar a las preguntas que, sin duda, le formularía. Pero ella fue más rápida que él y sujetó la puerta del coche antes de que pudiera cerrarla.

—¿Se sabe algo de Jenny? Me he enterado por la mujer de uno de los ayudantes del *sheriff*. Ha venido esta mañana a contárnoslo. El pueblo entero está consternado. ¿Ha aparecido? —El comentario que vino después mató la última esperanza que le quedaba—. Dicen que se la ha tenido que llevar alguien.

Las pesadillas que le habían asaltado durante el viaje, y que había mantenido a raya hasta entonces, lo paralizaron por completo.

—Lo siento, yo acabo de llegar, no sé nada. Tengo que llegar a la granja, seguro que están allí —se disculpó Fred ante esa desconocida a la que solo había visto de lejos en un par de ocasiones.

Pero la mujer no atendió a la urgencia que tenía ni a su ansiedad. Tenía su propio desasosiego.

—Dicen que la están buscando por los alrededores. Dotty debe de estar allí también; no ha venido a comer este mediodía ni ha aparecido por casa desde que se fue por la mañana. Estará acompañando a Noah. Si la ves, dile que me llame, que estoy muy preocupada.

¿Preocupada ella, por una joven de veintitantos años? ¿Y se lo decía a él que era el padre del bebé desaparecido? A Fred se le revolvieron las entrañas y pegó un tirón a la puerta, dejando a la mujer desconcertada.

Arrancó, pisó el acelerador hasta el fondo y estuvo a punto de chocar contra un coche de la cadena de televisión local. Fred solo pudo pensar que al primero que nombrara a Jenny en el titular de un noticiero le pondría una demanda que tendría que trabajar el resto de la vida solo para pagarla.

Unos diez minutos después, divisó el maizal y unos cientos de metros más allá, un policía le hizo un gesto para que se detuviera. Fred obedeció en el acto y pisó el freno con brusquedad. Apagó el contacto y salió del vehículo a toda prisa.

—No se puede pasar —le prohibió el agente.

Fred alzó las manos de forma automática para indicarle que llegaba en son de paz.

—¡Soy el padre! ¡Soy el padre de la niña!

—¿Es eso cierto?

Echó la mano al bolsillo de la camisa y sacó la cartera donde guardaba el permiso de conducir.

—Es cierto. Avise a Kimberley Donson. Ella se lo confirmará. Necesito hablar

con ella, necesito hablar con el *sheriff*. Soy abogado. Soy el padre de Jenny.

Todavía tuvo que esperar un poco. Desde el *walkie-talkie* oyó la voz de Kim confirmando su identidad. En cuando el policía alzó la cinta roja y blanca que cerraba el paso a la granja, pasó por debajo de ella y corrió hacia la casa.



Aquello era un puto caos. El vestíbulo estaba lleno de gente que se decían las cosas a gritos. Un hombre enorme le cerró el paso en el porche.

—¡Kim! —gritó por encima de su hombro—. ¡Kim, soy yo! ¡Déjeme pasar! — intentó apartar al gorila que le impedía entrar. Como no lo consiguió gritó de nuevo —: ¡Kim!

Apareció una mujer, baja, delgada y con el pelo muy corto que nada tenía que ver con Kim.

—¿Es usted el padre de la niña?

Fred asintió con la esperanza de haber dado, por fin, con la persona correcta.

—Spencer, déjalo pasar.

—¿Lo arrestamos?

—Por ahora, no. —El gorila se apartó a un gesto de la mujer—. Pase. —Le ofreció la mano—. Susan Keaton, la ayudante del *sheriff*.

—¿Se sabe algo de la niña? No he podido comunicarme con ustedes ni con Kim. Nadie coge el teléfono y...

—Pase. La madre está dentro.

Kim se arrojó en sus brazos en cuanto lo vio entrar en el salón. Sollozaba con un llanto tan amargo que le atravesó el corazón. Solo pudo abrazarla fuerte y acompañarla en el llanto.

—Está bien, te lo aseguro —le prometió entre sollozos—. Lo vamos a coger, sea quien sea lo cogemos. No le va a hacer nada, ya lo verás. La tratará bien y nos la va a entregar. Pagaré, pagaré lo que sea, pero nos va a devolver a nuestra nena.

Kim asentía con la cabeza apoyada en su pecho. Cuando se fue calmando, cuando ambos contuvieron la congoja, ella se separó de él y lo miró a los ojos con firmeza.

—Prométeme que no es cosa tuya, que no es una treta de abogado de tres al cuarto para obligarme a cedértela. Repítemelo otra vez, Fred.

Saber que lo seguía considerando culpable le dolió en lo más hondo. Y, sin embargo, mantuvo la serenidad.

—Puedo ser el abogado más cabrón del mundo si de esa manera garantizo ganar

un caso, pero nunca, ¿me oyes?, nunca te haría una cosa así.

Ella lo creyó. Se lo vio en los ojos. Fred la abrazó de nuevo.

—Ejem —los interrumpió la policía—. Será mejor que hablemos de lo sucedido.

Kim y él se sentaron en el destartado sofá. La policía acercó una silla y la colocó frente a ellos.

—¿Qué están haciendo para encontrarla? —preguntó Fred, ansioso.

—Antes otro asunto. Acaba usted de decirle a la madre de la niña que no ha tenido nada que ver con el caso. Supongo que puede confirmar dónde estaba usted entre las diez y media y las doce y media de la mañana de hoy.

—Perfectamente. Estaba en mi despacho del bufete Davies, Patterson & Co. de Nueva York. Mi secretaria, mi socio y los clientes con quienes estuve reunido pueden atestiguarlo. Le daré sus teléfonos para que lo confirmen.

Ella le pasó una libreta que sacó del bolsillo trasero del pantalón.

—Lo haremos, se lo garantizo. Escríbalos aquí y me encargaré de que alguien llame mientras hablamos.

Fred copió a toda prisa el número de Mark y el de Eve, su secretaria, y le tendió el cuaderno. Luego apretó las manos de Kim con las suyas.

—Eve le facilitará los números de mi agenda para que puedan contactar con los clientes. ¿Y ahora, van a contarme de una vez qué saben de mi hija?

—Fundamentalmente, nada.

—¿Pero...?

—La niña ha desaparecido esta mañana. Kimberley estaba sola en la granja con ella. Noah Donson estaba trabajando en el campo. Ninguno vio nada. Hemos preguntado en las granjas cercanas, nadie se cruzó con ningún coche ni se encontró con nadie por los caminos ni, por supuesto, ha oído el llanto de un niño. Nada, no tenemos nada.

—La están buscando por la poza. Se ha organizado una batida. Noah está con ellos —le informó Kim.

—¿Por la poza? ¿Creen que la pueden haber arrojado al agua? —preguntó con voz estrangulada.

—¡No! —exclamó Kim, asustada.

—En este momento estamos evaluando todas las opciones. La niña no se ha ido por su propio pie, eso es seguro.

—¿Y quién se la ha podido llevar, un desequilibrado?

—Es difícil pensar que haya sido alguien del pueblo. La gente de este lugar es muy normal. Vive y deja vivir fundamentalmente. Ha sido siempre así.

Fred obvió las últimas dos frases. En su experiencia como abogado se había encontrado a mucho desequilibrado disfrazado de normalidad. Le podría dar unas cuantas lecciones a esa mujer sobre cómo un perturbado podía superar el test de personalidad y engañar a los psiquiatras limpiamente.

—Un extraño. ¿Han preguntado qué extraños ha habido por aquí en estos últimos tiempos? ¿Algún trabajador del campo temporal?

—Sí, hemos preguntado y solo hemos encontrado uno.

—¿Quién?

—Usted.

—¿Entonces? Soy abogado, conozco a gente... expolicías que ahora se dedican a la seguridad privada —confesó—. Son muy buenos. ¿Puedo llamarlos?

—Nada de civiles. Tienen que esperar y dejar que nosotros hagamos nuestro trabajo. Los teléfonos de la oficina echan humo. Mi jefe conoce a Noah de toda la vida. Son amigos de la escuela. Estamos poniendo toda la carne en el asador y moviendo todos los hilos posibles. No quedará ni un resquicio que no estudiemos ni persona con quien no hablemos. Les aseguro que se está haciendo todo lo posible. Esos hombres de ahí fuera son de la policía científica. Se han desplazado desde la ciudad para ayudarnos a aclarar este caso. Están tomando las huellas de la casa y ahora irán al granero. Lo van a peinar milímetro a milímetro. Quien la raptara, se la llevó en brazos. Eso es un inconveniente porque significa que ha podido pasar desapercibido. No es difícil si llevaba un abrigo o algo así y la ha escondido entre la ropa.

—Pero ¿por qué haría alguien algo así? ¿Para qué?

—No podemos descartar la cuestión económica.

—No tengo dinero —declaró Kim—. La granja está llena de deudas.

La policía miró la camisa azul, diseño de Tom Ford, y los zapatos italianos que vestía Fred.

—¿Y el padre? Abogado de éxito. Cualquiera que le haya visto por aquí, tan elegante, ha podido hacerse una idea aproximada de lo que ingresa al mes.

—Nadie sabe que yo soy el padre de Jenny. Kim no ha querido contarlo. Ni siquiera la novia de Noah lo sabía.

La policía anotó algo en la libreta.

—Descartado el dinero. Han mencionado las deudas. ¿Podría ser un rapto para obligarles a pagar?

—Noah hipotecó la granja para hacer frente a sus gastos y ahora el banco se quedará con todo si no sucede un milagro.

—No hay mafias ni ajustes de cuentas —resumió Fred.

—No, además, no parece un acto ni premeditado ni planificado sino más bien impulsivo.

—¿Quiere decir que alguien vino a la granja por otro motivo y al ver a la niña sola se la llevó?

—Es una posibilidad. Bueno —se levantó—, dejemos que la científica haga su trabajo y, después, estableceremos las hipótesis.

En ese momento se oyeron voces en el vestíbulo y Kim se abalanzó hacia la entrada. Fred la siguió a toda prisa.

Noah estaba en el centro de la estancia, seguido del gorila que le impedía el paso antes y que, al parecer, había dejado su puesto.

—¿La habéis encontrado? —preguntó Kim con voz temblorosa.

Noah se limitó a negar con la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —gimió ella al tiempo que ocultaba el rostro en su pecho y volvía a llorar.

Fred la sostuvo para que no se desplomara al notar que le fallaban las piernas.

Capítulo 18

Los minutos, las horas, se sucedían demasiado despacio. Se hacían eternas e insoportables a la espera de alguna noticia sobre el paradero de Jenny. Acurrucada en el sofá, con la vista fija en el teléfono que reposaba sobre la mesa de centro, Kim notaba que le faltaban las fuerzas, el aire, la vida. ¿Quién podía querer llevarse a un bebé? ¿Por qué? Todo el mundo sabía que no tenían ni un dólar, que la granja estaba endeudada. La única razón que se le ocurría era que alguien la odiara tanto que deseara hacerle daño de la peor forma posible: arrebatándole a su hija. Tenía que haber estado más atenta, tenía que haberla vigilado mejor, tenía que haber puesto el interfono...

«Diosmíodiosmíodiosmío cuídala, haz que vuelva, porfavorporfavorporfavor», se decía en una plegaria muda.

Escuchaba la voz de Fred en la otra habitación. Desde que había llegado, no había dejado de hablar por el teléfono móvil. Le había oído hablar con Stella.

«Ahora no puede ponerse, te llamará ella en cuanto se encuentre con ánimo», oyó que le decía.

Ella se lo agradeció: se sentía incapaz de hablar con nadie, habría roto a llorar en cuanto hubiera escuchado la voz de su amiga. Había llamado varias veces al *sheriff* y también a un tipo llamado Smiths a quien pidió que sacara una relación de acosadores de niños y de pederastas identificados por la policía en el Estado. Incluso le oyó mencionar al FBI.

Le producía cierta tranquilidad saber que Fred se hallaba ahí con ella y que estaba moviendo todos los hilos para dar con su hija. Se arrepentía tanto, tanto, de no haberle dado la oportunidad de reconocer a Jenny y de que Jenny conociera mejor a su padre. ¿Y si ocurría algo? ¿Y si su hija no aparecía nunca más o aparecía...? Ahogó un sollozo que le estranguló la garganta.

«Ni se te ocurra pensarlo, Kimberley Sue Hoffman Donson. Eso no va a pasar, no va a pasar», se dijo a sí misma con rabia.

—Joder, qué oportuna. —Oyó que mascullaba su hermano.

—¿Qué ocurre, Noah? —preguntó Kim.

—Es Dotty. Me ha dejado un mensaje en el móvil diciendo que se ha ido a una entrevista de trabajo a LaFayette. ¡Justo ahora, cuando más falta hace aquí!

—Casi es mejor así, cariño —susurró ella, cansada—. Prefiero no tenerla por aquí, parlotando a mi alrededor. A veces, me pone enferma.

—Lo hace sin querer, Kim. Dotty adora a Jenny.

Ella no quiso responder. Puede que fueran celos, pero le molestaba que Dotty revoloteara constantemente alrededor de Jenny cuando estaba en casa, que asumiera el papel de madre con la niña y le lanzara a ella miradas de reprobación como si no atendiera bien a su hija, como si no lo estuviera haciendo bien. Y lo peor de todo era que tal vez tuviese razón: no la había protegido de la persona que se la había llevado, había sido una descuidada.

«Malamadremalamadremalamadre».

—Kim. —Oyó que Fred la llamaba. Miró a su derecha y lo vio ahí, sentado a su lado. No se había dado cuenta de que había dejado de hablar por teléfono ni de que había entrado en el salón ni de que le había cogido la mano y la tenía entrelazada con la suya—. La encontraremos. Jenny volverá con nosotros.

Kim asintió sin poder aguantar las lágrimas que se deslizaban en silencio por sus mejillas.

—Viene un coche de la policía. Parece el *sheriff* Logan —anunció Noah, asomado a la ventana.

Los tres salieron al porche y descendieron los escalones a la espera de que el *sheriff* detuviera el vehículo y saliera de él, junto con Susan, su ayudante.

—Noah, Kim —saludó, a la vez que se llevaba la mano al sombrero.

—¿Se sabe algo, *sheriff*? ¿Han encontrado a mi hija? —le preguntó Kim, angustiada.

El hombre negó con gesto grave.

—Hemos recorrido todas las granjas de los alrededores y hablado con cada uno de los vecinos. Nos falta por visitar a Carol, que no estaba en casa cuando hemos llegado. Dice su madre que se marchó ayer a Indianápolis a ver a una amiga y volverá hoy. La hemos llamado al móvil, pero no ha respondido.

—¿Sospechan de ella? ¿La han investigado? —preguntó Fred, muy serio.

—Carol tiene antecedentes por consumo de marihuana y pequeños hurtos cuando era una adolescente, es todo cuanto sabemos —dijo el *sheriff*.

—A Carol jamás se le ocurriría llevarse a Jenny, estoy segura —susurró Kim.

—Lo sé, pero no podemos descartar ninguna posible pista, Kim. Tenemos a dos

agentes del FBI metidos en nuestro despacho, analizando toda la información de que disponemos hasta el momento, incluida la del entorno más cercano.

—Vamos, Logan, tú y yo conocemos a Carol —dijo Noah—. Tuvo una juventud tan rebelde como la de cualquiera que hubiese tenido a un padre como Joe, veterano de Vietnam y trastornado, pero es una buena chica. La mejor.

Y Noah la conocía más que bien, pensó Kim; Carol había sido su novia desde el instituto, hasta que ella se cansó de su alergia al compromiso.

La radio del coche patrulla comenzó a emitir sonidos y oyeron un llamamiento que reclamaba la atención de los policías:

«Aquí central llamando al *sheriff* Logan. Hemos recibido aviso de un Chevrolet color café del 92 con exceso de velocidad por la carretera comarcal 446 en dirección al lago Monroe. Mujer blanca, rubia, con bebé en asiento de copiloto. Encaja con la descripción».

—¿Chevrolet del 92 color café? ¿El de Dotty? ¿Qué tiene que ver ella con todo esto? —Noah miró con ojos atónitos al *sheriff*.

—Andando, Susan —fue la única respuesta del agente, que les había dado la espalda y se dirigía al coche.

—¡*Sheriff!* —gritó Kim.

—No estamos seguros de nada. Es solo una intuición, pero hemos sabido que Dotty perdió a su bebé recién nacido hace un año y, desde entonces, no ha estado bien. Esta mañana nos ha llegado el informe médico del hospital donde murió la niña y... es cuanto puedo deciros por el momento.

—¡Eso es imposible! ¡Dotty adora a los niños! ¡Y ella no ha tenido ningún bebé! —gritó Noah visiblemente alterado—. ¡Me lo hubiera dicho! ¡Lo hubiera sabido!

—¡Noah! —Kim lo agarró por ambos brazos y lo miró fijamente a los ojos—. Si hay una mínima probabilidad, por pequeña que sea, de que Dotty se haya llevado a Jenny deben comprobarlo. ¿Lo entiendes?

—Dotty nunca haría algo así, Kim. Tiene verdadera obsesión por proteger a los niños. No soporta verlos llorar.

Fue una especie de revelación, como si se le hubiera caído un velo de los ojos. Por alguna extraña razón, Kim tuvo la certeza de que esa mujer tenía a su hija.

Pero Noah lo negaba con obstinación, como si algo así no entrara dentro de sus esquemas mentales. Kim se volvió a Fred en busca de apoyo, pero no lo encontró. Se había metido dentro de la casa y no tardó en salir al cabo de unos minutos, con la cazadora puesta y unas llaves en la mano.

—¿Qué haces?

—Me voy. No pienso quedarme aquí quieto esperando. Voy a ese lago a buscar a mi hija.

Kim se lo quedó mirando.

—Voy contigo.

—¡No! Tú debes quedarte.

—Ni hablar, Fred. Si tú vas, yo voy. Además, ¿quién te va a guiar hasta el lago Monroe? Yo conozco esa zona, era allí donde se hacían los campamentos de verano del colegio.

—¿Y si alguien llama con otra pista?

—Noah se hará cargo, ¿verdad, Noah? —se dirigió a su hermano, que se había desplomado en un escalón, con la cabeza hundida entre los hombros—. ¡Noah! ¡Ahora no puedes venirte abajo, te necesito!

Su hermano levantó la vista del suelo. Parecía totalmente abatido.

—¿Qué necesitas?

—Tienes que estar pendiente del teléfono y avisarnos si hubiera cualquier llamada importante sobre Jenny. Cualquiera, ¿de acuerdo? —Noah asintió despacio. Kim se volvió a Fred y le ordenó—: Espérame dos minutos, voy a por mi bolso. Si te marchas sin mí, Fred Patterson, te corto los huevos.



Fred conducía demasiado rápido, pensó Kim, pero ¿cómo decirle que redujera la velocidad si la vida de su hija podía estar en peligro? Si ella estuviera al volante, probablemente pisaría a fondo el acelerador de ese todoterreno de gama alta y lo haría volar.

—Continúa hasta el siguiente desvío. Allí tomaremos la carretera 446 que atraviesa el lago por el puente de Knightbridge y nos dirigiremos al área recreativa del parque. Es un buen lugar donde pasar desapercibida con una niña; aquí vienen cientos de familias a pasar el fin de semana en las cabañas a orillas del lago.

Al llegar al parque nacional, vieron pasar dos coches de patrulla a toda velocidad con las sirenas puestas.

—¡Síguelos, Fred! —gritó Kim.

Fred giró a la derecha y siguió a los dos coches, que se adentraron por el camino que llevaba hasta el *camping*. Una vez allí, se encontraron con otros dos coches patrulla aparcados a la entrada de las instalaciones. Los agentes se bajaron y se unieron a otro grupo de policías que escuchaba las indicaciones de su capitán. En cuanto el *sheriff* Logan los vio bajar del coche, se dirigió hacia ellos con cara de pocos amigos.

—¿Qué demonios hacéis aquí?

—Solo queremos saber qué ocurre con Dotty —respondió Fred.

—No podéis estar aquí, meteos en el coche inmediatamente y regresad a la granja —ordenó Logan—. Aquí estorbáis. Dejados hacer nuestro trabajo.

—No vamos a molestar, *sheriff* —dijo Kim—. Si quieres, esperaremos en la caseta de recepción, pero no nos vamos a ir de aquí hasta que no veamos a Dotty y sepamos si tiene a nuestra hija.

El *sheriff* los observó resoplando. Echó una ojeada al grupo de agentes que se preparaban para entrar en el *camping* y, por fin, accedió, no sin antes advertirles de que no se movieran de allí «ni para ir a mear» o los arrestaría a los dos por desobediencia a la autoridad.

—¿Me has entendido bien, Kim Hoffman?

—Por supuesto, señor.

—Eso espero. No sería la primera vez que duermes en el calabozo de mi comisaría, pero esta vez no seré tan amable como la última —dijo antes de darse media vuelta y regresar con el resto de los policías.

Fred clavó en ella sus ojos con expresión inquisitiva. Kim se encogió de hombros y aclaró:

—Una noche no tuve más remedio que ir a comprar whisky para mi padre en su coche. El problema fue que, como no tenía licencia, cuando quise regresar metí la marcha atrás y empotré el coche contra el escaparate de la licorería. Me pillaron con dos botellas de whisky encima a los trece años. El *sheriff* Logan se portó bastante bien conmigo; pudo ser peor.

—Por Dios. Pero ¿qué clase de padre le pide algo así a su hija?

Kim echó a andar hacia la caseta de recepción sin esperarlo.

—El tipo de padre borracho al que sus hijos preferíamos ver ebrio y tirado en el sofá, antes que violento y desquiciado debido al mono de alcohol —respondió sin darle mayor importancia.

Al entrar dentro de la caseta de madera, se encontraron tras el mostrador con un tipo enorme con los brazos tatuados de arriba abajo, que seguía muy atento los movimientos de la policía a través de unas pantallas de televisión.

—Enseguida los atiendo. —Señaló las imágenes que aparecían en las pantallas y añadió, con evidente satisfacción—: Tenemos un circuito interno de vigilancia de última generación, ¿saben? Lo pusimos el verano pasado por precaución y seguridad ante los animales del parque, pero lo que nunca pensamos es que llegaría un día en el que nos permitiría seguir una operación policial casi en directo.

Fred echó un vistazo a las pantallas. Efectivamente, contaba con un equipo de lo más moderno, donde se podía ver todo lo que ocurría en el *camping*.

—¿Qué queréis? En estos momentos el *camping* está cerrado por orden judicial

hasta que termine la operación, pero...

—No venimos a quedarnos. Nuestra hija ha sido secuestrada. Por eso está aquí la policía.

El hombre abrió mucho los ojos y los contempló en silencio, visiblemente consternado.

—¿Es vuestra hija? La policía me ha preguntado por una mujer con una niña pero no sabía... Lo lamento, tíos. ¿Puedo ayudaros en algo? ¿Queréis un refresco, un café?

—¿Tiene un plano del *camping*? ¿Puede mostrarnos dónde estamos y dónde están las cabañas?

El hombre asintió con energía, sacó de debajo del mostrador una hoja a todo color con las coordenadas de las instalaciones y cogió un bolígrafo.

—Estamos aquí, en recepción —puso una cruz en el dibujo de la caseta. Su mano se desplazó a un lado del papel y trazó un círculo alrededor de un área de casitas dispersas— y aquí está la zona de las cabañas.

Kim y Fred examinaron el plano en silencio. Luego, Kim indicó con el índice un recuadro apartado del resto, en un extremo del lago y preguntó:

—Y esto, ¿qué es?

—Oh, esa es una vieja cabaña abandonada; allí vivía la familia que llevaba antiguamente el *camping*. Solo se puede acceder a ella a través del lago y de un pequeño puente de madera podrido y medio derruido. Os aseguro que allí no hay nadie.

—¿Y este camino que aparece marcado aquí? —Fred señaló una línea blanca muy fina que llegaba hasta el recuadro de la cabaña.

—Lo utilizaban los camiones antaño, pero ya no se usa. En las últimas inundaciones prácticamente desapareció y ya no es transitable.

—¿Tiene alguna cámara en aquella zona?

El tipo se rio.

—No, tío. Aunque esté dentro de la propiedad del *camping*, allí no se acerca nadie. De hecho, hay carteles que impiden el acceso. Ya les he dicho que es peligroso.

Kim y Fred intercambiaron una mirada de entendimiento.

—¿Nos presta el plano?

—Claro, tío; es todo tuyo.

Ambos se montaron en el todoterreno en silencio. Kim extendió el plano sobre las rodillas.

—¿Crees que...?

—No perdemos nada por echar un vistazo, ¿no? —Fred arrancó el motor y apoyó la mano en la palanca de cambios, dispuesto a emprender la marcha—. Aquí no pintamos nada.

Kim posó su mano sobre la de él.

—Muchas gracias, Fred. De verdad. Nunca pensé...

—No tienes que agradecerme nada, Kim —replicó él, con una sonrisa apenada en los labios—. Es mi hija tanto como tuya. Estamos juntos en esto. —Ella le apretó la mano, emocionada. Fred volvió la vista al frente y preguntó—: Dime, ¿hacia dónde tenemos que dirigirnos?

Kim lo guió por la ruta que marcaba el mapa hasta un desvío apenas visible desde la carretera. La única señal de que allí había un camino era un mojón de tres piedras colocadas una sobre otra y un cartel podrido apoyado en él que decía «prohibido el paso». Fred puso la tracción a las cuatro ruedas para superar el montículo que obstaculizaba la entrada al camino y se adentró despacio por él.

—A medio kilómetro deberíamos llegar a un cruce y tomar el desvío de la izquierda.

Efectivamente, había un cruce, aunque no había camino a la izquierda. Si querían continuar por ahí, debían ir campo a través.

—¿Crees que Doty estará ahí? —susurró Kim.

—No lo sé. Pero si no lo comprobamos y Jenny no aparece, nos pesaría el resto de nuestras vidas.

El todoterreno avanzaba lento entre los árboles. En algún momento pensaron que se habían perdido, pero, de pronto, vieron a lo lejos el reflejo del sol sobre el agua y se dirigieron hacia allí. A unos doscientos metros a orillas del lago, había una cabaña de aspecto abandonado. No se apreciaba ningún movimiento alrededor, ninguna voz, nada.

—Dejemos aquí el coche. Es más seguro ir andando, por si acaso —sugirió Fred.

Avanzaron entre la maleza y en paralelo a la orilla hasta casi alcanzar la cabaña. Kim le hizo a Fred un gesto de silencio. Continuaron despacio, sin hacer ruido, y rodearon la casa. Primero escucharon un chapoteo. Luego una conocida nana cantada en voz muy baja, casi susurrada. Se apoyaron en la pared lateral y se asomaron al porche delantero, que daba al lago. Allí estaba Doty, sentada en la orilla con las piernas dentro del agua. Tenía a Jenny sujeta por las manitas y recostada sobre sus piernas mientras la balanceaba arriba y abajo. A Kim se le llenaron los ojos de lágrimas; a duras penas aguantó un gemido de emoción. Fred le tapó la boca con la mano. No debían hacer ningún ruido, no debían asustarla.

Fred sacó el móvil del bolsillo y le escribió un mensaje:

«Debemos esperar a que saque a Jenny del agua. Si nos acercamos ahora, podríamos ponerla en peligro».

Kim asintió a pesar de que el cuerpo le pedía correr hasta su hija, quitársela a esa mujer de las manos y abrazarla para no soltarla nunca más. Se sentaron los dos en el suelo de madera y aguardaron en silencio. Escucharon una canción detrás de otra y luego las palabras de Dotty:

—¿Quién es la niña bonita de mamá? ¿Eres tú, Pam? Sí, tú eres la niña bonita de mamá, su sol, su luna, su cielo, su vida. Tú eres mi vida, Pam. Esta vez te voy a proteger para que nadie pueda hacerte daño. Nunca jamás nos separaremos, te lo prometo. —Kim aguantó como pudo el sollozo que le subió por la garganta y miró a Fred, que le apretó la mano para darle fuerzas—. ¿Tiene hambre ya mi chiquitina? Es la hora de comer ¿verdad?

Kim asomó la cabeza y vio cómo Dotty sacaba a la niña del agua, la cogía en brazos y se levantaba con un impulso. Pensó que se le escurriría entre las manos y cuando vio que se alejaba de la orilla, no pudo aguantar más. Salió de su escondite y corrió hacia ella.

—¡Dotty, devuélveme a mi hija! ¡Es Jenny, es mi hija!

Fred había corrido detrás de ella y ahora lo tenía al lado, susurrándole que mantuviera la calma, que no la provocara.

La mujer se volvió asustada y estrujó a la niña contra el pecho, como si quisiera esconderla de su vista.

—¡No! ¡Es mía, mi Pam!

—Dotty, ¿cuándo nació tu hija? —preguntó Fred.

—¡Esta es mi hija! —La niña comenzó a removerse en sus brazos y lloriquear, como si al escuchar la voz de Kim hubiera reconocido a su madre.

—¿Cuándo, Dotty? —insistió él.

—¡Hace más de un año! —exclamó llorosa Kim—. Pam debería tener ahora un año, Dotty. ¡La niña que tienes en tus brazos es Jenny, mi hija, la sobrina de Noah!

Dotty negó con la cabeza, obcecada, alejándose de ellos sin perderlos de vista.

—No, no. Esta es Pam. Está tan pequeñita porque ha estado muy enferma, casi se muere, ¡pero es mi Pam! —replicó ella con voz temblorosa. Al ver que Fred se aproximaba demasiado, le advirtió—: ¡No te acerques! No te acerques o nos tiramos al lago las dos, la niña y yo.

Lo haría, Kim estaba segura. Haría cualquier cosa antes que perder de nuevo a la que consideraba su hija y si para eso tenían que morir las dos, se tiraría. No tenía ninguna duda.

—¡No! ¡No, por favor! —suplicó, aterrada—. Fred, apártate de ella.

Él se volvió hacia Kim, que le obligó con los ojos a obedecerla, y entonces retrocedió dos pasos

—Mira Dotty, ya está, no pasa nada, ¿ves? —dijo Kim con una sonrisa tensa—

Llévatela si quieres. Nosotros no nos acercaremos más, ¿verdad, Fred?

Con ojos temerosos, Dotty acunó a Jenny que había comenzado a llorar más fuerte. También ella debía de estar asustada; tenía hambre, necesitaba a su madre, pero mientras esa mujer estuviera tan cerca de la orilla, no podían hacer nada. La vieron retroceder tres, cuatro pasos, antes de echar a correr por un sendero que salía del otro lado de la cabaña. Fred y Kim la persiguieron hasta que la vieron detenerse delante de un puente de madera, que parecía en muy mal estado.

—¡No, Dotty! ¡No cruces! ¡Ese puente no aguantará! La madera cederá con tu peso.

Pero ella no les hizo caso. Adelantó un pie con cautela y cuando se disponía a poner el otro, un agente de policía apareció detrás de un árbol y la agarró por el brazo.

—Alto, no se mueva —dijo con voz firme.

Antes de que Dorothy pudiera reaccionar, Susan Keaton apareció por el lado contrario y le arrebató a la niña de los brazos.

Kim se abalanzó hacia la agente y estrechó con fuerza a su hija contra su pecho.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Mi niña, mi niña!

Fred se unió a las dos en un gran abrazo, emocionado. Mientras tanto, la policía había esposado a Dotty y esperaban a que apareciera el capitán y el *sheriff*, que no debían de andar muy lejos.

Lo primero que hizo el *sheriff* cuando los vio fue acercarse a comprobar si estaban todos bien. Después, los abroncó con furia inusitada.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? ¿Estáis locos? ¡Habéis puesto en peligro toda la operación, por no mencionar también la vida de la niña y la vuestra propia!

Ambos aceptaron la reprimenda en silencio, sin atreverse a rechistar. El *sheriff* tenía razón, habían sido unos inconscientes. Si algo hubiera salido mal, pensó Kim, no se lo hubiera perdonado en la vida.

—Id al coche patrulla, un agente os llevará a casa. Necesitáis descansar.

—Tenemos el coche no muy lejos.

—Lo hemos visto, sí. No os preocupéis por el vehículo, nos encargaremos de él. Ahora marchaos con Susan. —Fred y Kim se miraron dubitativos—. ¡Hacedme caso, por una vez, leche, u os detengo a vosotros también!

Acomodados en el asiento trasero del coche patrulla, Fred pasó el brazo sobre los hombros de Kim y acarició con la mano la mejilla sonrosadita de su hija que se había enganchado, ansiosa, al pezón de su madre y la miraba con los ojos muy abiertos.

—Mira, Jenny, este es tu papá. Se llama Fred y ya te adelanto que es un hombre muy obstinado.



Esa hora del anochecer era su preferida. El cielo tenía un color rosáceo que viraba por segundos hacia tonalidades lilas y moradas hasta teñirse de un azul nocturno, plagado de estrellas como jamás había visto en Nueva York. La temperatura era templada, las ranas no dejaban de croar, como si mantuvieran una discusión entre ellas, y en el ambiente se respiraba una quietud plácida que invitaba a reflexionar sobre lo ocurrido a lo largo de la jornada.

Kim se meció lentamente en el sofá balancín del porche mientras su hija terminaba de mamar casi dormida. Adentro se oían los ruidos que hacían Fred y Noah al recoger la cocina tras la cena. No podía dejar de pensar que él regresaría pronto a Nueva York y ella se quedaría allí sola si no tomaba una decisión. El secuestro de Jenny lo había cambiado todo, también para ella. No podía imaginarse la vida lejos de ese hombre que había demostrado tanto amor por ella y por su hija.

La puerta del porche chirrió al abrirse y apareció Fred con dos vasos de limonada.

—Se ha dormido —dijo él en voz baja con una sonrisa de complicidad. Dejó uno de los vasos en la barandilla y se sentó a su lado con cuidado.

—Se ha tomado hasta la última gota. Si la dejara, sería capaz de chuparme la sangre.

Él agarró el pie desnudo de la niña y acarició los deditos diminutos. La niña esbozó una sonrisa entre sueños.

—Deberías acostarla en la cuna.

—Prefiero tenerla aquí. No quiero separarme de ella.

—Nadie nos la va a volver a quitar, Kim.

La niña se removió inquieta y Kim se la echó sobre el hombro justo a tiempo de ayudarla a echar el aire.

—Lo sé —suspiró—, pero no lo puedo evitar. Tengo el miedo metido en el cuerpo.

De repente, Fred se levantó y entró en la casa. Al cabo de unos minutos, regresó cargado con la cuna que Kim tenía en la habitación y la dejó al lado del sofá.

—Así ella podrá descansar bien y tú también. Lo necesitas.

Kim lo observó pensativa mientras él tomaba de sus brazos a la niña, le daba un beso en la coronilla y la acostaba con sumo cuidado en la cunita. Era obstinado, tozudo, implacable y, a menudo, se tomaba la vida demasiado en serio, pero también podía ser el picapleitos más tierno y sensible del mundo. ¿Cómo no amarlo, a pesar de todo?

—¿Te he dicho alguna vez que eres un chico muy listo? —dijo después de darle un trago a la limonada.

—Alguna vez, sí. Aunque creo que nunca me ha sonado igual de bien que ahora.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo te suena ahora, chico listo?

—Ven aquí —dijo al tiempo que la agarraba de la muñeca y la atraía a su lado. Ella se rio y se dejó caer sobre su pecho—. Ahora me ha sonado a algo así como «te quiero, Fred Patterson» o, al menos, eso espero porque....

Ella se apartó un poco de él con cara de incredulidad.

—¡Serás presuntuoso!

—Porque yo sí te quiero, Kim Donson —dijo mirándola a los ojos—. Estoy loca y perdidamente enamorado de esta granjera de Hope, Indiana, capaz de sacar adelante una granja entera si se lo propone. ¿Crees que podrías...?

Pero Kim no lo dejó terminar. Le rodeó el cuello con los brazos y sus labios se unieron a los suyos en un beso húmedo y profundo que despertó todos sus sentidos.

—Sí —respondió ella.

—Sí, ¿qué?

—Sí, regresaremos a Nueva York contigo, Fred. Sí, a darnos una oportunidad como pareja. Sí, estoy enamorada de ti y sí, sí, sí, ¡te quiero!

Y, de pronto, todas las ranas comenzaron a croar al unísono, como si hubieran estado escuchándolos y celebraran la declaración con un concierto en su honor.

Epílogo

Kim miró a su alrededor, aturdida. Tenía la sensación de que la suite del Waldorf Astoria estaba llena de gente. Además de la modista, que había ido para ayudarla a vestirse y dar los últimos toques al corpiño de encaje si fuera necesario, estaba la peluquera. Una rubia que no había parado de hablar mientras la maquillaba y la peinaba y que, a ese paso, iba a acabar por ahogarla en una nube de laca. Hannah y Stella, la una en el cuarto de baño y la otra sentada frente al espejo de la cómoda, hablaban también a gritos mientras terminaban de arreglarse.

—Eso no se come, cariño.

Sin hacer caso de las protestas de la modista, Kim se agachó y le quitó a Jenny una flor que había arrancado de su ramo de novia, olvidado encima de la cama. Su hija hizo un puchero muy enfadada. Estaba tan adorable con el vestido del mismo tono verde mar que el de las dos damas de honor y la corona de flores blancas colocada sobre los rizos rubios, que si no hubiera sido por el temor a que le diera un síncope a la pesada de la modista, que no paraba de tirarle de aquí y de allá, la hubiera estrujado entre sus brazos con todas sus fuerzas.

—No se mueva, por favor.

Stella debía de haber notado que la pobre mujer estaba a punto de echarse a llorar porque, sin prestar atención a su propio vestido ni a la considerable barriga que había debajo, alzó a la niña en brazos.

Al verlo, Hannah se apresuró a intervenir.

—¡Dame a Jenny ahora mismo! Como te pille Jack levantando peso, nos mata y te mata.

—Si fuera por Jack, me habría metido en una urna de cristal desde que el ginecólogo confirmó la noticia y no me hubiera dejado salir hasta las primeras contracciones.

Sin hacer caso de las protestas de Stella, Hannah le quitó a la niña y la arrojó al aire, ganándose una carcajada de la pequeña y una mirada de odio mortal de la modista, que veía peligrar el trabajo de meses.

—¿Te acuerdas de cómo odiabas a Fred? —dijo Stella sin hacer caso de la cara de la peluquera, a la que acababa de arrebatarse de un tirón el bote de laca con el que estaba a punto de asfixiarlas a todas—. Aún no puedo creer que vayáis a casaros.

Kim movió la cabeza con una sonrisa. En realidad, ella tampoco se lo creía del todo. Como le prometió, había regresado con él a Nueva York, aunque no le hacía mucha gracia dejar a su hermano solo una vez más. Lo bueno era que, por una vez, a Noah le había sonreído la suerte y en verano había recogido una de las mejores cosechas de cereal en años. Con ese dinero y los nuevos acuerdos con el banco, la situación económica era mucho más saneada y ya podía respirar tranquilo.

A los pocos días de llegar a Nueva York, Kim había recibido una llamada de su jefa. Al parecer, la columna semanal que escribía para *Glamorous* tenía mucho tirón en la edición digital, así que, con su tacto habitual, le había insinuado que sería una pena que echara a perder su talento rodeada de cerdos en una granja apestosa, antes de hacerle una oferta difícil de resistir. Por supuesto, la había aceptado en el acto. Lo cierto era que echaba de menos el ritmo vibrante y frenético del día a día en la revista.

Fred se había mostrado encantado y le había ofrecido quedarse a vivir en su dúplex. Pero, aunque Kim estaba loca por él, en el fondo le aterraba la idea de perder su independencia y había insistido en volver al pisito de Queens.

Cuando Stella y ella se fueron, su amiga Hannah —que detestaba los cambios con toda el alma— había llegado a un acuerdo con el baboso de Joey, el casero: ella pagaría la renta del piso completo y, a cambio, él se abstendría de meter a un nuevo inquilino. Así que Kim no tuvo problemas. Era un arreglo ideal, porque Hannah le cobraba una renta mínima y, además, se quedaba con la niña mientras ella iba a la revista por las mañanas.

Fred había insistido en que era absurdo que cada uno viviera en una punta de la ciudad, aunque la realidad era que él pasaba más tiempo en el piso de Queens que en su dúplex de Manhattan. Rara era la noche que no se quedaba a dormir y el día que no lo hacía, Kim apenas podía pegar ojo.

Se había acostumbrado al peso de su brazo en la cintura y al calor del pecho masculino contra la espalda; a consultarle todo lo relacionado con Jenny; a charlar con él de sus respectivos trabajos cuando llegaba; a cenar juntos en la mesa de la cocina. Le encantaba verlo dar de comer a su hija, y el modo en que se remangaba la camisa para bañarla, sin importarle que las gafas se le empañaran por el vapor. Y, sobre todo, se había acostumbrado a su forma de hacer el amor, que siempre la dejaba con ganas de más.

Y entre eso y la labia de picapleitos que gastaba, Fred había terminado por convencerla de que debían casarse, de que ya iba siendo hora de que vivieran los tres juntos y de un millón de cosas más de las que siempre había pensado que nadie sería capaz de convencerla jamás.

Se oyó un repiqueteo en la puerta de la suite y Stella corrió a abrir.

—¡El coche espera abajo! —anunció.

Kim inspiró con fuerza, cada vez más nerviosa. Había llegado el momento.



El hotel estaba muy cerca de 620 Loft&Garden, el lugar que habían elegido para celebrar la boda; una azotea ajardinada en el Rockefeller Center con unas vistas

increíbles sobre la catedral de San Patricio, cuyas elegantes líneas neogóticas contrastaban con el acero y el cristal de los edificios que la rodeaban.

En cuanto llegó, su hermano salió a recibirla y la felicitó por su aspecto. A pesar de llevar el elegante traje de chaqueta y la corbata que Fred le había ayudado a elegir, y de que se había afeitado la barba, Noah —con su rostro curtido y el pelo rubio, largo y decolorado por el sol— seguía conservando un aire salvaje que lo hacía destacar entre el resto de los distinguidos invitados. Kim se agarró de su brazo y caminaron detrás de las damas de honor por la alfombra cubierta de pétalos de rosa, al son de *A thousand years* de Christina Perry.

Kim siempre había pensado que si algún día se casaba, estaría tan histérica que apenas se enteraría de nada de la ceremonia, pero era todo lo contrario. A pesar de que los nervios le estaban revolviendo el estómago, sus sentidos estaban más alerta que nunca, hasta el punto de que casi podía adivinar las emociones de los presentes.

Miró a Hannah, que avanzaba con Jenny en brazos. Estaba preciosa con el vestido color verde mar que dejaba sus hombros al aire; nadie al verla habría adivinado su tristeza. Sin embargo, Kim era consciente de que la noticia de su boda y el consiguiente traslado al dúplex de Fred había sido un duro golpe para ella. Durante el tiempo que habían vivido las tres en el piso, Hannah se había encariñado muchísimo con su hija y Kim sabía que, con ellas en casa de Fred y Stella viviendo en Chicago, se sentía muy sola.

Era una increíble casualidad que dos amigas se hubieran enamorado y casado con dos amigos en poco más de un año y, a ratos, Kim había fantaseado con la idea de que Hannah se enamorase del tercero de los amigos. En teoría, habría sido la solución ideal; sin embargo, lo había descartado casi en el acto. Lo cierto era que Hannah y Dan no tenían nada en común. Divisó a este último en la primera fila de asientos, coqueteando con una de las invitadas y suspiró. Nada de nada.

Sus ojos se desviaron hacia Stella quien, a pesar de su baja estatura y de su avanzado embarazo, caminaba con la gracia de una princesa azteca en dirección al arco adornado con flores donde los esperaban en pie el novio, el padrino y el pastor que iba a casarlos. A Kim no se le escapó el modo en que Jack, tan guapo y elegante como de costumbre, miraba a su mujer con una expresión en la que se mezclaban el orgullo y la adoración y, una vez más, rogó a los cielos que Hannah tuviera la misma suerte que habían tenido Stella y ella.

Entonces, su mirada se cruzó con la de su futuro esposo y ya no tuvo ojos para nadie más. Fred. Su Fred. ¿Cómo podía haber pensado nunca que no le gustaba? No solo era guapísimo, sino que también era el único hombre que le había tocado de verdad el corazón. Serio y, a la vez, con un gran sentido del humor, inteligente, amable, considerado... Le sonrió y él le devolvió la sonrisa, acompañada con una mirada llena de amor que le provocó un cosquilleo en el estómago que ahuyentó de golpe a los nervios que la habían atormentado todo el día.

Fred. Su Fred. El padre de su hija. Su amor.

Sin poderlo evitar, se acercó a él y lo besó en la boca, y él le devolvió el beso con la misma pasión. Le pareció oír que el pastor decía algo así como: «Pensaba que esa parte venía al final de la ceremonia», pero siguieron besándose, ajenos a todo, hasta que unos tirones en la falda de su vestido la devolvieron a la realidad. Oyó las risas de los invitados y, ligeramente avergonzada, se apartó y miró hacia abajo. Ahí estaba Jenny, que había gateado hasta donde ella estaba, haciendo gestos para que la cogiera en brazos.

Fred se apresuró a obedecer a la pequeña tirana, y con su hija en un brazo y con el otro alrededor de la cintura de su futura esposa, le dijo al pastor:

—Ya puede empezar.

Sobre Lola Cooper

Lola Cooper es del sur de España, pero vive en los alrededores de Ottawa (Canadá) donde se trasladó a vivir cuando encontró al hombre de su vida.

Le encanta dar grandes paseos junto al lago con su perro Titán y reírse con los personajes de sus novelas. Escribe al atardecer sobre una antigua mesa de madera mientras su gatita Fressia dormita sobre sus piernas.

Es adicta al café, al té, a las gafas de sol y a los post-it pegados por cualquier sitio para no olvidar las ideas que se le ocurren en cualquier momento.